



ACADEMIA DE GUERRA

Tendencias de los conflictos actuales

En la era del campo de batalla transparente

TICA 2025



CEE 



“TENDENCIAS DE LOS CONFLICTOS ACTUALES EN LA ERA DEL CAMPO DE BATALLA TRANSPARENTE”

© Derechos Reservados
Centro de Estudios Estratégicos CEEAG

Diciembre 2025

ISBN 978-956-7734-21-4

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 2026 – A-3625

Diseño de portada
Sebastián Pizarro Liberona

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna por ningún medio sin previa autorización del CEEAG.

Las ideas expresadas en este libro son de responsabilidad exclusiva de quienes las emiten y no reflejan ni comprometen al Ejército de Chile.

***Tendencias de los conflictos actuales en la era del campo de
batalla transparente***



COMITÉ ACADÉMICO

Presidente

CRL. Manuel Provis Baker

Director Academia de Guerra del Ejército

Secretario

TCL. Branko Versalovic Serrano

Jefe del Centro de Estudios Estratégicos

Integrantes:

Dr. Mario Arteaga Velásquez

Centro de Graduados de la Academia de Guerra del Ejército de Chile (Chile).

Dr. Rafael Calduch Cervera

Profesor Honorífico Universidad Complutense de Madrid, Profesor Emérito

Universidad Camilo José Cela y Profesor Honorífico Vitalicio CESEDEN (España).

Dr. R. Evan Ellis

U.S Army War College Strategic Studies Institute (Estados Unidos).

Dr. Joaquín Fernando Huerta

Pontificia Universidad Católica de Chile (Chile).

Dr. Javier Jordán Enamorado

Universidad de Granada (España).

Dr. Rodolfo Ortega Prado

Academia de Guerra del Ejército de Chile (Chile).

Dr. Jorge Sanz Jofré

Universidad del Desarrollo de Chile (Chile).

Dra. Viana Figueroa Soto

Universidad de Alcalá (España).

Dr. Marcos Jaramillo Contreras

Academia de Guerra del Ejército de Chile (Chile).

Dra. Carla Arce Ilabaca

Academia de Guerra del Ejército de Chile (Chile).

COMITÉ EDITORIAL

Mg. Hernán Díaz Mardones

Coordinador Asuntos Académicos y Administrativos del CEEAG.

Mg. Alejandra Ilica Sepúlveda

Investigadora y Analista del Centro de Estudios Estratégicos.

PC. Sebastián Pizarro Liberona

Coordinador Publicaciones y plataforma electrónica del CEEAG.

SG2. Alejandro Torreblanca Perkes

Jefe de Plana Mayor del Centro de Estudios Estratégicos.

Dedicado a los profesores y alumnos del Curso Regular de Estado
Mayor de la Academia de Guerra.

Índice

Prólogo	3
<i>Coronel Manuel Provis Baker</i> Director de la Academia de Guerra del Ejército de Chile	
Capítulo 1: La Guerra ¿Ha cambiado su naturaleza y su carácter?: Lo que indican las experiencias actuales	7
<i>Coronel (R) Arturo Contreras Polgati</i>	
Capítulo 2: Disrupción tecnológica en el conflicto moderno: un marco social, tecnológico y económico para entender la guerra futura	33
<i>Teniente Coronel (R) Jorge Vásquez Albornoz</i>	
Capítulo 3: Privatización de las guerras	57
<i>Sr. Javier Martín Rodríguez</i>	
Capítulo 4: Transparencia del campo de batalla, su impacto en la sorpresa de las operaciones militares	99
<i>Teniente Coronel Boris Muñoz Esparza</i>	
Capítulo 5: Resurgimiento del fantasma de la guerra nuclear	121
<i>Sr. Juan Pablo Jara Ortega</i>	
Capítulo 6: La resiliencia de la defensa nacional: desafíos y nuevas perspectivas	139
<i>General de División (R) Mario Arteaga Velásquez</i>	
Capítulo 7: El potencial humano en la guerra moderna	165
<i>Teniente Coronel Iván Beltrán García</i>	
Reflexiones Finales	201
<i>Centro de Estudios Estratégicos (CEEAG)</i>	

Prólogo

Comprender los conflictos contemporáneos exige una mirada amplia, rigurosa y dinámica, que permita integrar fenómenos de carácter tecnológico, social, cognitivo y estratégico que transforman rápidamente la forma de comprender y conducir la guerra. Así como el surgimiento de nuevas tecnologías que en el pasado obligaron a revisar doctrinas y metodologías, y que en la actualidad dan paso a desafíos más complejos, producto de la interconexión global, de nuevos actores no estatales, la privatización de las capacidades de combate y la relevancia del dominio informacional.

Considerando este escenario en constante evolución, el estudio académico adquiere un valor decisivo. La misión institucional de la Academia de Guerra y del Centro de Estudios Estratégicos (CEEAG) es precisamente la de anticipar tendencias, comprender la naturaleza multidimensional de los conflictos y contribuir con las herramientas conceptuales necesarias que permitan al mando interpretar y actuar en un ambiente operacional cada vez más volátil, incierto, complejo y ambiguo. Con dicha finalidad, este libro reúne los trabajos del Tema de Investigación Central Anual de la Academia de Guerra del Ejército (TICA) 2025, centrados en las tendencias de los conflictos actuales en la era del campo de batalla transparente, entendiendo este último como una realidad caracterizada por la sensorización, información en tiempo real y una exposición permanente de las fuerzas en combate.

Los capítulos que conforman esta publicación abordan tópicos que no pueden analizarse aisladamente. En el primer capítulo, se plantean los cambios en el carácter de la guerra, enfatizando la continuidad y transformaciones que definen la esencia de la guerra y su práctica. Posteriormente, se profundiza en el impacto de las

tecnologías disruptivas, como la inteligencia artificial, los sistemas autónomos, la robótica y la hiperconectividad, que modifican las capacidades militares, la velocidad de la decisión y la manera en que se diseñan y ejecutan las operaciones.

A lo anterior, se suma el capítulo acerca de la privatización del conflicto, este fenómeno cada vez más presente en las guerras actuales, donde empresas militares, corporaciones tecnológicas y actores híbridos adquieren un protagonismo antes exclusivo del Estado. De igual manera, el análisis acerca de la transparencia del campo de batalla plantea cómo la proliferación de sensores, drones, fuentes de información abiertas y capacidades de Inteligencia, Vigilancia y Reconocimiento (en su sigla ISR) transforma la noción tradicional de sorpresa y maniobra.

Luego, está la revisión del resurgimiento del riesgo nuclear, la resiliencia estratégica en escenarios prolongados y las dimensiones humanas, cognitivas y moral del combate moderno. Esta aproximación integral permite entender que, pese al avance tecnológico, el factor humano es decisivo: la voluntad, disciplina, cohesión social y la capacidad intelectual siguen siendo los pilares fundamentales de la conducción militar y el éxito operacional.

Cada capítulo es una contribución valiosa de destacados oficiales y especialistas nacionales e internacionales. A través de sus reflexiones y análisis, se busca brindar herramientas doctrinarias, académicas y profesional para los alumnos del Curso Regular de Estado Mayor, así como para la comunidad en general.

Corresponde finalmente agradecer el compromiso de los investigadores, del CEEAG y del equipo editorial, quienes han puesto a disposición del mundo académico una publicación que aporta claridad, rigurosidad y profundidad en un ámbito que se vuelve cada día más desafiante. Confiamos en que estas páginas inspirarán

nuevas discusiones y fortalecerán el pensamiento estratégico, tan necesario para comprender y enfrentar los conflictos en nuestro tiempo.

Coronel Manuel Provis Baker
Director de la Academia de Guerra del Ejército de Chile

Tendencias de los conflictos actuales en la era del campo de batalla transparente

CAPÍTULO 1

La Guerra ¿Ha cambiado su naturaleza y su carácter?: Lo que indican las experiencias actuales

Coronel (R) Arturo Contreras Polgati¹

Introducción

Cada vez que se produce una guerra en la que se verifican novedades o sorpresas, especialmente tecnológicas, se manifiesta la tendencia a afirmar que ha cambiado su naturaleza. Lo paradójico del caso es que estas afirmaciones no son sólo periodísticas, sino que también provienen del mundo militar de diferentes países con experiencia de guerra. El primer caso no debiera llamarnos la atención, pero cuando se trata del segundo, la afirmación adquiere otra connotación porque se supone que se trata de profesionales que tienen un conocimiento profundo del hecho bélico.

Pues bien, de eso trata este artículo, de determinar en función de relaciones de causa y efecto, si esto es verdad o no, abordando esta crítica en función de

¹ Arturo Contreras Polgati es Coronel (R) del Ejército de Chile. Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago, Magíster en Seguridad y Defensa por la Universidad Complutense de Madrid, y en Ciencias Militares por la Academia de Guerra. Profesor Titular de Academia en Historia Militar y Estrategia, ha ejercido docencia de nivel superior en la Academia de Guerra, Escuela Militar, Colegio Interamericano de Defensa, y en las Universidades de Chile, Mayor, Complutense y National Defense University, impartiendo los cursos de Lógica Estratégica, Seguridad Internacional y Geopolítica Post Moderna. Es profesor fundador de la Cátedra sobre Defensa, Seguridad y Sociedad de la Universidad de Santiago de Chile e Investigador Asociado del Institute for National Strategic Studies de la National Defense University, y autor y coautor de numerosos libros en temas de estrategia, historia militar y seguridad internacional, y de artículos en temas de su especialidad.

la lógica y dinámica de la violencia política y estratégica que representa la guerra. Este método nos parece apropiado, ya que su evolución materializa la simbiosis de estas dos dimensiones que se concretan en dos ámbitos: La concepción y la ejecución. Ambos explican cómo ella se llevará a cabo y qué medios se pondrán en acción.

La lógica y dinámica de la guerra

Hoy somos testigos de una variedad de formas de guerra que siguen sorprendiéndonos en todo sentido. Cabe preguntarnos entonces ¿por qué no podemos adelantarnos a estas sorpresas? Porque estamos culturalmente predispuestos a abordar la guerra de la misma forma que lo han hecho más o menos invariablemente todos los teóricos de las guerras apellidadas “modernas”, desde las napoleónicas hasta el presente. De hecho, prácticamente todas ellas han sido descritas como paradigmas de la “guerra moderna”, como si representaran fenómenos nuevos en sus respectivos momentos históricos. Más aún, se tiende a denominarlas fenómenos por su singularidad, lo que no debe extrañar a nadie porque ninguna guerra es igual a otra. Un especial asombro causa el desarrollo de los siempre nuevos ingenios tecnológicos que aparecían en el campo de batalla.

Sin embargo, el hecho o fenómeno guerra, como quiera que se le llame, fue relativamente simple mientras la guerra estuvo restringida al campo de batalla, pero todo se complejizó cuando éste expandió sus límites hasta abarcar a las sociedades en conflicto para terminar configurando un campo de batalla global, como de hecho lo es en la actualidad. Cuando las guerras se producen entre actores menores se inscriben en lo que se ha denominado “efecto mariposa” (Lorenz, 1972), cuyos efectos han servido como pretexto, en diversas partes del mundo, para que grandes potencias legitimen su derecho de intervención con los más variados pretextos, arguyendo motivos humanitarios,

la defensa de la democracia, de la cultura occidental, etc. Esto nos lleva a preguntarnos si verdaderamente hay algo nuevo, tanto en los fines como en la esencia de la guerra, y todo indica que no, ya que tanto el conflicto bélico como la intervención en él para detenerlo por medios militares, comparten la misma lógica: “son instrumentos de fuerza para un fin político”.

No obstante, si se reconoce el hecho de que la guerra no sólo es una continuación de la política por otros medios, sino que esencialmente “es un hecho político”, como enfatizó von Clausewitz (1994, p. 35), esta forma de ver las cosas resulta obviamente limitada o al menos insuficiente. De hecho, no es posible comprender la lógica y dinámica de las guerras contemporáneas prescindiendo de este axioma empíricamente verificado, ya que los medios del poder político son prácticamente ilimitados... y, contrariamente a lo que suele afirmarse, su principal limitación suele residir, no sólo en los medios disponibles sino en las capacidades de la voluntad, intelectuales y cognitivas que condicionan la lógica estratégica que está llamada a presidirla.

Es en este ámbito donde se conciben y se diseñan las más diversas combinaciones de “fuerza” que se pondrán en aplicación, “procedimiento” que no tiene nada que ver con el mercantil concepto de “innovación” que se ha ido infiltrando en algunas culturas estratégicas.

En este contexto, cobra relevancia preguntarse qué factores de la lógica y dinámica de la guerra son inmutables y cuáles no lo son. Por ello es importante comprender cómo opera la dinámica evolutiva de la estrategia, la cual no puede prescindir de la naturaleza política de la guerra (ejercicio del poder), y de las características de la actividad humana de cada sociedad (lo que la geopolítica define como capacidad ciudadana).

Es por ello por lo que algunos autores como Liang y Xiangsui (1998, p. 16), con toda razón, exhortan a los estrategas militares a “pensar fuera de la caja”, si es que quieren comprender la guerra desde la perspectiva de la política y no sólo de la multidimensionalidad de la acción militar pura. Se amplía así el horizonte de la guerra, es decir, su alcance, a la vez que se multiplican sus medios de acción factibles, configurando una interacción de poderes que tejen redes de acción en las que se combinan todas las posibles formas de aplicación de la fuerza, las cuales pueden ser sutiles o violentas, abiertas o encubiertas, entre muchas otras opciones. De hecho, hasta el momento aún no hay otra forma lógica de enfrentar los conflictos actuales de 5ª generación², donde todas las dimensiones de la paz constituyen medios para hacer la guerra.

La piedra angular de la comprensión de esta realidad radica en el proceso continuo que exhibe la evolución de la guerra y de la estrategia, del cual se pueden deducir tendencias ya que ambas son la cara y el sello de una misma moneda. De hecho, no hay evidencia de que se hayan producido guerras que no hayan respondido a una estrategia, como tampoco que se hayan elaborado estrategias militares si no es para enfrentar amenazas a su seguridad nacional – como es el caso de la Gran Estrategia estadounidense– como conflictos activos o potenciales. En este sentido, es un hecho empíricamente verificado que todos los procesos políticos responden a tomas de decisiones en función del poder, ya que no es concebible una relación política en la que no haya un enemigo o al menos un posible adversario. Por esta razón, se considera como esencialmente

² Contreras, Arturo. Presentó el tema de las guerras de 5ª Generación en la conferencia. Internacional “*Building Security Capacities*”, organizada por el Centro de Operaciones Complejas de la NDU y el Centro de Excelencia del Asia Pacífico de Australia, con la ponencia *Multidimensional Security, Complex Operations, and Military Challenges*. Washington, Fort Lesly MacNair, del 6 al 8 de septiembre de 2011. El concepto fue presentado en esta conferencia con el patrocinio del Colegio Interamericano de Defensa.

“política” toda relación que simultáneamente involucran el poder y el bien común (Freund, 1995, p. 166). Toda relación conflictiva que no presente al mismo tiempo estas dos características no es política y, por lo tanto, no tiene en su horizonte que se produzca una guerra y, por lo tanto, es ajena al quehacer de la Estrategia.

El carácter y la naturaleza de la guerra

El carácter es una noción psicológica que sintetiza y explica los comportamientos sociales, tanto colectivos como individuales. Por eso se lo vincula directamente con la energía espiritual y la voluntad de los pueblos para hacer valer sus derechos e intereses, que le permitan ser el constructor de su propio destino y de prevalecer en toda circunstancia. La expresión tangible del carácter colectivo se manifiesta en sus métodos y formas de aplicar la violencia política en situaciones de conflicto, así como con la manera de pensarla, de concebirla y de aplicar el poder para lograr sus objetivos.

La omisión en los estudios estratégicos del carácter propio y de los adversarios, suele producir resultados indeseables, como ilustran las guerras de Vietnam y de Afganistán, por citar sólo dos casos actuales. Prescindir del valor estratégico de la capacidad ciudadana de una nación es un gravísimo error, de la misma forma que lo es desprotegerlo a merced del enemigo, porque ninguna guerra trae la paz si no es doblegando la voluntad de un pueblo. La conclusión ineludible de este hecho es que su carácter, concebido tanto desde el punto de vista tanto individual como colectivo es susceptible de ser formado, cultivado, socializado, de la misma forma que se le puede degradar y degenerar actuando sobre sus rasgos distintivos internos y externos, es decir, focalizándose en sus cualidades innatas y sociales.

La importancia del carácter en todos los niveles de la naturaleza trinitaria de la guerra, como la conceptualiza von Clausewitz, está fuera de toda duda no sólo por la experiencia histórica, sino porque ella aplica a todas las formas de guerra y sus posibles combinaciones. De hecho, ella fue reconocida por la sociología militar desde sus inicios, pero especialmente después de la forzada retirada estadounidense de Vietnam³ cuando se trató de comprender cómo un pueblo armado sólo con fusiles y con un equipamiento básico, fue capaz de derrotar a las fuerzas armadas más poderosas de la Tierra, las cuales habían empeñado en combate más del 40% de sus divisiones activas con el apoyo directo del 50% de su fuerza aérea, el 33% de su fuerza naval, un apoyo logístico ilimitado y con una asimetría tecnológica insalvable (McNamara, 1995, p. 322). Desde un punto de vista superficial, muchos creyeron que ello se debía a la superioridad de la estrategia de la guerra de guerrillas que aplicó la República Popular de Vietnam, elevando esta estrategia a niveles increíbles de incompreensión de la guerra. La razón real radicaba y radica, en la consciencia histórica de su identidad del pueblo vietnamita.

Esta realidad también fue recogida posteriormente por el pensamiento estratégico español liderado por Miguel Alonso Baquer quien, en su libro “¿En qué consiste la Estrategia?” (Baquer, 2000), presenta una “tipología” clasificatoria que explica la evolución de la guerra desde una perspectiva social y de poder, cuyo motor es la voluntad que no es otra cosa que la expresión del carácter de sus protagonistas, cosa que es conocida desde muy antiguo. Por eso no es extraño que el Reglamento de Disciplina de las Fuerzas Armadas de

³ Aunque sus primeros estudios se inician después de la guerra de los 30 años y la firma del tratado de Westfalia que da origen a los Estado-nación modernos que propician la unificación de poblaciones afines creando una noción nueva de soberanía basada en categorías étnico culturales que a poco andar entraron en colisión con la creación de imperios que iban más allá de esa concepción. Estudios más sistemáticos se constatan también a inicios del siglo XX.

Chile, prescriba que “no se puede hacer un cargo más grave a un militar que la falta de carácter”.

Terminada la Guerra Fría e instaurado un orden mundial unipolar, en “El Choque de las Civilizaciones”, Samuel Huntington expone el peligro de que Estados Unidos y sus aliados cedan a la tentación de tratar de intervenir y avasallar culturas e identidades de naciones que eran portadoras de valores, usos y costumbres distintos a los occidentales, cosa que efectivamente hizo por medio de la fuerza, provocando una proliferación de guerras y acciones punitivas inédito en la historia de la humanidad. Las consecuencias de este traspié político y estratégico se expandieron por el mundo y hoy occidente asiste a sus consecuencias.

En el ámbito de la psicología social, son referencias conceptuales obligadas en este tema Saúl Cassin, J. Pearson y Le Seanne, entre otros psicólogos clínicos y sociales. En este aspecto cabe recordar que, desde siempre, la historia ha considerado a la guerra como la prueba suprema del carácter y vitalidad de los pueblos. Gastón Bouthoul, el padre de la polemología trató el tema en detalle en su obra “Las guerras” (Bouthoul, 1956).

Nuestro país no ha estado ajeno a estas reflexiones. En Chile, encontramos las primeras referencias al tema a inicios de la conquista española en la obra épica de Alonso de Ercilla y Zúñiga “La Araucana”, como preludeo de las consecuencias telúricas de la simbiosis social que inevitablemente produciría el choque de dos sangres guerreras. La confirmación de este hecho se constata en la “Historia Constitucional de Chile”, de Campos Harriet (1970), donde hace explícita referencia a la guerra contra la Confederación Perú–Boliviana, en la que el pueblo tomó consciencia de su nacionalidad singular y de su identidad colectiva, socializando el hecho de que nosotros somos chilenos y no otro

pueblo. A través del tiempo también se ocuparon de este delicado asunto Indalicio Téllez (1944), Nicolás Palacios (1989), Joaquín Edwards Bello (1929) y Hernán Godoy (1976), entre otros intelectuales, que contribuyeron a comprender e identificar el carácter de la Nación Chilena.

En este sentido, Huntington tenía razón, aunque se quedó corto ya que los conflictos actuales no tratan sólo del choque de grandes civilizaciones en sus zonas de fractura o de frontera, sino que se extiende también a las naciones grandes, medianas y pequeñas, junto con otros actores no estatales, que aspiran a ejercer su soberanía en libertad y al servicio de sus intereses.

En consecuencia, las guerras actuales, no dejan lugar a dudas de la importancia que tiene la dimensión social del carácter de la guerra, en especial si se consideran las tendencias universalistas o globalistas, cuyo objetivo es desnacionalizar a los pueblos hasta hacer de ellos una masa inerte sin identidad, ni historia, ni raíces, ni cultura, ni soberanía, y para lo cual infiltran su cultura y transforman a los estados en simples entidades administrativas regidas por poderes extraterritoriales (Contreras, 2025), en tanto que su contrapartida simplemente representa el deseo de los pueblos de conservar su identidad, su cultura y a decidir su propio destino.

La guerra global en desarrollo es prueba palpable de esta dicotomía, cuya incompatibilidad de objetivos no deja alternativas entre un mundo unipolar y uno multipolar. Esta disyuntiva hace que el “carácter de los pueblos” –algunos lo llaman idiosincrasia– sea un factor determinante en todo conflicto y guerra. De hecho, existe una corriente incipiente en la sociología militar denominada “caracterología”, que estudia el comportamiento social de los pueblos en situaciones de conflicto y de peligro, tratando de identificar en cada caso las causales endógenas y externas que condicionan su carácter y por ende su actitud

y forma de actuar ante la amenaza.

En consecuencia, los comportamientos colectivos no son un dato menor de la ecuación estratégica para comprender la dinámica de la acción de cada guerra en su calidad de “hecho social y natural”. De tal forma, cada sociedad produce sus propios conflictos – aunque su tipología responda a una determinada categoría– y genera sus particulares maneras de resolverlos, lo que, por extensión, aplica a la guerra que es su manifestación más extrema. Por esto cada caso sea único e irrepetible, aunque la aplicación del poder sea el común denominador de todas ellas.

Por lo tanto, cuando hablamos del carácter de la guerra nos estamos refiriendo a los rasgos y patrones habituales que se manifiestan en el campo del pensamiento (cultura y lógica estratégica), de la acción (formas de hacer la guerra o de aplicar el poder con una intención hostil) y de voluntad de lucha (fuerza interior que motiva a la acción y sustenta su resistencia). Por ello, algunas de las manifestaciones del carácter de la guerra son más estables que otras, lo que permite discernir entre su evolución y los cambios en su hacer, todo lo cual se detecta estudiando la dinámica de la acción de los diferentes casos.

Sin embargo, el tema es tan amplio y las interpretaciones tan variadas, que es pertinente precisar algunos conceptos para no confundir el carácter de la guerra con su naturaleza, ya que ésta, como bien definió von Clausewitz, no sólo es una continuación de la política por otros medios sino un hecho político. Por eso la naturaleza de la guerra no puede ser sino la máxima expresión de la lógica y dinámica del poder en todas sus manifestaciones. Por lo tanto, cuando hablamos de la naturaleza de algo, en este caso de la guerra, estamos haciendo referencia a su esencia, a las propiedades o cualidades que la definen como tal,

y que la distinguen de otras manifestaciones de la conflictividad y que algunos autores definen como poder blando. No estamos de acuerdo con ellos, porque no se trata de poderes blandos o duros sino del efecto que se quiere lograr con cada capacidad.

Cabe preguntarnos entonces ¿Ha cambiado la naturaleza de la guerra, sus leyes, sus manifestaciones? ¿Ha dejado de ser un instrumento político que recurre al poder para imponer una voluntad política? ¿Ha cambiado su carácter en términos de violencia, intención hostil o solo han cambiado algunas formas de hacerla y los medios de fuerza que en ella se pueden poner en acción? Veamos.

El rasgo distintivo del carácter de la guerra

Uno de los aspectos menos estudiados de la teoría de la guerra es su dimensión psicológica. Von Clausewitz es el primero en analizar los efectos anímicos colectivos e individuales a partir de lo que metafóricamente llamó “la niebla de la guerra”, para explicar la incertidumbre que domina todo su desarrollo, desde su planificación y preparación hasta su ejecución. Ella una constante en todos sus niveles y ámbitos, influyendo en el gobierno, en los mandos, en el pueblo y, por cierto, en el campo de batalla, comprometiendo a los tres elementos de la trinidad: la razón política que hace de la guerra un acto de Estado, responsabilidad que es privativa del gobernante; el cálculo de probabilidades y el azar, cuya responsabilidad corresponde al mando militar; y en la pasión y la violencia primordial que es el rasgo característico del carácter del pueblo y que lo mueve a la acción. Por ello, para von Clausewitz, la voluntad de lucha es el corolario del carácter y, por lo tanto, quebrarla es un objetivo prioritario.

Considerando que la guerra no se produce en un vacío social y político, y

que no es un hecho instantáneo ni imprevisto, sino que se gesta y escala desde la paz, ella no puede ser sino un acto consciente y razonado que integra esos tres ámbitos y los hace converger en un objetivo político común. De tal manera, el Estado dispone del tiempo necesario para pensar y prepararse para adoptar las medidas que se requieran para enfrentar cada situación de riesgo o de amenaza que lo afecte.

Sin embargo, puede darse el caso de que seamos tomados por sorpresa por cualquiera de las formas de guerra conocidas o por una combinación de ellas, cuestión que, de producirse, no sería responsabilidad exclusiva de una inteligencia política y estratégica que cognitiva e intelectualmente no está en condiciones de identificar las indicaciones del peligro, sino también y principalmente del hábito de analizar las potenciales amenazas a partir de visiones predeterminadas. Dicho de otra forma, por ver los acontecimientos desde dentro de la caja, como ya hemos dicho, y no en función de la realidad de los acontecimientos que determinan la dinámica de las relaciones geopolíticas, políticas y sociales. Este aspecto es especialmente relevante ya que nos encontramos en la era de las guerras de 5ª generación, donde todas las dimensiones de la paz son susceptibles de ser utilizadas como armas de guerra, contexto en el cual puede ser que estemos en guerra y no nos hayamos dado cuenta.

Como sea, cualesquiera que sean las circunstancias en que se produce una guerra, el esfuerzo militar siempre debe estar al servicio de la finalidad política que se persigue, pero si esta no existe, es difusa o imprecisa, la incertidumbre incidirá cada vez con mayor fuerza durante todo su desarrollo, ya que ella no es más que un medio para lograr un objetivo que debe estar explícita y claramente definido.

Cuando esto no sucede, la guerra tiende a prolongarse por falta de una orientación que dé sentido a la acción y al sacrificio de toda la sociedad. Cuando esto es percibido por el pueblo, los mandos y las tropas, el empleo del poder militar empieza a perder su legitimidad, la voluntad social se debilita, la moral de combate se resiente y los resultados del esfuerzo colectivo se vuelven inciertos, haciendo que la sociedad perciba la muerte de sus hijos como un sacrificio sin sentido. Un ejemplo de esto son los veinte años de guerra global contra el terrorismo que Estados Unidos llevó al territorio de múltiples países a través de una combinación de procedimientos híbridos, de operaciones de cambio de régimen, del fomento de revoluciones, de operaciones encubiertas y de guerra convencional, entre otras, que han sembrado la semilla de la división y de la guerra permanente en vastas regiones del planeta, pero especialmente en Asia Central, el Oriente Medio y África, como demuestran los colapsos estatales y las consiguientes guerras civiles y el caos que se constatan hoy.

Cabe preguntarse entonces ¿Cuál era la finalidad política concreta de esta guerra? ¿Trajo consigo una paz y una estabilidad mejor que la que existía antes de los conflictos que dejó a su paso? ¿Era realmente Al Qaeda una amenaza de alcance mundial? Todo pareciera indicar que no.

Al igual que la Guerra Fría, este caso, entre muchos otros, confirma que no todas las guerras logran los fines políticos que con ella se persiguen, independientemente del tipo de guerra que se lleve a cabo, por lo que muchas veces sus fracasos y pobres resultados políticos y estratégicos⁴, rompen la

⁴ Milley, Mark A. General. Presidente del Estado Mayor Conjunto. Declaración oficial en la audiencia del Comité de Servicios Armados del Senado de los EE. UU. Washington DC, efectuada el 28 de septiembre de 2021, en Breaking Defense de 29 de septiembre 2021. Pregunta: “¿Tuvimos la estrategia correcta? ¿Tuvimos demasiadas estrategias? ¿Pusimos demasiada fe en nuestra capacidad para construir las instituciones afganas, su ejército, fuerza aérea, la fuerza policial y los ministerios gubernamentales?” Respuesta: “Tratamos de construir un Estado, señor

coherencia racional de la trinidad de la guerra, haciendo que ésta deje de ser un medio para transformarse en un fin en sí misma. Desatender la trascendencia de su desnaturalización lleva en sí la semilla de un fracaso que se replicará en cascada en todos los niveles, desde el político al táctico, a la vez que fractura la unidad de las sociedades.

Por eso la guerra no es un arte ni una ciencia en sentido estricto, como explicita von Clausewitz, ya que está sujeta a las pasiones, fortalezas y debilidades humanas. De ahí la importancia de considerar los intangibles psicológicos que determinan la voluntad que mueve a la acción, y la racionalidad que debe presidirla. Por eso la coherencia entre el pensamiento y la acción –cuya vitalidad emana del carácter y de la voluntad individual y colectiva– establece una relación tangible y moldeable entre los factores internos de la trinidad (naturaleza de la guerra); con las influencias externas que provienen de la realidad social, las cuales inciden en su fuerza interior, es decir, en el carácter, provocando efectos que pueden cambiarlo tanto para bien como para mal.

Esta relación de recíproca influencia es la que determina la evolución o involución de la lógica y dinámica de la guerra y la estrategia. La primera es fácilmente identificable y explicable cuando se aborda la guerra como un fenómeno amplio no sujeto a la casuística de una situación, como sucede, por ejemplo, cuando nos referimos a las guerras actuales o contemporáneas; en tanto que la segunda queda en evidencia en la derrota de los casos particulares, donde es más difícil diagnosticar el porqué de ese fracaso. La pregunta ineludible en estos casos es ¿En qué fallamos? Su respuesta está, sin duda, en

presidente, pero no pudimos forjar una nación".

los citados valores intangibles que menciona von Clausewitz.

Como podemos ver, la guerra difiere de otras formas de conflicto no sólo por su naturaleza que es invariable, sino también por las formas de violencia política que pone en acción, su letalidad, formas, circunstancias y ámbitos en que las hace efectivas. Estas formas son la expresión física del carácter colectivo donde reside el motor de la evolución de la guerra. En general se suele atribuir el mérito de este proceso al avance tecnológico, pero esto es sólo una verdad a medias, porque no existe tecnología de aplicación bélica que no sea el resultado de una voluntad consciente de su necesidad y porque está resuelta a ser David frente a Goliat, y a hacer prevalecer sus intereses y derechos.

Aunque una de las finalidades de la estrategia es dotar a la guerra de una racionalidad medible en términos de selección coherente de fines y medios para lograr objetivos políticos, en última instancia su éxito o fracaso depende de la pasión con la que se ejecute. Este motor de la acción tiene relación directa con la comprensión de la lógica que la preside (racionalidad e intelecto), y de la psicología social (fortaleza de la voluntad colectiva), interacción en la que el carácter puede ser formado a la vez que destruido. “Sólo se vence cuando se doblega la voluntad de lucha del enemigo”, dice von Clausewitz, de donde se deduce que su dimensión psicológica no puede ser marginal al centro de gravedad que se defina para obtener la victoria, ya que hoy, más que nunca, las comunicaciones permiten explotar las fortalezas y debilidades de la naturaleza humana, lo que aplica a todas las formas de guerra y a todos los niveles de la trinidad.

Es en este contexto que adquieren valor los intangibles de la moral y de la voluntad de lucha. Tan importante es esta dimensión, que ha dado origen a la más alta expresión actual de la guerra psicológica, “la guerra cognitiva”, la cual,

durante la paz, es decir durante la preparación de la guerra, busca penetrar la mente colectiva del enemigo y manipularla para obtener de ellas respuestas permanentes o manipulables (operaciones de no guerra pero preparatorias de ella); en tanto que durante la ejecución, el efecto psicológico de las acciones busca provocar el colapso mental de su resistencia.

En síntesis, en la guerra todos los niveles de la trinidad deben convivir con la incertidumbre y aprender a manejarla, y muchas veces, ante la presión de la situación o la premura del tiempo, los mandos se ven obligados a confiar en su intuición para enfrentar la falta de certezas. Es en estas circunstancias donde la fortaleza del carácter colectivo e individual de la fuerza mantiene la cohesión, es decir la coherencia entre el saber y el hacer perseverando en la consecución de los objetivos previstos y convergiendo en una unidad de intenciones.

El carácter de la guerra y su evolución

Como sabemos, no hay estrategia si no es en función de la guerra, por la simple razón de que ninguna guerra se ha hecho sin estrategia y, por lo tanto, no se pueden comprender una al margen de la otra. Los cambios que ellas presentan a través del tiempo se caracterizan por una interdependencia constante entre el desarrollo de capacidades tecnológicas –las bélicas son solo una de ellas– y la lógica con que éstas se aplican para doblegar la voluntad del enemigo, lo que es hoy una constante común a todos los tipos de guerra en todos los ámbitos y niveles.

Desde el punto de vista militar, la lógica de esta interdependencia es simple: Existe un problema estratégico cuya solución requiere de determinadas capacidades bélicas. Si no se dispone de ellas y no se pueden adquirir, adaptar o desarrollar, la carencia se satisface diseñando un nuevo concepto de empleo de la fuerza que permita cumplir el objetivo, reorganizando las capacidades

existentes y empleándolas de forma novedosa a la vez que se establecen los fundamentos doctrinarios para ello. Esta es la disyuntiva permanente de la estrategia militar, cuya “lógica” siempre preside la “dinámica” de cada forma de guerra en el campo de batalla⁵, como continuación de la política por otros medios.

En otras palabras, la evolución de la estrategia y de la guerra, tanto en el ámbito de la política como en el teatro de operaciones, responde a una lógica de la acción que no tiene límites en cuanto a los medios y formas de empleo de la fuerza que se pueden concebir y desarrollar para enfrentar una amenaza. De hecho, es la Estrategia la que –en función de ese criterio– concibe y concatena acciones, intenciones y efectos deseados, desarrolla los medios, nos dice qué hacer, cómo y cuándo hacerlo para lograr lo que se persigue. En este sentido, la “lógica estratégica” no puede abdicar de su obligación de concebir y desarrollar las soluciones de poder que han de aplicarse en un futuro para el que hay que preparar las condiciones para el éxito.

En el ámbito militar, dos ejemplos son ilustrativos de cómo la lógica estratégica determina la dinámica de la acción y marca el derrotero de la evolución y desarrollo de la guerra.

Antes de la Segunda Guerra Mundial la debilidad alemana era angustiosa en tanques, carros de combate, vehículos motorizados y artillería. ¿Cómo solucionó el ejército el problema de la inferioridad en fuerzas terrestres?

⁵ Esto aplica a cada una de las formas de guerra conocidas, a las que están por materializarse y a las que aún no se han inventado, independiente de las intenciones y objetivos de la política. Los criterios geoestratégicos, orgánicos, funcionales y doctrinarios del poder militar que un Estado decida desarrollar, dependerán del tipo de guerra que éste piensa llevar a cabo para enfrentar una determinada amenaza, ya que las lógicas de una guerra civil son distintas de las de una contrainsurgente, de expansión territorial o colonialista, por citar algunas.

Haciendo un imaginativo e inédito empleo de los medios, concentrando sus escasas fuerzas blindadas y motorizadas para maniobrar y converger en los puntos débiles del dispositivo enemigo para operar siempre con superioridad táctica. Para ello implementó los cambios orgánicos, funcionales y de doctrina que se requerían, lo cual se tradujo en una original combinación de aplicación de los principios de la conducción.

El resultado fue la Blitzkrieg, que devino así en un modelo de éxito en la dinámica de la acción de la guerra convencional, ya que la maniobra era la mejor solución posible para revertir una correlación de fuerzas adversa en un ambiente de proliferación de tecnologías de combate disruptivas. Esta concepción fue el resultado del acabado conocimiento que los oficiales alemanes tenían de la guerra, así como de la experiencia empírica obtenida en la Gran Guerra; de una discusión profesional franca, abierta y directa sobre las opciones que les brindaba su situación estratégica; y de una voluntad inquebrantable de ganar si la guerra se producía.

La experimentación de sus diferentes ideas en ejercicios, maniobras y juegos de guerra se tradujo en una notable habilidad para ejecutar maniobras flexibles, operar a la profundidad, accionar sobre los puntos débiles con superioridad local y cambiar centros de gravedad, ejerciendo en todos los niveles un mando con iniciativa y libertad de acción que produjo victorias impresionantes. Pese a la inferioridad numérica en todos los rubros, las capacidades alemanas llegaron a ser temidas y no pocas veces obtuvieron victorias incluso antes de entrar en combate ¿Cómo lo hicieron? Internalizando y combinando los activos intangibles que modelan el carácter y la voluntad, tanto de orden psicológico como intelectual como ya hemos señalado.

Otro ejemplo es la guerra de Nagorno Karabaj de 2020, donde el ejército

azerí derrotó en una breve campaña a los ejércitos aliados de Armenia y Artsaj, alcanzando una posición de cierre estratégico que consumó el objetivo político de la guerra en pocos días: recuperar los territorios perdidos en la conflagración de 1994. La clave de su victoria fue el masivo empleo táctico de drones en el marco de una maniobra de decepción o encubrimiento inédita –una defensa desplegada– que insinuaba una retirada más que una ofensiva estratégica. Materializó así una magnífica combinación de activos militares intangibles de orden psicológico, intelectual, de carácter y voluntad, con medios materiales poco conocidos, en la que la tecnología fue un medio relevante, pero en último término de menor importancia frente al intelecto puesto en acción con la vista puesta en una dinámica de la acción que produjera la victoria.

La efectividad del inédito empleo coordinado de múltiples capacidades basadas en UAVs (observación, antitanques, kamikazes, merodeadores, antipersonal, guerra electrónica, Etc.) fue tal, que dislocó el equilibrio psicológico de los comandantes aliados en todos los niveles (Contreras, 2024). Su centro de gravedad estratégico fue la mente de su adversario que colapsó psicológicamente ante la destrucción masiva de la que estaban siendo objeto sus capacidades críticas de combate, por armas de las que poco sabían ni podían contrarrestar. La sorpresa fue total y la incertidumbre absoluta, en tanto que su carácter se evidenció como débil como consecuencia de un espíritu triunfalista que resultó carecer de bases sólidas. En otras palabras, siguió haciendo lo mismo que había hecho en sus victoriosas guerras anteriores con los azeríes. Los hechos confirman la vigencia de lo señalado por von Clausewitz en la alternancia constante de la guerra y la paz: “la victoria suele no ser permanente”, por lo que nunca debe dejar de estudiarse la lógica de la guerra.

Por su parte, la guerra de Ucrania, esencialmente convencional pero con rasgos asimétricos de mayor y menor intensidad; y el asedio convencional de

Gaza, comprueban también que no siempre las asimetrías de poder favorables son capaces de doblegar la fortaleza del carácter colectivo de una sociedad templada en el rigor de la adversidad y que está resuelta a hacer valer sus derechos, y que permanece en pie en medio de sus ruinas, pese a la violencia indiscriminada (interna e internacional) de la que está siendo objeto.

En el caso de Ucrania, asistimos a una guerra subsidiaria convencional que el relato occidental presenta como una “legítima defensa frente a una invasión a gran escala no provocada” (maniobra cognitiva exterior). En esta guerra, la estrategia ucraniana destaca por el respaldo activo y creciente que la OTAN le ha brindado en todos los ámbitos y rubros de la guerra, sustentando una estrategia de guerra de movimientos, cuyo propósito explícito es derrotar estratégicamente a Rusia (Burkhard, 2023), con la intención probable de imponer un cambio de régimen y forzar la división del país, como ha informado el gobierno ruso, y cuya lógica y dinámica sigue el patrón doctrinario de la Alianza. En otras palabras, se trata de una guerra que continúa en la consecución de lo que la Guerra Fría no pudo lograr.

Por su parte su enemigo, la Federación de Rusia, ha llevado a cabo una estrategia ofensiva de desgaste, lo que no deja de sorprender desde el punto de vista de las tipologías de la guerra, ya que, hasta ahora, el concepto de desgaste había sido considerado un recurso defensivo al que recurría el contendiente más débil para equiparar fuerzas, cosa que no aplica a Rusia que es objetivamente el beligerante más poderoso.

En el marco de esta nueva interpretación conceptual, la situación permite deducir que dicho desgaste no se limita al teatro de operaciones de Ucrania, sino que su centro de gravedad principal radica en una maniobra exterior que buscaría degradar las capacidades políticas, sociales, económicas y estratégicas

de la OTAN, que se ha ido involucrando abierta y encubiertamente en forma creciente en esta guerra, proporcionando entrenamiento, inteligencia y transfiriendo a Ucrania ingente material de guerra y recursos financieros y logísticos tanto en forma directa como a través de la Unión Europea.

De ser esto así, como todo parece indicar que es, la estrategia militar rusa en el teatro de operaciones ucraniano responde más a la tipificación de una guerra de aniquilación que a una de desgaste, la cual se estaría materializando en contra de la Alianza, cuya ampliación sistemática hacia las fronteras rusas lo cual representa una amenaza vital para Moscú. En este contexto, el objetivo político e intención de Rusia sería obtener garantías de seguridad que pongan fin al cerco que sobre ella ha ido tejiendo la OTAN desde la disolución de la Unión Soviética, cuestión que se encuentra en el origen de esta guerra. De hecho, Ucrania por sí misma, no constituye una amenaza para Rusia, pero mandatada y sustentada por la Alianza si lo es.

Conclusiones

¿Qué nos indican los ejemplos y las reflexiones anteriores? Que la estrategia de las próximas guerras no está escrita, lo que constituye una constante que es hija legítima de la incertidumbre. Soslayar esta realidad suele acarrear graves consecuencias políticas y estratégicas, por lo que los esfuerzos intelectuales deben centrarse en dilucidar sus incógnitas. La búsqueda de respuestas se inicia, necesariamente, con el estudio sistemático de la lógica y dinámica de la evolución de la guerra y de las estrategias que las han presidido. A diferencia de las constantes que surgen de la naturaleza trinitaria de todas las guerras, sus variables, es decir lo que es por definición dinámico y siempre cambia, son las formas de hacerla y los medios que se ponen en acción, lo que se origina en un proceso de reflexión intelectual y psicológico que se expresa

en intangibles.

Cuando Napoleón señaló, “la revolución avanza por Europa en la punta de mis bayonetas”, no imaginó nunca que llegaría el día en que todas las dimensiones del poder terminarían incorporándose a la lógica y dinámica de la guerra, expandiéndose por el mundo de la mano de la paz transformada en instrumento de guerra, sin alterar un ápice su naturaleza trinitaria. Así, la evolución de la guerra y la estrategia se caracteriza por haber ido desarrollando formas de violencia política que comprenden “todas las formas de lucha”, desde las más cruentas (poder duro) hasta las más inocuas (poder blando), que permiten hacer combinaciones que siempre tienen el mismo propósito: la destrucción, degradación o deconstrucción de la base socio cultural de naciones y estados, por lo que la guerra, de producirse y haber sido adecuadamente preparada, estaría ganada de antemano.

En consecuencia, el recurso a “todas las formas de lucha”, parafraseando a Lenin, no es sino el reconocimiento de que pese a la variable intensidad de violencia coactiva que se ponga en acción, la guerra sigue siendo guerra, independientemente de los apellidos que se le pongan, a la vez que confirman la interdependencia que existe entre la lógica de la Estrategia y la dinámica de la acción, entre el intelecto que crea los medios y las formas, y la voluntad que las aplica. De hecho, este raciocinio preside todos los procesos conflictivos históricos, dando intensidad y propósito a todas las formas y medios de violencia que se puedan poner en acción, y cuya máxima expresión son las guerras de 5ª generación, que hacen de la paz un arma de guerra y transforman todas las dimensiones de la vida social, política y económica de un país en teatros de operaciones.

Hasta la Segunda Guerra Mundial se habían excluido los conflictos sociales del estudio de la guerra, porque ellos respondían a la lógica sociológica de la vida social. Las élites culturales solían circunscribir la guerra al ámbito técnico militar y la veían sólo como una confrontación armada entre voluntades hostiles opuestas, organizadas para ejercer la violencia armada, cosa que era rechazada de plano por las élites políticas desde el tratado de Westfalia, porque sólo el Estado era el depositario de la fuerza legítima de la sociedad.

Por lo tanto, como llama la atención el General Miguel Alonso, “no habiendo grupos sociales organizados para el ejercicio de la violencia de las armas, no hay verdadera guerra” (Alonso, 2000), y por lo que generalmente se negaba la existencia de amenazas y de enemigos internos. Obviamente, era cuestión de tiempo para que esta interpretación organicista de la guerra chocara con la naturaleza de la política desarrollada por Aristóteles, que la focalizaba en el bien común, y de Julien Freund (1968), que la concibe como la máxima expresión del poder político, hechos estos que han devenido en axiomas de todas las ciencias sociales.

La simbiosis de ambas concepciones –que constituye el alfa y omega de “lo político”– puso de relieve la enorme profundidad y alcances de la naturaleza trinitaria de la guerra conceptualizada por von Clausewitz, a quien la belicosa ignorancia acusaba y aun acusa de ser el inspirador de todas las radicalizaciones de la guerra. Como sea, guste o no, la trinidad de la guerra es la única forma, al menos hasta el momento, de comprender la multifacética variabilidad de la guerra. Es ella y sus combinaciones las que abren su raciocinio político y estratégico a la psicología y al intelecto que se encuentra en la base de todas sus formas.

Han transcurrido más de dos siglos desde que la guerra se hizo total al trascender al campo de batalla, extendiéndose a toda la sociedad e inaugurando la Era de las guerra actuales, que, en un proceso evolutivo sin solución de continuidad, han ido incorporando las múltiples dimensiones del poder a todas las formas de guerra posibles, inspirando una gama tan amplia de conflictos, que obliga a pensar en la necesidad de desarrollar una visión de la Seguridad Nacional que refleje la realidad de las relaciones sociales y políticas y que cree certezas en medio de la incertidumbre de la conflictiva inestabilidad global.

En consecuencia, y abordando el objetivo que nos planteamos al inicio de estas reflexiones con relación a la guerra, cabe preguntarse ¿ha cambiado su naturaleza social y política? No, la naturaleza no sólo es una constante, sino que la guerra sólo puede existir en estos ámbitos. No hay guerra sin sociedad, y sin la racionalidad y un fin político, su violencia es sólo barbarie.

¿Puede cambiar su carácter? Sí, ya que la fuerza anímica de un pueblo es un rasgo de su carácter que puede ser modelado a través de la educación y de la cultura. Un pueblo que es desnacionalizado o que pierde el sentido de su identidad es fácilmente puesto al servicio de intereses ajenos al bien común y hace una pobre contribución al poder de un Estado. Si acontece lo contrario, el país tendrá un alto nivel de capacidad ciudadana y por ende proyectará un alto grado de poder.

¿Dónde radica entonces el carácter de la guerra? En la fuerza interior que alimenta la voluntad de los pueblos que deben recurrir a ella para defender su libertad, soberanía y derechos.

¿Es esa vitalidad comunitaria una constante en una sociedad? No, no lo es, ya que su expresión, como rasgo distintivo de su carácter e identidad colectiva, de la misma forma que se puede formar y cultivar a través de la educación y la

cultura, también puede ser destruido por ese u otros medios, provenientes de afuera o desde adentro de la sociedad.

¿Es el desarrollo tecnológico el factor determinante de la evolución de la guerra? En gran parte sí, pero el verdadero motor de la decisión reside en la voluntad que emana de una comunidad nacional que tiene consciencia de sí misma, de dónde viene, de su cultura, de los desafíos que le presenta su supervivencia y de su compromiso con un destino común. En síntesis, los porfiados hechos no dejan lugar a dudas de que la guerra es un hecho social y político, en la que lo que cambia y lo que es inmutable se origina y termina en la fuerza interior que anima su voluntad colectiva.

Referencias

- Alonso Baquer, M. (2000). ¿En qué consiste la estrategia? Ministerio de Defensa.
- Bouthoul, G. (1956). Las guerras: Tratado de sociología. Círculo Militar.
- Burkhard, T. (s. f.). Declaración citada en Galaxia Militar: Información de defensa y actualidad militar. <https://galaxiamilitar.es/el>
- Campos, F. (1970). Historia constitucional de Chile (2.^a ed.). Editorial Jurídica.
- Contreras, A. (2011, September). Multidimensional security, complex operations, and military challenges. Conferencia presentada en Building Security Capacities, National Defense University & Asia-Pacific Center for Security Studies, Fort Lesley McNair, Washington, DC.
- Contreras, A. (2024). Guerra de Nagorno Karabaj. Memorial del Ejército, (514). CESIM.
- Contreras, A. (2025). Estrategia y soberanía. Instituto de Ciencias Políticas.
- De Ercilla y Zúñiga, A. (2010). La Araucana. Editorial Ercilla. (Obra original publicada en el siglo XVI).
- Edwards Bello, J. (1929). El roto. Imprenta y Litografía Universo.
- Freund, J. (1968). La esencia de lo político. Editorial Nacional.
- Freund, J. (1995). Sociología del conflicto. Editorial Ejército.
- Godoy, H. (1976). El carácter chileno. Editorial Universitaria.

- Liang, Q., & Xiangsui, W. (1998). *La guerra sin restricciones*. PLA Literature and Arts Publishing House.
- Lorenz, E. (1972, December). Predictability: Does the flap of a butterfly's wings in Brazil set off a tornado in Texas? Conferencia presentada en la American Association for the Advancement of Science, Dallas, TX, Estados Unidos.
- McNamara, R. S. (1995). *In retrospect: The tragedy and lessons of Vietnam*. Times Books.
- Milley, M. A. (2021, September 29). Declaración oficial ante el Comité de Servicios Armados del Senado de los Estados Unidos. Breaking Defense. <https://breakingdefense.com>
- Palacios, N. (1989). *Raza chilena*. Editorial Colchagua.
- Télez, I. (1944). *Una raza militar*. Imprenta La Sudamérica.
- von Clausewitz, K. (1994). *De la guerra*. Labor / Punto Omega. (Trabajo original publicado en 1832).

CAPÍTULO 2

Disrupción tecnológica en el conflicto moderno: un marco social, tecnológico y económico para entender la guerra futura

Teniente Coronel (R) Jorge Vásquez Albornoz⁶

Introducción

Vivimos una nueva revolución militar. En la Era digital, la inteligencia artificial (IA) ha emergido como un paradigma transformador que redefine el modo en que los estados conciben, preparan y ejecutan la guerra. Así como la pólvora, el motor de combustión y las redes de información marcaron rupturas tecnológicas en siglos anteriores, hoy son los algoritmos, los datos y los sistemas autónomos los que están redibujando el campo de batalla. Este cambio no se limita a las capacidades técnicas: altera profundamente la lógica del poder, la velocidad de la decisión y la interacción entre humanos y máquinas en el ejercicio de la fuerza.

A diferencia de revoluciones tecnológicas previas —impulsadas desde el complejo militar-industrial durante la Guerra Fría—, la disrupción actual se

⁶ Teniente Coronel (R), Oficial del Arma de Artillería, Ingeniero Politécnico Militar en Sistemas de Armas, obtenido de la Academia Politécnica Militar (ACAPOMIL), es PhD. en Ingeniería Computacional y Robótica por la Universidad de Carnegie Mellon (EE. UU.). Fue jefe del Centro de Modelación y Simulación del Ejército y del Laboratorio de Inteligencia Artificial (IA) del Centro de Investigación e Innovación Tecnológica del Ejército (CIITEC), apoyando la preparación, divulgación, capacitación e inserción de IA en la Fuerza Terrestre para aportar a la Defensa. Correo electrónico: jorge.vasquez.a@uai.cl

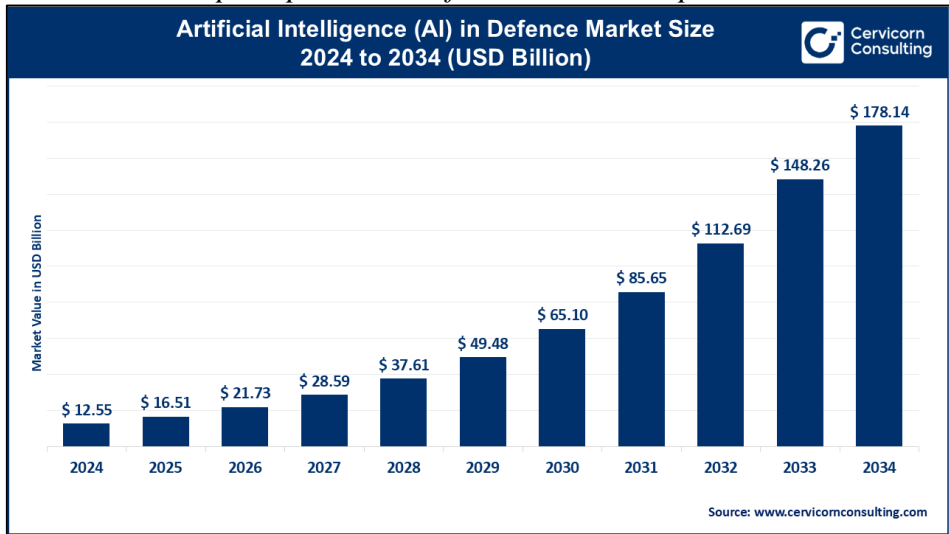
origina principalmente en el sector civil. La IA, el aprendizaje automático, la robótica y las plataformas de datos son tecnologías de propósito general desarrolladas por empresas privadas y adaptadas luego al ámbito militar (Stokes, 2024). Esta naturaleza dual —civil y militar, abierta y estratégica— ha desdibujado la frontera entre innovación y defensa, generando una carrera tecnológica descentralizada, global y acelerada.

Como advierten Petraeus y Roberts, el éxito en los conflictos modernos dependerá no solo de la superioridad tecnológica disponible, sino de la capacidad de los líderes para integrar esas herramientas dentro de un concepto estratégico coherente, adaptable y ético (Petraeus & Roberts, 2023). En efecto, el desafío no radica únicamente en desarrollar sistemas más inteligentes, sino en comprender cómo estos transforman la doctrina, el mando y la cultura militar. La tecnología por sí sola no garantiza la victoria: su integración doctrinaria y su uso adaptativo son los verdaderos multiplicadores estratégicos.

Los avances recientes en IA generativa, visión por computador, aprendizaje por refuerzo y procesamiento del lenguaje natural han dado origen a sistemas capaces de operar más allá del dominio físico: analizan, recomiendan, anticipan y aprenden (Hunter, 2024). Esta nueva clase de herramientas no solo multiplica las capacidades de reconocimiento y decisión, sino que también modifica la naturaleza del mando, la temporalidad de las operaciones y la estructura del riesgo estratégico. En este contexto, la superioridad ya no se mide por el número de plataformas, sino por la capacidad de integrar información, modelar escenarios y decidir más rápido que el adversario.

Figura 1

Crecimiento del presupuesto de defensa de EE. UU. para IA.



Fuente: Cervicorn Consulting (2024)

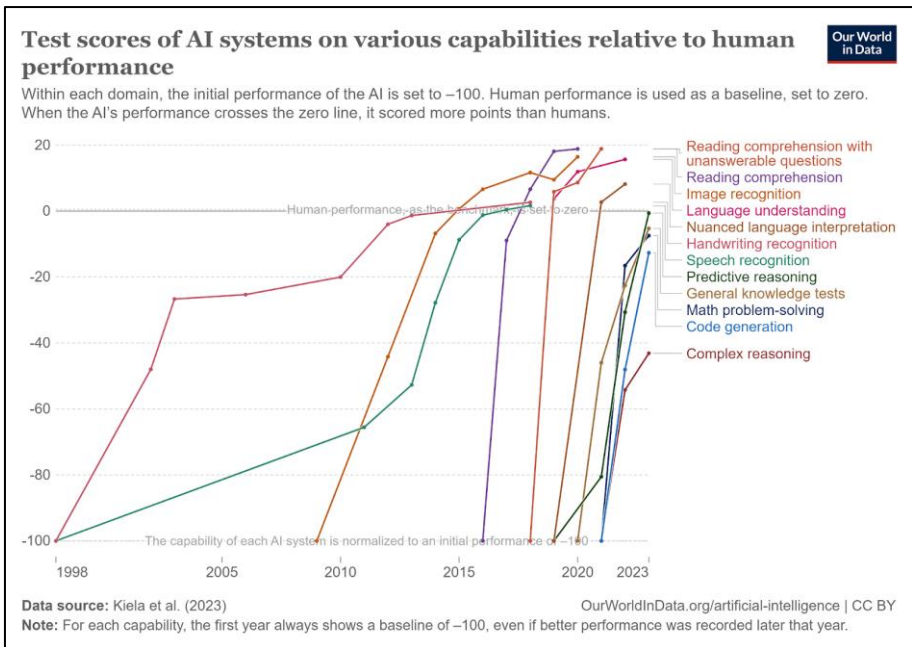
Esta revolución tecnológica coincide con transformaciones sociales y económicas que complejizan el entorno de seguridad internacional. La urbanización global, la privatización de capacidades militares, la digitalización de la información y la aparición de nuevos actores —corporativos, híbridos o incluso individuales— conforman un escenario donde los conflictos son simultáneamente físicos, cognitivos y mediáticos. La guerra moderna ocurre tanto en las ciudades como en las redes, y el dominio de la percepción se ha vuelto tan importante como el dominio del territorio.

En este contexto, la competencia estratégica por la supremacía tecnológica está encabezada por Estados Unidos y China, seguidos por potencias emergentes como Israel, Corea del Sur y Rusia. Ambas superpotencias invierten masivamente en sistemas de IA capaces de automatizar decisiones tácticas y estratégicas, procesar inteligencia multifuente y optimizar operaciones en tiempo real. La IA ya no es simplemente una herramienta de

apoyo a la decisión, sino que es un aporte a la superioridad tecnológica que se constituye como vector geopolítico y doctrinario que redefine la disuasión, el control del espacio informacional y la ventaja operacional.

Figura 2

Curvas de aprendizaje de sistemas de IA: mejoras en tasas de éxito para procesamiento de imágenes y lenguaje hasta sobrepasar rendimiento humano.



Fuente: (Our World in Data, 2023)

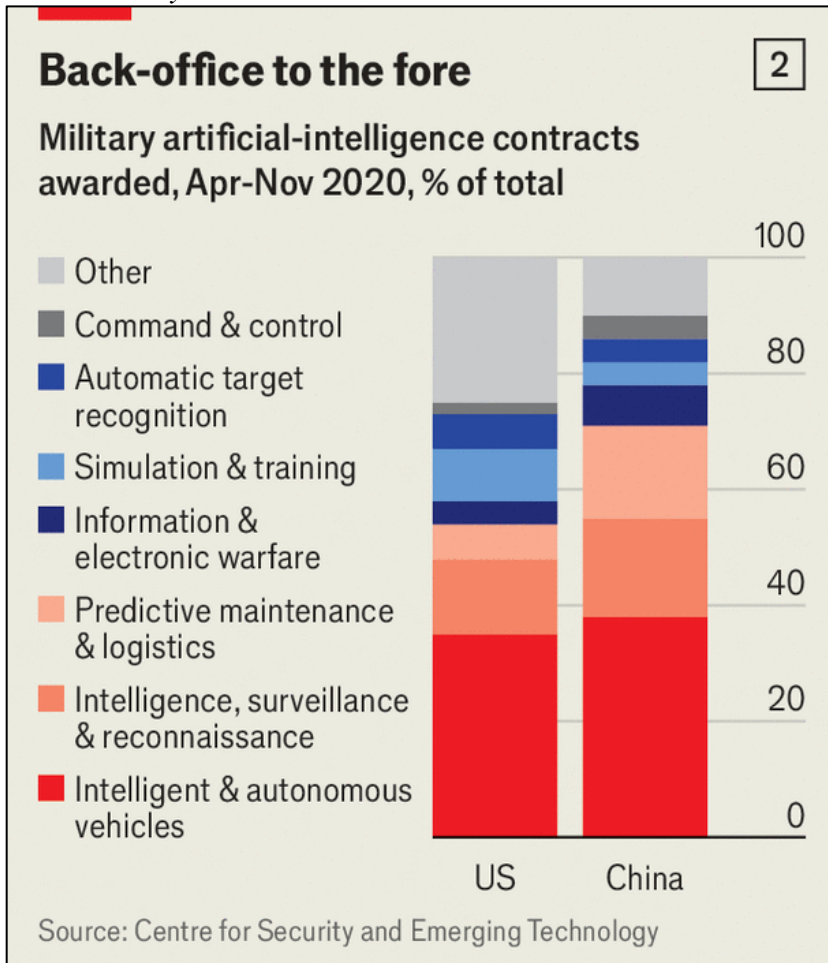
Un creciente cuerpo de investigación analiza las implicancias de esta transición. Cummings (2017) ofrece ideas fundamentales sobre el potencial transformador de la IA en entornos de conflicto, enfatizando su impacto en la toma de decisiones bajo presión y en la reducción del ciclo de mando. Otros autores advierten sobre la inestabilidad estratégica y los dilemas éticos que plantean los sistemas de armas autónomos. Dando como ejemplo cómo la Armada de Estados Unidos ya integra algoritmos de IA para vigilancia,

mantenimiento predictivo y control de enjambres autónomos, mientras que otros autores subrayan la necesidad de garantizar la alineación moral y técnica de las máquinas con la intención humana.

El sector privado también impulsa esta revolución. Empresas como Shield AI, Skydio y Anduril desarrollan soluciones que ya operan en entornos reales: drones autónomos que funcionan sin GPS, sistemas de vigilancia de perímetro con aprendizaje automático, y torres de control algorítmico que integran inteligencia multifuente. Estas innovaciones confirman que la ventaja militar del siglo XXI dependerá tanto de la capacidad de innovación civil como de la interoperabilidad con las doctrinas militares (The Economist, 2024).

Figura 3

Contratos militares de IA adjudicados en 2020: comparación entre Estados Unidos y China.



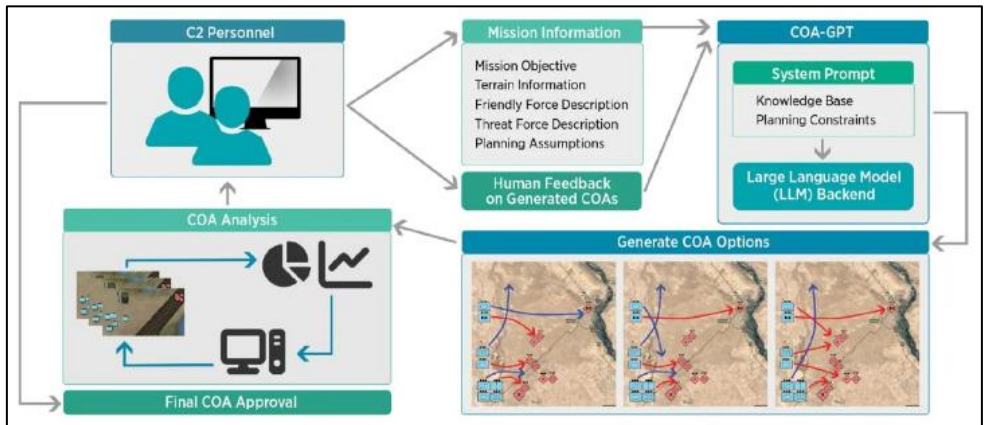
Fuente: (The Economist, 2024).

La IA generativa, en particular, amplía el dominio cognitivo del conflicto. El Instituto Español de Estudios Estratégicos destaca su uso en operaciones de información (INFOOPS), campañas de desinformación y operaciones psicológicas, donde los modelos generativos pueden crear narrativas, videos y voces sintéticas con fines de manipulación o persuasión (Soriano, 2022). Ya

en 2021, diversos análisis retomaban los planteamientos de Brynjolfsson y McAfee (2015), los cuales advertían que el progreso tecnológico podría generar tensiones que derivasen en conflictos políticos, y ahora en la Era de IA, los productos más avanzados en la adopción social, los grandes modelos de lenguaje (LLMs) permiten no solo generar contenido, sino también modelar intenciones (Zongyu Chang, 2025) y construir contra-narrativas de manera dinámica, transformando el espacio informacional en un campo de maniobra tan relevante como el aéreo o el cibernético.

Figura 4

Cursos de acción (COA): generación de estrategias militares mediante LLMs.



Fuente: Elaboración propia.

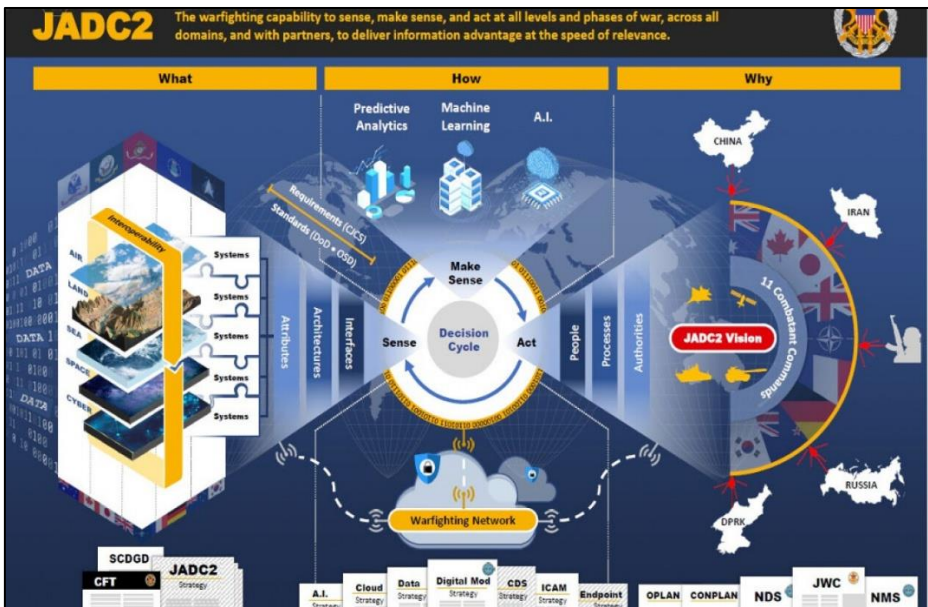
No obstante, estos avances traen consigo riesgos estructurales. La velocidad de decisión algorítmica puede superar la capacidad humana de supervisión, incrementando la posibilidad de escaladas no intencionadas o errores de identificación. A esto se suman los sesgos inherentes a los datos, la opacidad de los modelos y la dificultad de atribuir responsabilidad en decisiones tomadas parcialmente por sistemas autónomos. Autores han advertido la urgencia de establecer marcos regulatorios internacionales que

garanticen la gobernanza ética y el control humano significativo.

La arquitectura militar impulsada por IA combina sensores, procesadores de datos, redes de comunicación y módulos de decisión humana o semiautónoma. Estos sistemas, descritos en el artículo “Technological Trends for Military INFOOPS: The Impact of Generative AI on Future Conflicts” (Vasquez, 2025) como “circuitos cognitivos de combate”, integran información en tiempo real para ejecutar acciones adaptativas en entornos de alta incertidumbre. Desde drones cooperativos hasta simulaciones predictivas de inteligencia, la IA está redefiniendo la frontera entre mando y ejecución.

Figura 5

Arquitectura conceptual de un sistema militar impulsado por IA: de sensores distribuidos a decisiones humanas asistidas.



Fuente: (Alderman, 2022).

En consecuencia, el conflicto contemporáneo, entre otros sellos, se caracteriza por una competencia cognitiva: una lucha por la información, la

atención y la interpretación. La guerra actualmente tiende a no ser definida únicamente por la destrucción física de fuerzas o infraestructuras, sino por la capacidad de dominar los flujos de datos y moldear la percepción del adversario. Esta transición —de la guerra cinética a la cognitiva— implica un cambio doctrinario profundo: el objetivo no es solo neutralizar al enemigo, sino influir en cómo piensa, decide y actúa.

Esta transformación puede comprenderse más claramente mediante el marco SET (Social, Tecnológico y Económico) propuesto en este artículo. Desde la perspectiva social, el conflicto se hace más urbano, privatizado y desnacionalizado, con una creciente participación de corporaciones tecnológicas y actores híbridos. Desde la dimensión tecnológica, la IA, la robótica y la autonomía adaptativa configuran un ecosistema operativo donde los límites entre lo humano y lo artificial se difuminan. Finalmente, en la dimensión económica, las guerras del futuro estarán determinadas por la capacidad de sostener una economía de innovación y manufactura avanzada, en la que la disuasión se mida en teraflops tanto como en tanques.

En síntesis, la revolución actual no es únicamente una revolución de armas, sino una revolución de inteligencias. Los sistemas algorítmicos, al integrarse con las estructuras humanas y doctrinarias, están dando lugar a un modelo de guerra híbrida donde lo físico y lo virtual se entrelazan de manera inseparable. Comprender esta transformación requiere una mirada transversal que conecte la innovación tecnológica con los factores sociales y económicos que la sostienen. Bajo esta perspectiva, la guerra contemporánea se concibe como una competencia por la adaptación cognitiva, en la cual la superioridad se medirá por la velocidad de aprendizaje, la interoperabilidad de los sistemas y la inteligencia colectiva de las redes humanas y artificiales.

Marco de Análisis Propuesto: El Enfoque SET (Social, Tecnológico y Económico)

El estudio del conflicto moderno exige un enfoque analítico capaz de integrar las dimensiones estructurales que determinan la manera en que la tecnología se inserta en la guerra. Para este propósito, se propone el marco SET (Social, Tecnológico y Económico), desarrollado por el autor como una herramienta conceptual para analizar la interacción entre los factores humanos, materiales y sistémicos que moldean la transformación militar contemporánea.

El modelo SET parte de la premisa de que las tecnologías disruptivas — como la inteligencia artificial (IA), la robótica o la cibernética— no actúan de forma aislada, sino como catalizadores dentro de un sistema sociotécnico más amplio. Por tanto, la comprensión del conflicto moderno requiere observar cómo estos tres ejes —lo social, lo tecnológico y lo económico— se influyen mutuamente, generando nuevas configuraciones de poder, doctrina y legitimidad.

Fundamentos del Enfoque

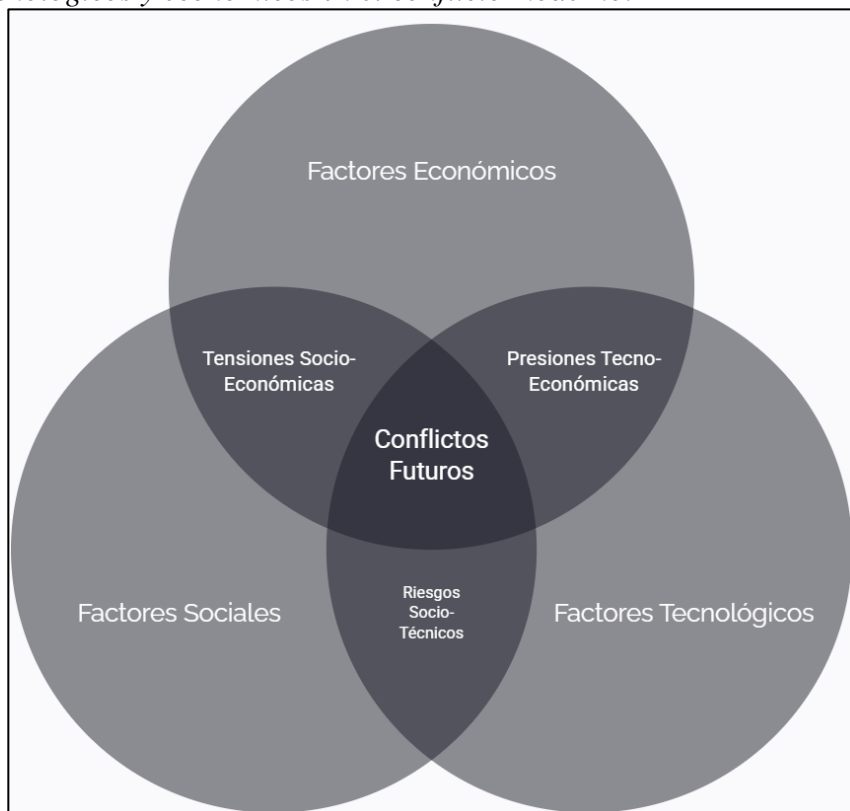
El marco SET busca operacionalizar el análisis estratégico mediante tres dimensiones interdependientes:

- **Dimensión Social (S):** Examina cómo los cambios sociales, culturales y políticos modifican la naturaleza del conflicto. Incluye factores como la urbanización, la privatización de la guerra, la proliferación de actores no estatales, la comunicación digital y la percepción pública de la legitimidad del uso de la fuerza. Esta dimensión aborda la pregunta: ¿quiénes combaten y por qué medios de interacción social se libran las guerras?

- **Dimensión Tecnológica (T):** Analiza el impacto de la innovación tecnológica en la forma de conducir la guerra, considerando la velocidad de desarrollo, la adopción dual (civil y militar), y la convergencia de dominios (IA, IoT, ciberespacio, autonomía adaptativa, simulación). Esta dimensión responde a la pregunta: ¿con qué herramientas y bajo qué arquitecturas cognitivas se desarrolla el combate moderno?
- **Dimensión Económica (E):** Evalúa la disponibilidad de recursos, la capacidad industrial y la voluntad política de sostener la innovación militar. Considera los presupuestos de defensa, la dependencia de cadenas de suministro críticas y la economía de la disuasión. Aquí se aborda la pregunta: ¿qué naciones pueden sostener el costo financiero y material de la revolución tecnológica militar?

Figura 6

Modelo SET Adaptado: interdependencia entre factores sociales, tecnológicos y económicos en el conflicto moderno.



Fuente: Elaboración propia.

Estructura Analítica del Marco

El método de análisis propuesto se desarrolla en tres niveles complementarios:

- **Nivel 1 – Descriptivo:** Identificación de los factores SET en un conflicto determinado (por ejemplo, guerra en Ucrania o conflicto en Gaza). Se recolectan evidencias de cada dimensión:

actores sociales, tecnologías dominantes y capacidades económicas.

- **Nivel 2 – Relacional:** Evaluación de la interacción entre las tres dimensiones. Este nivel busca comprender cómo un cambio tecnológico (por ejemplo, la adopción de IA) repercute en la estructura social (nuevos actores) o en la económica (reconfiguración industrial).
- **Nivel 3 – Prospectivo:** Construcción de escenarios futuros a partir de la dinámica entre los factores SET. Se utilizan tendencias empíricas (gasto en I+D, nivel de autonomía, urbanización, inversión privada en defensa) para anticipar la evolución del poder militar y las formas de conflicto hacia 2040.

Tabla 1

Variables y parámetros de la metodología propuesta.

Factores	Variables (Dimensiones observables)	Parámetros (Indicadores medibles o proyectivos)
Sociales	- Urbanización y densidad poblacional - Migración hacia megaciudades y zonas metropolitanas - Desigualdad social y brecha digital - Privatización del conflicto (empresas militares, contratistas) - Emergencia de actores híbridos y piratas cibernéticos - Control narrativo y manipulación de	- % de población urbana y proyección 2040 (ONU Habitat) - Índice Gini y tasa de desempleo estructural - Número de contratistas privados activos en conflictos - Número estimado de ciberataques originados por actores no estatales - Alcance mediático promedio de campañas digitales (en millones de

Factores	VARIABLES (Dimensiones observables)	Parámetros (Indicadores medibles o proyectivos)
	<p>información - Percepción pública y legitimidad del uso de la fuerza - Movilización social digital y redes de influencia</p>	<p>visualizaciones) - % de población con acceso a redes sociales o plataformas de IA generativa - Índice de confianza institucional en fuerzas armadas</p>
Tecnológicos	<p>- Integración de IA generativa para creación de contenidos (INFOOPS) - Uso de LLMs y modelos multimodales en mando y control - Aplicación de visión computacional para detección de amenazas - Drones autónomos y enjambres cooperativos - Desarrollo de robots humanoides y sistemas de apoyo logístico - Procesamiento masivo de datos (Big Data) - Software de toma de decisiones con IA adaptativa - Ciberdefensa y seguridad de redes críticas - Nivel de autonomía IA-C2 y coordinación multisensor</p>	<p>- % del gasto de defensa destinado a I+D en IA y autonomía - Número de patentes registradas en defensa (por país o región) - Número de modelos de IA generativa aplicados a INFOOPS - Número de enjambres de drones desplegados o en prueba - Número de sistemas de visión por computador operativos en ISR - Número de proyectos de IA multimodal en defensa - Tiempo medio de toma de decisión algorítmica vs. humana (segundos) - Nivel de autonomía operacional (DoD 1-5) - Número de incidentes de ciberataques por trimestre</p>
Económicos	<p>- Gasto militar total y gasto en I+D - Crecimiento de startups duales (civiles-militares) - Alianzas público-privadas en defensa - Ecosistemas</p>	<p>- % del PIB destinado a defensa (SIPRI) - Número de startups de defensa activas por país - Número de alianzas público-privadas en programas</p>

Factores	Variables (Dimensiones observables)	Parámetros (Indicadores medibles o proyectivos)
	nacionales de innovación (clúster) - Producción y transferencia de patentes de defensa - Dependencia tecnológica de semiconductores y materiales críticos - Exportaciones e importaciones de armamento avanzado - Financiación privada en tecnologías disruptivas - Empresas de defensa e inversión de capital de riesgo	tecnológicos - % de dependencia de componentes importados en cadenas críticas - Número de patentes de defensa registradas por año - Inversión privada en tecnologías duales (USD millones) - Gasto anual en I+D de defensa per cápita - Valor de mercado de las 10 principales empresas de defensa (USD) - Participación del sector privado en innovación militar (%)

Fuente: Elaboración propia.

Procedimiento Metodológico

Para aplicar el marco SET a casos empíricos, se propone un procedimiento de análisis estructurado en cuatro fases interdependientes. Este procedimiento busca identificar, relacionar y proyectar los efectos de las transformaciones sociales, tecnológicas y económicas sobre la naturaleza del conflicto contemporáneo.

- **Recolección de información:** recopilación sistemática de datos cualitativos y cuantitativos sobre políticas de defensa, gasto en I+D, innovación dual y dinámica industrial. Las fuentes de referencia incluyen bases internacionales como SIPRI, CSIS,

DoD, OCDE y OECD, complementadas con informes de la OTAN, RAND y The Economist Intelligence Unit.

- **Caracterización de actores sociales:** identificación y clasificación de los principales agentes que participan en el ecosistema militar y de seguridad: estados, corporaciones tecnológicas, contratistas privados, grupos no estatales y redes civiles de innovación. Se analizan sus motivaciones, capacidades y formas de interacción dentro del sistema de conflicto.
- **Identificación de tecnologías emergentes:** selección de tecnologías con potencial disruptivo en cada escenario de estudio. Se consideran ámbitos como la inteligencia artificial generativa, los enjambres autónomos, la robótica terrestre y aérea, la guerra cognitiva, la ciberdefensa y los sistemas de mando y control algorítmicos (C2 asistido por IA).
- **Evaluación cruzada e integración:** desarrollo de un análisis matricial SET que relacione los cambios tecnológicos con sus repercusiones sociales (nuevos actores, dinámicas urbanas, legitimidad) y económicas (sostenibilidad, inversión, alianzas público–privadas). Este cruce permite generar indicadores de resiliencia y vulnerabilidad, así como patrones de convergencia entre dimensiones.

El resultado de este procedimiento no pretende construir un modelo predictivo cerrado, sino un marco analítico comparativo que permita contrastar diferentes conflictos, evaluar la capacidad de adaptación de los actores y anticipar los riesgos de disrupción tecnológica o social.

A diferencia de los enfoques puramente técnicos o doctrinarios, este método adopta una lógica sistémica, integrando dimensiones humanas, estructurales y tecnológicas. Así, el marco SET se concibe como una herramienta de observación dinámica, capaz de vincular la estrategia militar con la economía de la innovación y la evolución de la sociedad informacional.

Este enfoque metodológico facilita además el diálogo entre analistas militares, ingenieros y economistas, promoviendo una comprensión transversal del poder en la era de la información. La guerra, entendida como fenómeno sociotécnico, requiere de marcos flexibles que conecten la velocidad del cambio tecnológico con la complejidad social que lo acompaña.

Ventajas y Alcance del Modelo

El enfoque SET ofrece tres ventajas principales para el estudio de los conflictos contemporáneos y la formulación de estrategias militares adaptativas:

- **Interdisciplinariedad:** combina variables sociales, tecnológicas y económicas, evitando visiones fragmentadas o deterministas del fenómeno militar. Facilita la cooperación

entre disciplinas técnicas, políticas y humanísticas.

- **Escalabilidad:** puede aplicarse a distintos niveles analíticos — táctico, operacional o estratégico—, lo que permite estudiar tanto la integración de unidades autónomas como la evolución de estrategias nacionales o regionales.
- **Prospectiva estratégica:** permite construir escenarios plausibles de conflicto a partir de tendencias observables en urbanización, innovación tecnológica y financiamiento militar, contribuyendo a la planificación doctrinaria y la toma de decisiones de largo plazo.

En síntesis, el marco SET constituye una metodología de análisis prospectivo orientada a comprender cómo las tecnologías disruptivas transforman el arte y la ciencia de la guerra. Su enfoque sistémico permite trascender la visión instrumental de la tecnología, integrando los factores sociales que condicionan su adopción y los factores económicos que determinan su sostenibilidad. Esta perspectiva servirá de base para proyectar escenarios futuros de conflicto hacia el horizonte 2030–2040.

Integración de las Dinámicas SET: Escenarios 2030–2040

La interacción entre las dimensiones social, tecnológica y económica (SET) proyecta un futuro caracterizado por conflictos intraestatales, intensivos en información y disputados en el dominio cognitivo. La guerra tenderá a desarrollarse en entornos urbanos densamente conectados, mediados por algoritmos, donde la percepción, los datos y la influencia serán tan decisivos como la maniobra y el fuego.

Dimensión	Tendencias Emergentes	Implicancias Estratégicas
Social	Urbanización acelerada, privatización del conflicto, actores híbridos, manipulación de información	Guerras cognitivas e híbridas; fronteras difusas entre lo civil y lo militar; crisis de legitimidad estatal
Tecnológica	Autonomía basada en IA, INFOOPS generativas, automatización del C2, enjambres de drones y sistemas multimodales	Supremacía informacional; velocidad de decisión; dilemas éticos y legales en la delegación de autoridad a máquinas
Económica	Economías de defensa impulsadas por innovación y financiamiento privado; cadenas de suministro críticas; soberanía tecnoindustrial	Competencia prolongada entre bloques tecnológicos; nacionalismo industrial; vulnerabilidad ante disrupciones globales

Fuente: Elaboración propia.

A partir de estas dinámicas, emergen tres **megatrends** que delimitan la evolución del conflicto hacia 2030–2040:

- **Campos de batalla cognitivos:** el control de la percepción y la gestión de la información se convierten en armas estratégicas. Los modelos de IA generativa y los sistemas de manipulación narrativa redefinen las operaciones psicológicas, erosionando la distinción entre guerra y paz.
- **Integración de sistemas autónomos:** enjambres de drones, plataformas terrestres no tripuladas y robots cooperativos operan mediante aprendizaje adaptativo, incrementando la velocidad de decisión y la cobertura de inteligencia en tiempo real. La frontera entre humano y máquina se difumina en la conducción del combate.
- **Soberanía tecnoindustrial:** los estados y alianzas buscan resiliencia en microelectrónica, datos, energía y ciberseguridad, priorizando la independencia tecnológica y la protección de sus cadenas críticas. La defensa nacional se redefine como gestión de ecosistemas industriales.

Estas tendencias configuran un entorno estratégico donde la superioridad no dependerá únicamente de la cantidad de armamento o de tropas, sino de la capacidad de integrar los tres vectores del poder SET: cohesión social, innovación tecnológica y sostenibilidad económica. La victoria del futuro será tanto material como cognitiva, determinada por

la habilidad de un Estado o coalición para sincronizar conocimiento, percepción y decisión.

Conclusiones

El marco SET (Social, Tecnológico y Económico) permite comprender cómo las fuerzas sociales, los avances tecnológicos y las dinámicas económicas convergen para redefinir la naturaleza del conflicto contemporáneo. La guerra del siglo XXI se está volviendo más inteligente, urbana y privatizada, articulada por datos, algoritmos y sistemas de decisión adaptativos que transforman tanto la forma como el propósito del poder militar.

Desde la dimensión social, observamos una creciente complejidad en la interacción entre estados, corporaciones tecnológicas y actores no estatales. La urbanización del conflicto, la digitalización de la comunicación y la guerra por la percepción han desplazado el centro de gravedad desde el terreno físico hacia el cognitivo. En este nuevo espacio de disputa, dominar la narrativa y controlar la información se ha vuelto tan relevante como controlar el territorio.

Desde la dimensión tecnológica, la inteligencia artificial —en especial la IA generativa— ha extendido el campo de batalla al dominio cognitivo. Como plantea Vásquez, el conflicto ya no se libra solo en la destrucción de capacidades materiales, sino en la modelación de las percepciones, emociones y decisiones humanas. Los sistemas algorítmicos permiten anticipar movimientos, generar escenarios y

adaptar operaciones en tiempo real, pero también introducen dilemas éticos, sesgos y riesgos de escalada automatizada que exigen supervisión humana significativa y gobernanza responsable.

En la dimensión económica, la capacidad de sostener ecosistemas de innovación, investigación y manufactura avanzada se ha convertido en un factor estratégico de poder. La soberanía tecnológica y la resiliencia industrial determinarán qué países pueden mantener autonomía decisional en un mundo cada vez más dependiente de flujos de datos, microprocesadores y software crítico. El gasto militar, entendido no solo como inversión en armamento sino en conocimiento, es hoy el principal determinante de la disuasión.

De esta convergencia se desprende una conclusión esencial: la victoria en los conflictos futuros no dependerá únicamente de poseer plataformas más sofisticadas, sino de integrar inteligencias diversas — humanas, artificiales e institucionales— en un ecosistema coherente, ágil y ético. La guerra algorítmica exige no solo máquinas más rápidas, sino líderes capaces de comprender las implicancias morales y cognitivas de operar con ellas.

Para las instituciones militares y los planificadores estratégicos, esto supone una transformación doctrinaria profunda. El soldado del siglo XXI no solo debe dominar el terreno y el armamento, sino también el dato, el código y la información. Debe ser analítico, adaptable y éticamente consciente de las consecuencias de sus decisiones en entornos mediados por algoritmos.

Finalmente, el marco SET invita a mirar el conflicto moderno como un sistema dinámico donde la innovación tecnológica, la organización social y la economía de la defensa se entrelazan en una competencia continua por la adaptación. La superioridad ya no será patrimonio exclusivo de quien posea más armas, sino de quien logre aprender, decidir y actuar más rápido, con mayor inteligencia colectiva y sentido estratégico. En esa convergencia entre humanos y máquinas se definirá la legitimidad y la eficacia de la fuerza en la nueva Era de la guerra cognitiva.

Referencias

- Alderman, R. (2022, September 30). JADC2 and the kill web. Military Embedded Systems. <https://www.militaryembedded.com>
- Brynjolfsson, E., & McAfee, A. (2015). The great decoupling. Harvard Business Review. <https://hbr.org>
- Cagan, J., & Vogel, C. M. (2002). Creating breakthrough products: Innovation from product planning to program approval. Prentice Hall.
- Chang, Z., & Li, F. (2025). Bridging the gap between LLMs and human intentions: Progresses and challenges in instruction understanding, intention reasoning, and reliable generation. Human–Computer Interaction.
- Cummings, M. L. (2017). Artificial intelligence and the future of warfare. The Royal Institute of International Affairs.
- Hunter, J. (2024, August 13). Superintelligent AI is possible in the 2020s. LessWrong. <https://www.lesswrong.com>
- Our World in Data. (2023). Test scores of AI systems on various capabilities relative to human performance. <https://ourworldindata.org>
- Petraeus, D., & Roberts, A. (2023). Conflict: The evolution of warfare from 1945 to Ukraine. Harper.

- Soriano, M. R. (2022). Operaciones de influencia vs. desinformación: Diferencias y puntos de conexión (p. 16). Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://www.ieee.es>
- Stokes, J. (2024, July 20). How AI is changing warfare. Center for a New American Security. <https://www.cnas.org>
- The Economist. (2024). How AI is changing warfare. <https://www.economist.com>
- Vasquez, J. (2025). Technological trends for military INFOOPS: The impact of generative AI on future conflicts. Revista Ensayos Militares.

CAPÍTULO 3

Privatización de las guerras

Sr. Javier Martín Rodríguez¹

Introducción

Superado el mediodía del 8 de diciembre de 2024, el entonces todavía presidente de Siria, Bachar al Asad, se escabulló por una pequeña puerta del palacio presidencial en Damasco rumbo a un pequeño aeródromo de la capital con apenas un puñado de personas a su lado, tras engañar -una vez más- a sus asesores y colaboradores más cercanos. Apenas unas horas antes, en una tensa reunión mantenida junto a una treintena de oficiales del ejército y de los servicios de Seguridad e Inteligencia, había dado su palabra de que la ayuda militar extranjera estaba ya en camino, presta a actuar, y de que los rebeldes que desde hacía días avanzaban raudos desde Alepo jamás entrarían en la histórica capital de los Omeya. A su jefa de prensa, la ex-ministra Buthaina Shaaban, le había pedido que le escribiera y le llevara después unas notas para un discurso con el que pretendía alentar a la población y animarla a perseverar en la resistencia. Y a su jefe de Gabinete y vicepresidente, el poderoso y temido Ali Mamlouk, le había comentado que se encontrarían más tarde en el despacho para cerrar detalles de su aparición en la televisión nacional. Ni siquiera su

¹ Periodista español con extensa trayectoria en la Agencia EFE, actualmente se desempeña como director de la Agencia EFE en Chile. Es licenciado en Filología Árabe y Hebrea y ha trabajado como corresponsal de guerra en múltiples zonas de conflicto (Irak, Líbano, Siria, etc.). Su labor ha sido reconocida con prestigiosos galardones, incluyendo el Premio Internacional de Periodismo Julio Anguita Parrado en 2018 y el Premio Cirilo Rodríguez en 2019, además, de ser autor de varios libros especializados en Medio Oriente.

hermano Maher, comandante de la 4ª División blindada de elite, la guardia pretoriana que protegía desde hacía décadas el régimen dictatorial del clan Al Asad, conocía su plan de huida, que incluía un vuelo discreto a la base aérea de Hmeimim, cedida a Rusia en Latakia, la provincia natal de su familia, y otro más largo, pero igual de clandestino a Moscú, destino final para su auto exilio.

Los preparativos para la fuga habían comenzado, no obstante, un mes antes con un desplazamiento igual de furtivo a la capital rusa en busca de un encuentro secreto con su aliado -antes que amigo- Vladimir Putin, quien según fuentes abiertas de seguridad le hizo esperar en un hotel gubernamental durante más de dos días, escenificando así su enfado por el deterioro de la situación en Siria, y en particular en la región noroccidental de Idlib, donde los rebeldes se afianzaban sin apenas resistencia y arriesgaban con ello la continuidad de la presencia militar rusa en la costa mediterránea siria, fundamental para la política neo-zarista del Kremlin. Especialmente en los alrededores del cruce entre las autopistas M4 y M5, que conectan Damasco, Latakia y las regiones del noroeste, amenazadas ya en aquel momento por las milicias bajo el mando de un yihadista confeso sirio devenido en líder mercenario conocido como “Abu Mohamad al Golani”.

Las lustradas botas de combate de Al Golani, cuyo poder prosperó en el seno de la organización salafista global Al Qaida, pisaron, sin embargo, los mismos mármoles pulidos por los que escapó Al Asad apenas 48 horas después de la artera fuga de este último. Una vez en palacio, el miliciano se despojó del uniforme de combate oliva, apoyó sobre la mesa el revólver personalizado que le había regalado un agente del Mosad y se embutió en un traje clásico de corte italiano coronado por una corbata granate de seda, símbolo para los salafistas de la opresión occidental. Un mes después sepultó su apodo de guerra y fue investido presidente de Siria con el nombre que al nacer le había impuesto su

padre: Ahmad Husein al-Sharaa. Semanas después, ya acomodado en el trono del tirano caído, viajó a Riad a agradecer los servicios prestados y recibir las felicitaciones y parabienes del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y otros autócratas y aliados de Israel en la región, como el príncipe heredero de Arabia Saudí, Mohamad bin Salman, o el presidente de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, quien se sumó telemáticamente al conciliábulo. Su histórica reunión el 14 de mayo de ese año en una sala del palacio con el mandatario estadounidense, cuyo país había puesto precio a su cabeza una década antes, fue la guinda de un contorsionista periplo personal y político -desde el terrorismo a la jefatura del Estado- que significó, a su vez, la consumación definitiva de una estrategia geopolítica global impulsada desde la invasión ilegítima de Irak en 2003, y que ha transmutado la naturaleza de los conflictos en el planeta en general y en Oriente Medio y África en particular: la privatización total de la guerra a través de un lucrativo negocio que, junto al comercio de armas, combina el uso de milicias locales, compañías privadas de seguridad militar (PSMC², por sus siglas en inglés) y fuerzas de elite, procedentes tanto de los ejércitos nacionales como de los servicios de Inteligencia (Chesterman, 2009).

Mercenarios, un recurso ancestral tan viejo como la propia guerra

La existencia de los mercenarios y el negocio de las PSMC no son nada nuevo, es cierto. Han existido desde la Antigüedad, tan arcaicos como la propia guerra, pero su patrón de actividad ha mutado en los últimos ochenta años, en los que han tenido un desarrollo inusitado. Desde Alsa Masa, la fuerza anticomunista creada en Filipinas en 1984 durante la presidencia del controvertido Ferdinand Marcos, a los grupos armados El despertar,

² PSMC: Private Military and Security Companies.

impulsados por Estados Unidos en 2006 para luchar contra la insurgencia en las regiones suníes de Irak, pasando por las tribus Janjaweed en la región sudanesa de Darfur, los Guardias Comunitarios en México e incluso los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) en España, las milicias y organizaciones paramilitares asociadas a gobiernos han sido una constante planetaria creciente desde, al menos, el final de la Segunda Mundial. Definidas como “grupos que se identifican como progubernamentales, a los que patrocina un Ejecutivo (nacional o subnacional), que no forman parte de las fuerzas regulares de seguridad, están armados y tienen una estructura organizativa jerárquica”, según la descripción clásica de Sabine C. Carey, profesora de la Universidad de Mannheim (Alemania), estas controvertidas organizaciones actúan en los límites más difusos de la legalidad, pese a que su actividad está regulada (ICoCA, 2025), en países en conflicto o en transición, y tienen lazos más o menos estrechos, más o menos visibles, con la autoridad bajo cuyos intereses prosperan.

De acuerdo con un estudio realizado por la propia Carey junto a los profesores Neil J. Mitchell, investigador del College London, y Christopher K. Butler, de la Universidad de Nuevo México (2014), “entre 1982 y 2007 los gobiernos de cerca de sesenta países estuvieron ligados y cooperaron con grupos armados informales dentro de sus fronteras”. Una cifra y un panorama que se ha multiplicado una década después, y que ahora incluyen una serie de particularidades que transforman estas entidades militarizadas en una amenaza distinta, más perturbadora y alarmante si cabe: superada la primera mitad de 2025, la mayor parte de ellas —especialmente en Oriente Medio y el norte de África—, son una versión evolucionada y perfeccionada de la multinacional norteamericana Blackwater, cuyo uso popularizó Estados Unidos tras la ilegítima invasión de Irak en 2003. Privatizado el rentable negocio de la guerra, en algunas regiones, especialmente las áreas rurales del norte del Sahel, nueva

frontera meridional de Europa, o en países en conflicto crónico como Libia, trampolín de la migración irregular en el Mediterráneo, algunas devinieron además en sólidas heterarquías (Meier, 2022), un novedoso concepto que alude a territorios gestionados por grupos armados y sostenidos en la economía informal donde la autoridad del Estado prácticamente se ha volatizado.

Más allá de sus estructuras y del poder que han comenzado a acumular en los territorios en los que se han asentado, una de las preocupaciones que inquietan a los expertos es su jaez una vez que las guerras han concluido, y la amenaza que suponen tanto para la buena gobernanza como para la defensa y el respeto a los derechos humanos. Con el conflicto armado como razón de su existencia, algunas se transforman enseguida en brazos ejecutores para políticas de represión y miedo que los gobiernos no podrían asumir. Como destaca Janice E. Thomson en su obra *Mercenaries, Pirates and Sovereigns: State-building and extraterritorial violence in early Modern Europe*, “pocos gobiernos se resisten a la tentación de consentir e incluso autorizar la violencia no estatal al tiempo que niegan su responsabilidad en la misma o en la rendición de cuentas” (Thomson, 1996). Existen a lo largo de las últimas décadas multitud de ejemplos significativos. Sirva como paradigma el de las milicias Janjaweed, martillo pilón del Gobierno sudanés en la codiciada región meridional de Darfur. Reclutada y espoleada con pretextos étnicos, esta tribu árabe tradicionalmente ligada al pastoreo y al comercio de camellos lleva sembrado el terror en el noroeste de Sudán y el este de Chad desde que en 2003 estallara una guerra con apariencia política, pero con rasgos evidentes de limpieza étnica. Los Janjaweed son parte del sanguinario expediente delictivo que se le imputaba al expresidente de Sudán, general Omar Hasan al Bachir, acusado de genocidio, crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Crueldades similares a las que se le atribuyeron en la extinta Yugoslavia a grupos como los Red Baretts o los Tigres de Arkan, estos últimos salidos de una de las canteras

más prolijas del milicianismo y el fascismo, las gradas de los estadios de fútbol. Como señala Xan Rice en su artículo *Terror link of Village spared by Janjaweed* (Rice, 2006), las milicias y los grupos paramilitares suelen estar integradas por antiguos rebeldes, extremistas religiosos, radicales violentos del fútbol, bandidos, como es el “caso de los Janjaweed”, o bandas formadas en las calles, como los Chimeras, usados en Haití durante el régimen de Jean Bertrand Aristide (el mandatario caribeño contaba, además, con una guardia pretoriana de mercenarios entrenada por la Steele Foundation, una de las primeras PMSC estadounidenses de un sector ya entonces en expansión).

Son variados los beneficios políticos y económicos que el empleo de mercenarios reporta a los gobiernos, pero quizá el más controvertido sea que les facilita eludir la obligación de “rendir cuentas”, uno de los principios esenciales del Derecho Internacional y la herramienta que impide, en los procesos de transición, que los crímenes puedan repetirse, como recuerda el periodista irlandés Pady Woodworth, autor de *Dirty war, clean hands: ETA, the GAL and the Spanish Democracy* (Woodworth, 2003). “Los grupos informales permiten a los gobiernos trasladar la responsabilidad y usar la represión para un dividendo estratégico al tiempo que eluden cualquier responsabilidad”, insisten igualmente Mitchell, Butler y Carey en su ya citado estudio *The impact of pro-government Militias on Human Rights Violations*. Esta distancia tiene como principal consecuencia un aumento significativo de los abusos y una dificultad mayor a la hora de vigilar y refrenar a las milicias, las primeras interesadas en que persista una violencia de la que se lucran y que comparten con el crimen organizado. En este contexto, el descontrol es, además, mucho más acusado y peligroso cuanto más frágil es la autoridad estatal con la que se asocian. En una entrevista publicada en abril de 1987 por el diario *The New York Times*, Rolando Cagay, uno de los líderes de *Alsa Masa*, admitía que esta organización paramilitar filipina “fue útil para los militares ya que evitaba la investigación

sobre los abusos de los derechos humanos” (The New York Times, 1987) perpetrados en la ciudad de Davao.

Libia, el primer caso de éxito de privatización total de la guerra

En la última década, uno de los ejemplos por antonomasia de esta práctica se desarrolló con éxito en Libia, un Estado fallido, víctima del caos y la guerra civil, en el que las milicias condicionaron -y después se apropiaron- de la agenda política, imperando sobre su economía, desde que en 2011 Francia y Estados Unidos desencadenaran la caída del estrambótico Mohamad al Gadafi. Especialmente en la capital, sede aún hoy de un gobierno fantasma impuesto por la ONU tras el fracaso del plan de reconciliación impulsado en 2015 por el entonces enviado especial Bernardino León, quien al contrario de lo que le pedía su misión contribuyó a fortalecer el influjo de los grupos armados. Aunque sobre el papel la autoridad fue entregada a una entidad denominada de transición liderada en aquel entonces por Faye al Serraj, la realidad sobre el terreno en que fueron múltiples “katibas” o milicias las que primero impusieron la ley en los barrios -que ocuparon a sangre y fuego-, con métodos importados del crimen organizado, al que también se asociaron. Y las que se apoderaron después del manejo de los resortes económicos: el acceso al empleo, la vivienda e incluso a los servicios bancarios, que quedaron rápidamente subordinados al grado de implicación de los habitantes con el grupo, en una suerte de estructura mafiosa. Katibas como las Brigadas Revolucionarias de Trípoli (TRB), dirigida por el señor de la guerra Haithan Tajouri, o las Fuerzas Especiales de Disuasión (RADA), liderada por su colega Abdel Rauf Kara, no solo se repartieron los territorios y compitieron con otras entidades más pequeñas en el negocio de la seguridad y el contrabando, tanto de armas como de personas, combustible aceite, harina, medicamentos y otros productos básicos, si no que incidieron en la política a través de los ministerios de Defensa e Interior, en los que se

infiltraron hasta dominarlos.

Un negocio en el que rápidamente se imbricaron PMSC extranjeras procedentes principalmente de los Balcanes, Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Catar, Italia y Turquía, que aún mueve y genera miles de millones de euros al año, además, multiplicó las violaciones de derechos humanos sin que en apariencia ni salpicara al gobierno local, carente de resortes para controlarlo, ni a los citados actores extranjeros, que se peleaban por la apropiación de sus crecientes recursos energéticos. Fueron estas milicias, sólidamente asentadas en su territorio y con lazos vagos con la autoridad central, las que recibieron y administraron, asimismo, una parte magra de los fondos de ayuda procedentes de la cooperación exterior. Significativo es el caso de la Guardia Costera, financiada, dotada y entrenada por Italia y la Unión Europea (European Parliament. 2025); aún hoy sus cuadros son antiguos contrabandistas reconvertidos en policías que en la mayoría de las ocasiones conservan sus lazos con las distintas mafias. Ejemplo similar fue el centro de detención de migrantes de la ciudad costera de Tajoura, bombardeado a principios de julio de 2019; su gestión estaba entonces en manos de la milicia local, una de las más poderosas entre las que actúan bajo el paraguas del gobierno sostenido por la ONU y la UE. Semanas antes, la organización humanitaria Médicos Sin Fronteras (MSF) había denunciado las violaciones sistemáticas de los derechos de los migrantes que allí se cometían. “El uso de estos grupos, a menudo mal entrenados, y pobremente vigilados, suele abrir más oportunidades a la violencia y contribuye a que haya más violaciones de los derechos humanos”, argumentan Carey, Butler y Mitchell.

El empleo de estas compañías fue introducido en Libia por el mariscal Haftar en 2015, fecha en la que lanzó su ofensiva “Operación Dignidad” para expulsar a las milicias salafistas afines al antiguo gobierno democrático libio

en Bengazi, capital del este y segunda ciudad en importancia del país, y para reconquistar tanto la ciudad de Derna -uno de los bastiones del yihadismo en el norte de África- como el golfo de Sidrá, perla de la opulenta industria petrolera libia. Y se generalizó hasta desbordar todos los frentes con la entrada tanto de Rusia como de Turquía en el conflicto -junto a otros estados como Francia, Italia, Arabia Saudí, Egipto, Jordania o Qatar- a lo largo de 2019. Todo se reveló el nueve de septiembre de ese mismo año, apenas cinco meses después de que Hafter levantara su ineficaz asedio a Trípoli, que simplemente sirvió para ensangrentar la ciudad una vez más. Aquel día, aviones de combate no pilotados (dron) clase “Bayraktar TB2” de fabricación turca bombardearon una posición de las fuerzas bajo el mando del llamado Ejército Nacional Libio (LNA), a las órdenes del mariscal, en la estratégica localidad de Ksar bin Ghasir, veinte kilómetros al sur de la capital libia (Agencia EFE, 2019).

Habría sido solo una más de las múltiples operaciones de combate que se sucedían en esa área próxima al antiguo aeropuerto de Trípoli, si no hubiera sido por la naturaleza de las bajas que causó. Horas después del incidente, un portavoz castrense del gobierno rival sostenido por la ONU (GNA) sorprendía al asegurarme, en mi calidad de corresponsal de la Agencia Efe en el norte de África, que en el ataque habían muerto una decena de mercenarios rusos, miembros todos ellos de la PMSC Wagner Group, vinculada con el Kremlin. En una misión de rastreo realizada previamente en la localidad vecina de Al Sabiaa una de sus milicias había hallado armas y documentación en ruso que supuestamente probaban la implicación bélica de Moscú -aliado tradicional de Hafter- en el cerco capitalino. “África se ha convertido en un enorme campo de batalla de la guerra entre Rusia y Occidente en lo que podemos definir como una nueva edición de la Guerra Fría, un periodo de tensión esta vez con el dinero por encima de las cuestiones ideológicas”, me contextualizaba días después de que publicara la exclusiva Grzegorz Kuczynski, director del programa de

Euroasia en el prestigioso Warsaw Institute³. “Dada la dramática situación económica de muchos de los países de África y el coste financiero relativamente bajo que se necesita para conceder ayudas esenciales a ciertos regímenes, no es ninguna sorpresa que Moscú se dedique a apoyar a más y más países en el continente negro [sic.] Los líderes africanos son conscientes, además, de que Rusia no le pedirá a cambio respeto a la democracia y a los derechos humanos”, subrayaba Kuczynski, uno de los mayores expertos mundiales en política rusa.

Académicos y analistas coinciden en establecer la fecha del retorno de Rusia a África en 2015, apenas unos meses después del inicio de las sanciones internacionales por los conflictos en Ucrania y Crimea. Ese año, el comercio entre Moscú y el continente se multiplicó de los 3.400 millones de dólares anuales a más 14.500 millones en 2016. Según datos del reconocido centro de investigaciones sueco SIPRI, la venta de armamento y la privatización de la guerra -un negocio global creciente- fueron los puntales de un reverdecer que florece desde las cenizas de la extinta Unión Soviética y tiene como meta desplazar a las antiguas potencias coloniales, en particular a Francia (SIPRI, 2019), objetivo ya parcialmente logrado en países del Sahel como Mali o Burkina Faso (France 24, 2025). En ese corto espacio de tiempo, la Rusia neo-imperialista de Vladimir Putin devino en el principal suministrador de armas a África con un 35% de la cuota del mercado, superando a Pekín (17%), Washington (9,6%) y París (6,7%). Sus principales clientes fueron sus socios tradicionales -Argelia, Egipto, Angola y Uganda-, pero también aliados de nuevo cuño como Mozambique, Nigeria, Sudán y Ruanda, donde la presencia de ingenieros, asesores políticos y mercenarios rusos se disparó de forma exponencial en el último decenio. Una expansión de corte zarista, orquestada

³ Entrevista con el autor, 2018

por los servicios secretos del Kremlin, que convirtió a la empresa militar Rosoboronexport en la tercera más potente del continente, y a Libia y a la República Centroafricana en los pivotes que dinamizan el envite neocolonialista africano del caudillo ruso. “Libia, uno de los principales productores de petróleo, es un mercado atractivo para las empresas petroleras rusas que buscan competir allí con sus pares occidentales. Pero es también vital desde el punto de vista militar debido a su ubicación. Con un gobierno amigo de Rusia, Moscú ampliaría sus capacidades militares más al oeste, por ejemplo, mediante la construcción de instalaciones navales, en el Mediterráneo, formando así el eje Siria-Egipto-Libia”, argumentaba Kuczynski. Una suerte de cigüeñal que le permitía eludir a Turquía y su ventaja geográfica en la desesperada búsqueda de una salida con menos obstáculos al estratégico brazo de agua salada que separa Europa de África.

En octubre de 2019, este denuedo político, militar y diplomático desembocó en una inédita conferencia internacional celebrada en Sochi, ciudad que desciende desde las estribaciones del Cáucaso al Mar Negro, a la que acudieron más de cuarenta líderes africanos y cerca de diez mil empresarios, en su mayoría rusos. Cuatro meses antes, el Foro Ruso de Armamento había sido testigo de un éxito similar, con una veintena de grandes contratos firmados. “Los oligarcas rusos observan África como una oportunidad, especialmente aquellos más próximos a Putin. Como una fuente de minerales y como un mercado de oportunidades para la industria militar”, insistía Kuczynski. “Es el escenario de una reconfiguración geoestratégica mundial tanto con la entrada de China como con el regreso de Rusia, expulsada en 1991. Ambos se benefician del retroceso de las potencias coloniales y de Estados Unidos”, agregaba en un análisis con muchas luces y alguna sombra. Si bien era cierto que en aquellos años Francia plegaba velas de forma apresurada en el Sahel, apurada por la presión de los grupos islamistas en Mali, Burkina Faso, Níger y

Chad -casi todos ellos con apoyo de mercenarios rusos-, el ejército estadounidense ya replanteaba también su despliegue en Europa y aceleraba su expansión en el África occidental, de la mano principalmente de su nuevo y mejor aliado Marruecos, autocracia con aspiraciones de potencia emergente.

Al igual que Pekín y Washington, Moscú practicaba en ese entonces una política neoimperialista carente de prejuicios morales más allá del dinero. E iba ganando cierta ventaja al aprovechar los rescoldos aún tibios que había dejado la presencia de la Unión Soviética, en particular las redes de Inteligencia Militar y financiera tendidas por la antigua KGB, que jamás se desmontaron. Negociaba por igual con unos y con otros, sin atender a las enemistades ancestrales que pueblan el norte de África -Argelia, Marruecos-, ni a la historia pasada o a las denuncias internacionales recientes, como en el caso del Egipto de Abdel Fatah al Sisi, uno de sus mejores camaradas. A cambio de contratos de explotación de petróleo, gas, oro, diamantes, energía nuclear, minerales y tierras raras para empresas como Rosneft, Lukoil, Zarubezhneft, Gazprom, Rosal o Rosatom -todas presentes en África-, la plutocracia de Putin comenzó a ofrecer también armamento y servicios militares varios a través del expansivo y lucrativo negocio de la seguridad privada, al que arribó tarde, pero con una fuerza logística, humana y amoral potencialmente superior a sus competidores. Sudán y la propia República Centroafricana son todavía hoy los paradigmas de esta política. En 2016, el entonces presidente centroafricano, Faustin Archange Toudera, -que desconfiaba de Francia- aceptó la ayuda del Kremlin. Cerca de 250 mercenarios de Wagner Group desembarcaron en el país para garantizar su tranquilidad personal. Apenas un año después, el gobierno de Bangui concedió licencias para la extracción de oro y diamantes a la empresa Lobaye Invest, propiedad del controvertido oligarca Yeugeny Prigozhin. Conocido como “el restaurador” del presidente Vladimir Putin -del que era amigo personal-, dueño de la mayor empresa de catering ruso y de la “granja de troll” Internet Research

Agency, Prigozhin -muerto en extrañas circunstancias en medio de una lucha de poder en agosto de 2023- era también el principal accionista de Wagner Group y tenía sus tentáculos extendidos tanto en Libia como en Sudán.

En este último Estado, sus mercenarios habían escoltado igualmente al entonces gobernante Omar Hasan al Bachir a cambio de permisos para otras dos de sus empresas minerales: M-Invest y Meroe Gold. Pese a que el tirano cayó, el llamado Consejo Transicional de Sudán -autor del incruento golpe de Estado en 2019- mantuvo los contratos ya firmados. “Las empresas de seguridad son el gran negocio de este siglo”, explica Filip Bryjka, investigador en la Facultad de Asuntos Militares y Seguridad de la universidad de Wroclaw⁴. No solo por los beneficios económicos que genera, también por las ventajas políticas que ofrece. Al contrario que los ejércitos, sostenidos con dinero público y sujetos al imperio de las leyes nacionales e internacionales, la privatización de la guerra reduce los costes, elude la rendición de cuentas y evita el precio político que supone el regreso de ataúdes a casa, como le ocurrió a Israel en la guerra del sur del Líbano, a Estados Unidos en Vietnam o a la propia URSS en Afganistán. Resulta más sencillo negar los vínculos con los mercenarios, obviar la responsabilidad legal y proteger la reputación frente a las denuncias de la sociedad civil. Excusas como “operaciones de combate, entrenamiento militar, consultorías de seguridad, servicio de guardaespaldas, logística y operaciones de inteligencia en una zona gris de la ley más próxima a lo prohibido que a lo moral”, añade Bryjka.

En este escenario, Libia y su guerra civil se han erigido en la última década en la médula de la estrategia africana rusa. Una cabeza de puente que, más allá de su privilegiada posición geográfica en el Mediterráneo, se observa como el

⁴ Entrevista con el autor.

perno desde el que consolidar y ampliar la intriga militar frente al músculo económico de China, la codicia cesarista de Trump y la creciente fragilidad del proyecto (teóricamente común) europeo. “Para Putin, Libia también es una cuestión de prestigio: Rusia se esfuerza por recuperar la antigua influencia que había disfrutado en el país bajo el gobierno de Gadafi y rectificar lo que el Kremlin percibe como un error: no haber bloqueado la intervención respaldada por la OTAN en 2011”, subrayaba Kuczynski. En la misma línea, el comandante jefe de las fuerzas de Estados Unidos en África (AFRICOM), general Thomas Waldhauser, advertía a mediados de 2019 en el Senado norteamericano que el interés de Moscú en la nación norteafricana estaba relacionado con el deseo de crear dificultades a la Alianza Atlántica. “Para Rusia, Libia tiene una importancia política, económica y militar. El país sirve como una importante puerta de entrada para muchos inmigrantes a Europa, que cruzan la frontera ilegalmente. Aquí es donde Moscú busca desempeñar un papel fundamental para ejercer un impacto en los procesos de migración, tratar de utilizarlos para potencialmente desestabilizar a la Unión Europea”, me insistía el experto polaco⁵.

Cierto es que Rusia colocó huevos en las diferentes cestas del conflicto libio. Tanto en la del debilitado GNA como en la de la familia Al Gadafi, a la que continúa protegiendo. Pero la más abundante es sin duda la que portaba el mariscal Khalifa Hafter, su apuesta preferente. Miembro de la cúpula golpista que aupó al poder al tirano en 1969, la biografía del controvertido oficial es una sucesión de ambiciones y traiciones. Abandonado en el campo de batalla de Chad por el propio Al Gadafi, que observaba en su progresiva popularidad una amenaza, fue reclutado en la década de los ochenta del pasado siglo por la CIA, que le trasladó a Estados Unidos, le concedió la nacionalidad y le facilitó los

⁵ Entrevista con el autor, 2019

medios para erigirse en el principal opositor en el exilio. De vuelta a Libia en el inicio de la revolución, necesitó apenas tres años para convencer y dominar a los heterogéneos grupos rebeldes que aprovecharon la vorágine de las pretendidas “primaveras árabes” para alzarse contra el tirano en las regiones orientales libias. Inaugurado 2014, consiguió que el entonces Parlamento electo y el gobierno no reconocido en Tobrouk le concediera el control de todas las milicias afines. Meses después emprendió una campaña militar escalonada que le permitió apropiarse de la mayor parte del territorio nacional, poner cerco a Trípoli y devenir en un actor político clave, fundamental en cualquier eventual proceso de pacificación.

Carente de un ejército regular al uso, Hafter maniobró y usó con astucia tanto el apoyo económico, político y militar de sus aliados árabes -Egipto, Arabia Saudí, Jordania y Emiratos Árabes Unidos, que le proveyeron de la superioridad aérea necesaria- como las ventajas que ofrecían las diversas PMSC para forjar su alternativa y asegurarse una posición negociadora dominante. En especial las empresas rusas, pese a que estas solo concitaran al principio un cinco por ciento de un negocio global en alza. La primera de ellas fue RSB Group, propiedad de Oleg Krinitsyn y vinculada a la compañía naviera neozelandesa Navsec Group Ltd., que desembarcó a cerca de un centenar de sus hombres en Bengasi en 2017. Expulsados meses antes los grupos yihadistas de Estado Islámico en Derna y en la propia capital del este -a los que Hafter abrió un pasillo hacia Sirte para generar complicaciones a la ciudad autónoma de Misrata y al gobierno pro-ONU en Trípoli-, el mariscal necesitaba del apoyo de una empresa especializada en minado y protección de instalaciones petroleras para garantizar la seguridad de sus conquistas en el golfo de Sidrá, diamante de la industria energética en Libia. Y RSB ya había demostrado su efectividad en una tarea similar en el norte de Siria.

Wagner Group fue la segunda. Dirigida entonces por Dimitry “Wagner” Utkin, un teniente general retirado que lideró dos de las principales brigadas de elite del ejército ruso, su especialidad siempre fue el combate en vanguardia. Formados -en su mayoría- en las unidades Alpha y Vimpel, adscritas a la Dirección Principal de Inteligencia (GRU) y a los servicios secretos rusos (FSB), contaba entonces con cuatro brigadas de asalto, una de tanques, tres de comunicación, una de reconocimiento e inteligencia y otra de ingeniería que se entrenaban en una base en Molkina (Krasnodar) y atesoraban kilómetros y balas de experiencia. Primero en el sitio de Donbas (Ucrania) y después en la guerra fratricida de Siria, donde desempeñaron un papel primordial en la batalla de Palmira, librada en marzo de 2016. Necesitado de fuerzas de elite en primera línea, más de un millar de ellos desembarcaron en Bengasi vía Latakia a finales de 2018 para preparar el asalto a la capital. “La guerra civil de Libia se está transformando en una guerra de poder entre Rusia, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí y Egipto, por un lado, y Turquía, Qatar e Italia, por el otro. Las dos partes en conflicto seguirán enviando más contratistas y militantes para ofrecer apoyo tanto al gobierno de Trípoli como a Hafter”, señalaba en aquellos días Kuczynski. “Las fuerzas mercenarias rusas ofrecen un valioso refuerzo para las fuerzas de Hafter debido a su experiencia en combate y habilidades especiales. Aunque el gobierno de Trípoli había documentado entre 600 y 800 combatientes rusos en Libia, se creía que este número era mucho menor hasta principios de enero. Sin embargo, comenzó a crecer bruscamente a raíz de la llegada de las empresas mercenarias privadas Moran y Schieft, en respuesta a la entrada de milicias sirias”, recalca⁶.

Según la web Italmiradar, que rastrea los vuelos que se suceden en el mundo, soldados de fortuna de estas dos últimas empresas aterrizaron en

⁶ Entrevista con el autor.

Bengasi en la primera semana de ese año a bordo de sendos aviones de transporte militar procedentes de una base aérea en Latakia. Moran Group, vinculada a Slavonic Corps, con base en Hong Kong y experiencia en el norte del Cáucaso y Tajikistán, está especializada en escolta de unidades y en tráfico marítimo. Presente en la guerra en Siria, donde combatió a los extremistas de Jays al Islam en Al Sukhnah y Homs, realizó igualmente misiones contra la piratería en el cuerno de África. Schiff Group, por su parte, tiene como principal activo su pericia en la protección de instalaciones petroleras, como también demostró en Siria. Ambas desembarcaron en un momento en el que Hafter buscaba apuntalar sus conquistas en el oeste y garantizar el transporte marítimo, tanto de armas como de petróleo. “El reciente crecimiento en el número de mercenarios rusos, pagados por las monarquías del Pérsico, sirve para contrarrestar la afluencia de insurgentes sirios, previamente redistribuidos por Turquía. Las que entran en el juego son las compañías mercenarias rusas que aprovechan la escasez de personal (de otras), ya que los contratistas operan en muchos otros países”, concluía Kuzcinsky.

Pero no solo recurrió a Rusia. Hafter se benefició, igualmente, de los servicios de diversas PMSC árabes, igualmente presentes en un negocio, el de privatizar la guerra, que mueve más de 225.000 millones de euros al año, a través de los contactos que forjó en su exilio en Estados Unidos y que siempre ha sabido conservar. Conocedor del terreno, el mariscal sumó milicias sudanesas y chadianas a su campaña del sur, que culminó con éxito a finales de 2018 y le sirvió para arrebatarse al GNA los recursos petroleros del oeste. A través de una antigua base aérea gadafista instalada en el oasis meridional de Jufrah, se unieron a su ofensiva mercenarios del Movimiento Justicia e Igualdad, de Abdelkarim Cholloy Konti, del Movimiento de Liberación de Sudán (Minni Minawi), de Haber Ishak y del Movimiento de Liberación de Sudán Abdel Wahib, de Yusif Ahmad Yusif “Karjakola”, todos ellos imprescindibles para

garantizar el control de la frontera y del yacimiento de Al Sahrara, que explotan multinacionales como TOTAL o Repsol. Al cerco de Trípoli y Misrata se incorporaron en julio de 2019 cerca de cuatro mil mercenarios de Rapid Support Forces, milicia vinculada al nuevo gobierno militar en Jartum. Dirigidas por Mohamad Hamdam Dagalo “Hemadti”, miembro destacado del Consejo Transicional de Sudán que derrocó a Omar Hasan al Bachir, suponía una fuerza de unos 30.000 hombres procedente de las milicias árabes “Janjaweed”, acusadas de crímenes de guerra en la región de Darfur y supuestamente vinculadas a Dickens&Manson, una empresa pantalla en Canadá. Armadas y financiadas desde Abu Dhabi y Riad, habían compartido frente de batalla con fuerzas de ambos países en la guerra en Yemen. Como el resto, Rapid Support Forces (CNN, 2025) aparecen también vinculadas al tráfico de personas, de armas y combustible en la región.

Gracias a sus antiguos lazos con las tribus Tebu y Tuareg que habitan el sur de Libia, Hafter contaba asimismo en sus filas con fuerzas paramilitares chadianas, en particular el Frente para la Alternancia y el Control de Chad, liderada por Mahdi Ali Mahamat, que tenía unos 700 hombres en Jufrah y a la que el mariscal conocía de sus años de guerra en la región minera del Aouzou, y la Unión de Fuerzas para la Democracia y el Desarrollo, de Mahamat Nari. Igualmente recurrió a milicias privadas locales madkhalies para combatir a los grupos yihadistas. Fundado en la pasada década de los noventa por Rabi 'bin Hadi 'Umayr al-Madkhali, un clérigo próximo a la familia Real saudí, el movimiento Madkhali es una interpretación hereje del Islam que defiende el salafismo extremo no violento, y combate al yihadismo. Presente en Libia desde tiempos de Al Gadafi, se concentraba en cinco grandes milicias en la región este -Batallón Tawhid, la brigada Tariq Ibn Ziyad, Subul al Salam, la Brigada al Wadi y Al Kaniyat- y ya fueron claves en el combate con las Brigadas de Defensa de Bengasi, la milicia radical liderada por el antiguo mufti

de Trípoli, jeque Sadeq al Ghariani, vinculado a Qatar. En Trípoli estaba infiltrado en la Fuerza Especial de Disuasión (RADA), que dirigía el poderoso señor de la guerra Abdel Rauf Kara, dueño del ministerio de Interior del GNA y único que no se sumó a la defensa de la capital. Seis años después, todos estos mismos actores siguen marcando la política y el fracaso democrático del plan internacional para derrocar a Al Gadafi.

En la guerra civil de Libia, la primera totalmente privatizada de la historia desde que esta tendencia comenzara a extenderse tras la invasión ilegítima de Irak (2003), también actúan PMSC estadounidenses, británicas, francesas, italianas, turcas y jordanas, -entre otras muchas-, algunas ya presentes en el país desde el alzamiento rebelde que en 2011 acabó con la larga dictadura de Al Gadafi. Uno de los primeros emprendedores fue Erik Prince, fundador junto a Alfred Clark de la afamada Blackwater (Scahill, 2009). Perseguido por sus tenebrosas actividades cuando se convirtió en un problema para la Casa Blanca en Irak (ICoCA, 2025), Prince se mudó a Abu Dhabi en 2010, poco después de vender su parte en la polémica compañía - a la que había renombrado como Xe Services LLC- y allí fundó una nueva, Reflex Responses Company (R2) (EBSCO, 2023), con la que continuó trabajando en todas las pretendidas “primaveras árabes” en las que se implicó la plutocracia emiratí, incluida la revuelta en Siria. En mayo de 2011, R2 y la familia Real Al Nahayan firmaron un acuerdo por valor de 529 millones de euros para crear una fuerza de elite llamada "Security Support Group", con un millar de hombres formados en inteligencia y contra-terrorismo, muchos provenientes de Colombia y otros estados de Latinoamérica. Parte de esa legión, formada por soldados de fortuna extranjeros, trabajó en el este de Libia, junto a diferentes milicias vinculadas al gobierno de Tobruk y al antiguo Ejército Nacional Libio (LNA), que dirigía Hafter. Desde 2015, algunos de esos oficiales extranjeros pilotan aviones de combate IOMAX AT-802 Air Tractors del ejército emiratí, artillados con

bombas de fabricación turca, y apoyaron desde el aire las operaciones del mariscal.

Los AT-802 emiratíes fueron cruciales durante el cerco a la ciudad de Bengasi, en particular durante el asedio al barrio de Ganfuda, uno de los que resistió hasta el final; y en la ciudad de Derna, uno de los principales bastiones del yihadismo en el norte de África. Como lo fueron igualmente en el acoso militar a Trípoli y Misrata de 2019. Los aviones solían despegar desde la base de Al Khadim, en el este de Libia, usada igualmente por Moscú, y llevaban el distintivo tapado. Prince, que ya entonces dirigía la empresa "Frontier Resources Group", nominalmente de transporte aéreo en África, pero que opera también hasta la actualidad en otras zonas del planeta, como Haití (The New York Times, 2025), negaba que sus mercenarios estuvieran participando en el conflicto. Igual que lo hacían Rusia, Sudán y el resto de los estados implicados en una guerra, la de Libia, que ya entonces había devenido en un conflicto armado multinacional sin presencia ni necesidad de ejércitos nacionales. Y es que las empresas privadas no solo suelen abaratar el coste de los ataques y eliminar la responsabilidad frente a las “víctimas colaterales”. También sostienen los eslabones de la cadena la logística, al participar en el transporte de armas y de soldados, como lo hizo la compañía de Prince y la multinacional GS4, la mayor PSMC del mundo, o Global Delivery Company (DGC), del judío Mordechai “Moti” Kahana, durante el enfrentamiento en Gaza. Hafter y el gobierno de Tobruk recurrieron a compañías similares como la moldava Sky Prim Air, vinculada al operador aéreo emiratí Oscar Jet. Existen pruebas de distintos vuelos en el interior del país, transportando delegaciones entre bases en Zintan (oeste) y Tobruk (este), en días previos o posteriores a batallas.

El GNA, un gobierno no electo pero reconocido por la comunidad internacional, impuesto por la ONU tras su fallido proceso de paz en 2015,

carecía igualmente de ejército. En sus filas se alistaban en aquellos años milicias islamistas locales -financiadas desde Qatar-, unidades de Inteligencia del gobierno italiano, mercenarios franceses, italianos y británicos y, sobre todo, soldados regulares y fuerzas especiales turcas. A principios de enero de 2019, y en pleno avance de las tropas de Hafter hacia el puerto de Misrata, Ankara se convirtió en el primer gobierno en oficializar su injerencia en los asuntos libios. Preocupado, asimismo, por la estrecha relación entre el gobierno de Tobrouk y Chipre, el presidente turco, Recep Tayeb Erdogan, justificó en la necesidad de entibar el frágil alto el fuego negociado con Rusia el envío de “tropas no de combate” al país. Sin embargo, junto a los soldados turcos desembarcaron en Trípoli y Misrata cerca de dos mil mercenarios sirios, en su mayoría combatientes altamente cualificados del opositor “Ejército Nacional Sirio”, una plataforma de grupos rebeldes islamistas que se levantó en armas contra la dictadura de Bachar al Asad y a la que Ankara siempre financió. La mayor parte de ellos pertenecían a la afamada “Sham Legion”, aunque también se detectaron unidades de las divisiones “Sultán Mourad” y “Moutasim”, todas ellas inscritas en el salafismo. Antes de partir, los milicianos sirios completaban su entrenamiento previo en diversas instalaciones militares en la provincia turca de Hatay, próxima a Latakia, gestionadas por instructores de la empresa que los reclutaba: SADAT International Defense Consultancy Inc, la mayor PSMC turca (Cubukcu, 2025). Fundada en 2012 por el antiguo general de brigada del ejército turco Adnan Tanriverdi, en sus trece años de existencia ha compartido un desarrollo inusitado y un sin fin de polémicas. Asentada en las regiones del sur, existe documentación que atestigua su presencia en conflictos como el de Somalia y el Yemen, así como en el norte de Siria y el oeste de Libia, donde ofrece apoyo logístico y de seguridad al gobierno reconocido por la ONU. Su rastro se percibe asimismo en estados del Sahel, como Níger, e incluso en la guerra de Nagorno-Karabag, siempre a la vera de grupos salafistas de ideología

violenta. En 2016, Tanriverdi -un artillero veterano de la guerra en Chipre expulsado del ejército turco en 1996 por su defensa del yihadismo- hubo de renunciar a su puesto en el Consejo de Seguridad de Erdogan después de que grupos de oposición acusaran al mandatario de haber utilizado a esta guardia pretoriana, similar al controvertido Wagner Group, en un supuesto autogolpe de Estado diseñado ese año para afianzarse en el poder, purgar el ejército -defensor de la laicidad en Turquía- y acabar con el movimiento opositor del clérigo Fethullah Gülen, exiliado en Pensylvania.

Menos conocida, pero igualmente efectiva en el campo de batalla en Siria y en las calles de la mayoría de las grandes ciudades de Turquía ese grupo paramilitar Halk Ozel Harekat (Operaciones Especiales Populares), fundado hace más de una década por el extremista Yunus Emre Polat, uno de los primeros voluntarios en alistarse en las filas de los grupos de oposición yihadistas a Bachar al Asad. Según su actual líder, Faith Kaya, exoficial de las unidades de elite del ejército turco, en la actualidad tiene más de 40.000 fieles repartidos por toda la geografía de Oriente Medio, con especial atención al norte de Siria (BBC Türkçe, 2018). La gran mayoría provienen de la sección juvenil del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), que lidera el propio Erdogan, y son también una fuerza coercitiva en el interior del país.

Fuentes de Inteligencia en Trípoli que yo mismo consulté en aquel entonces afirmaron que los mercenarios sirios se desplegaron en el sur de la capital y el este de Misrata, y que permitieron contener el empuje de sus pares sudaneses, chadianos y rusos, contribuyendo a reequilibrar el proceso político. A finales de marzo de 2019, entre intensos llamamientos de las potencias internacionales y en particular de la ONU para que ambos contendientes aceptaran una “tregua humanitaria” que impidiera sumar a la guerra el miedo real al invisible coronavirus, el Observatorio Sirio de los Derechos Humanos

reveló que al menos 151 mesnaderos sirios habían muerto en combates en el sur de Trípoli y en el extrarradio de la vecina Misrata desde el inicio de estos en 2020 (Syria Human Rights, 2020). Según la organización, que vigila el conflicto en Siria desde el estallido del alzamiento contra la estirpe Al Asad, la mayoría de ellos perecieron en frentes del sur de la capital como Al Salah Al-Din, Al Ramlah o Al Hadabah, localidades todas ellas próximas al antiguo aeropuerto internacional, clave para la conquista de la metrópoli libia, y en la propia ciudad-Estado, que mantiene lazos históricos, económicos y estratégicos con Turquía; y que sus cadáveres fueron repatriados a Siria y enterrados en las zonas bajo el control de las milicias "Escudo del Eúfrates", en la región de Aleppo. Perteneían -aseguraba el Observatorio- a grupos de la oposición rebelde siria como las divisiones Al-Mutasim, Sultan Mourad y las brigadas Suqur Al-Shamal Al-Hamzat y Suleiman Shah, y formaban parte de un total de 4.750 mercenarios sirios al parecer reclutados por SADAT. Otros 1.900 se encontraban entonces en Hatay completando su instrucción antes de ser enviados al norte de África, aseguraba la misma fuente. “Hay negocios muy rentables en Libia, y mientras eso siga así, no existe interés en que se acabe el conflicto”, explicaba una agente de Inteligencia europea destinada en la zona⁷. Una situación que recordaba a la que había padecido Siria, donde Turquía y Rusia, a través del negocio de la guerra y el apoyo de los distintos aliados árabes, habían igualmente aprovechado los nuevos intereses geopolíticos de EE. UU., Israel, Arabia Saudí e Irán, y el retroceso de las potencias europeas para repartirse el país y comenzar a recuperar la influencia ancestral perdida. Y sin tenerse que preocupar por eso que llamaban los derechos humanos.

⁷ Entrevista con el autor, abril 2018.

De terrorista internacional buscado a mesnadero del poder

Apenas dos días después de que Al-Asad huyera a Moscú y Al Golani celebrara su victoria con una oración comunitaria en el mítico patio de la Gran Mezquita de los Omeyas, corazón del barrio viejo de Damasco, aviones de transporte táctico ruso clase Ilyushin Il-76 Candid, Antonov An-26 y Antonov An-72 STOL, diseñados para el traslado de material bélico pesado, incluidos tanques, aterrizaron en las bases rusas de Hmeimim y Tartous, en la costa de Siria, protegidos por helicópteros de combate KA-52. Fotogramas captados el 10 de diciembre por el satélite europeo SENTINEL-2 mostraron, igualmente, que la flota militar rusa destacada en Siria había abandonado la ribera de Latakia y permanecía posicionada en aguas internacionales del Mediterráneo oriental con las proas orientadas al sur. Ambas imágenes no solo confirmaban la retirada negociada de las tropas y de la impedimenta rusas, sino también el desmantelamiento de los sistemas antimisiles tipo S-300 que el Kremlin había comenzado a desplegar una década antes con ayuda de variadas PSMC, como el grupo Wagner y sus aliados salafistas, próximos al depuesto presidente Al Asad. Cartas de navegación almacenadas en la web Italmiradar registraron días después, por su parte, que los mismos aparatos rusos cruzaron el mar rumbo a Libia, donde aterrizaron tras una breve -y sospechosa- escala en Argelia de un extraño petrolero ruso. Su destino: las bases aéreas de Al-Khadim, próxima a la ciudad de Bengazi, y de Al Jufrah, en la frontera con Chad, ambas bajo el control del mariscal Jalifa Hafter, caudillo del este de Libia (CNN, 2024).

Al contrario que en la costa, la retirada militar en el oriente sirio fue una suerte de desbandada, algo así como una estampida apresurada y caótica. Armas, documentos, mapas, fotografías, uniformes y diverso material doméstico quedaron abandonados, expuestos a sus enemigos, en los acuartelamientos, garitas, búnkeres, santabárbaras, oficinas y otros cientos de

instalaciones militares y civiles que durante años habían controlado en todo el país tanto unidades de elite del ejército iraní como milicianos del grupo chiita libanés Hizbulah, socios primordiales, junto a Rusia, del linaje Al Asad (BBC, 2025). El plan para la reordenación geoestratégica de Oriente Medio, trazado por Estados Unidos e Israel durante la primera Administración de Trump y aplicado con el apoyo de Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos tras el regreso del cesarista multimillonario a la Casa Blanca, se destapaba como un rutilante éxito. Tras años de infructuosos intentos, el temido eje chií había sido quebrado por su punto más debilitado y el cielo de Siria se había abierto para facilitar los ataques aéreos contra el régimen de los ayatolás, cuya caída era el objetivo final del mismo. Así lo admitía en junio de 2025 en una entrevista con la CNN el general retirado Amos Yadlin, ex jefe del Servicio Militar de Inteligencia (AMAN) del Ejército de Israel, en plena ofensiva contra Gaza, masacre que formaba igualmente parte de esa estrategia global (CNN, 2025). Una intriga maquiavélica, en el significado más filosófico de la palabra, en la que cualquier aliado era bienvenido, fuera cual fuese su pasado, y en el que las PSMC multinacionales y las milicias salafistas locales y regionales desempeñaron -y aún desempeñan- un papel cardinal.

Incluido el propio Ahmed al-Sharaa, pilar de un escabroso entramado que imbricaba a la CIA, el Mosad, los servicios de Inteligencia de Turquía, Arabia Saudí, Pakistán y Emiratos Árabes Unidos con empresarios y organizaciones religiosas salafistas saudíes y turcas, en una operación similar a la que en la década de los ochenta del pasado siglo permitió alumbrar una fuerza irregular de radicales islámicos para luchar contra la ocupación soviética de Afganistán, conocida en los libros de historia como “el puente de los Muyahidin”. Una aspiración aquella que ya tenía como objetivo paralelo combatir el surgimiento del régimen de los ayatolás en Irán, pero que apenas una década después contribuyó a radicalizar aún más el salafismo y a desencadenar las cuatro

oleadas yihadistas sucesivas que hasta la fecha han sacudido la geopolítica mundial.

La misma semana en que Bachar al-Asad huyó a Rusia, el periodista sirio Hassan Hassan, coautor de un aclamado best-seller internacional sobre la organización yihadista global Estado Islámico (The New York Times, 2015), publicó en el diario británico The Telegraph un largo y detallado perfil del victorioso nuevo líder sirio bajo el significativo título de “I went to university with rebel leader Jolani – I wonder if he has really turned his back on jihaden” en el que abordaba, (The Telegraph, 2024) desde la experiencia universitaria compartida en Damasco, la controvertida trayectoria ideológica y militante del inminente nuevo presidente sirio, y dudaba no solo de sus intenciones, sino también de su pretendida moderación y de sus aparentes credenciales democráticas. Nacido en octubre de 1982 en Riad en el seno de una familia siria migrante y acomodada, desplazada de su hogar en los disputados Altos del Golán, reclamados por Israel, Ahmed al-Sharaa creció entre los mapas de su madre, profesora de geografía, y las fórmulas matemáticas de su padre, un economista piadoso, en la Arabia Saudí del desarrollismo petrolero -que atrajo a miles de trabajadores de todos los rincones del mundo árabe- y de la radicalización religiosa, impulsada, en gran parte, por las desigualdades económicas y sociales que ésta suscitaba. De regreso a Damasco, su ingreso en la universidad coincidió con una época de gran agitación política y religiosa regional, fruto de la segunda Intifada en Palestina -la primera que entró en todos los hogares de los países árabes y musulmanes gracias al surgimiento de las televisiones por satélite y en particular por el nuevo canal qatarí Al-Jazeera-, de los atentados atribuidos a Al Qaida en todo el planeta y de la ocupación angloestadounidense de Irak. Afirma Hassan Hassan que en aquel fatídico 2003, clérigos de luengas barbas teñidas de naranja y conductores de chilabas pesqueras con sandalias de cuero se acercaban abiertamente a los estudiantes

para ofrecerles cruzar gratis a Irak a través de la provincia fronteriza de Al Anbar y sumarse a la nueva yihad global. Hussam al-Jazmati, biógrafo oficioso de al-Sharaa, asegura, por su parte, que el ahora presidente sirio fue uno de los que aceptó con entusiasmo la oferta para partir e integrarse en las pequeñas células clandestinas de resistencia que el régimen del derrocado Sadam Hussein comenzó a preparar tres meses antes de la invasión, cuando ésta ya era un hecho sin opciones de marcha atrás.

Ahmad Husein, en apariencia agricultor de 29 años, de piel tostada y ojos verdes aceituna, era el líder de una de ellas. Sentado a la puerta de su modesta granja en los alrededores de la localidad de Baquba, a orillas del río Diyala, uno de los afluentes del Tigris, me recibió con un té ardiente y excesivamente azucarado entre sus manos apenas callosas una tarde de primavera de 2003, escasas semanas después de que una batahola de iraquíes derribara la estatua del depuesto mandatario bajo la atenta mirada de los cañones de los M1 Abrams estadounidenses. Con voz ronca, las piernas cruzadas y una mirada profunda y brillante bajo unas cejas pobladas, alabó sin ambages el régimen caído antes de abarrar un negro augurio para todos aquellos que celebraban “la nueva era” de libertad. Antes de despedirnos, cuando el sol ya se desplomaba entre las ramas de los pistachos y las primeras sombras culebreaban anunciando los peligros de la noche, me invitó a entrar y me enseñó una caja de madera barnizada que escondía en un discreto sótano. Allí reposaba un uniforme de la Guardia Republicana, el cuerpo de elite de Sadam Husein, dos revólveres bien engrasados, un fusil Ak-47 de fabricación rusa y una boina roja que me tendió y guardé en mi mochila casi como un trofeo. “Recuerde, no nos hemos entregado, no hemos huido, no nos han capturado. Desde hace mucho, permanecemos preparados para resistir”, me avisó en un árabe culto y sosegado.

Apenas unos meses después, avanzado el otoño de aquel convulso 2003, la ciudad de Baquba se destapó como uno de los principales vértices del llamado “triángulo suní”, corazón de la insurgencia iraquí, junto a las vecinas Ramadi y Tikrit, cuna del tirano y su familia. Allí fue descubierto, oculto en un zulo, el expresidente iraquí, y allí, entre su frondosa naturaleza, comenzaron a morir emboscados decenas de soldados y mercenarios estadounidenses y británicos. A la sombra de sus bosques de palmeras datileras también empezaron a ser apresados cientos de yihadistas internacionales, entre ellos el propio Ahmed al-Sharaa, ya conocido entonces con su nombre de guerra “Abu Mohamed al Golani”, quien se había unido al grupo radical Jamaat al-Tawhid wal Jihad, fundado por el yihadista jordano Abu Musab al-Zarqawi, líder de la sucursal de Al Qaida en Irak (AQI) (Crisis Goup, 2021) hasta su asesinato, en un bombardeo norteamericano selectivo, ocurrido en junio de 2006 en la localidad iraquí de Hibhib, ocho kilómetros al norte de Baquba.

Los líderes yihadistas detenidos eran trasladados en aquellos días de sangre, traiciones, sevicias y represalias a dos lugares de infame recuerdo. La prisión de Abu Gharib, situada en el extrarradio de Bagdad y mundialmente célebre tras la publicación de unas turbadoras imágenes de soldados estadounidenses humillando y dilacerando a los prisioneros, y Camp Bucca, un extenso campo de concentración bautizado con el nombre de uno de los bomberos que murieron en los atentados del 11-S en Nueva York, abierto en pleno desierto, a las afueras de la ciudad meridional iraquí de Basora, y al que según Hussam Jazmati fue trasladado Al Golani tras ser capturado en septiembre de 2006, tres meses después del asesinato de su jefe, cuando presuntamente plantaba una bomba en un camino del citado “Triángulo Suní”. De acuerdo con el biógrafo, allí compartió celda y torturas con Abu Bakr al Baghdadi, el clérigo salafista de inspiración wahabí-saudí que años después fundaría Estado Islámico; y trabó una estrecha amistad con Fadhil Ahmad al

Hayali, apodado Abu Muslim al Turkimani (The Telegraph, 2015), influencia esencial para comprender su biografía posterior. Antiguo coronel del ejército de Sadam Husein, adscrito a la misma unidad de Inteligencia y Operaciones Especiales en la que había servido el hombre al que entrevisté en su pretendida granja de Baquba, Al Turkimani era director de propaganda, finanzas y logística del Estado Islámico, miembro del rector Consejo de Shura y brazo derecho del propio Al Baghdadi cuando el 18 de agosto de 2015 fue asesinado en un ataque quirúrgico ejecutado desde un dron contra su vehículo en el extrarradio de la ciudad septentrional iraquí de Mosul.

Diversas fuentes de seguridad locales y de servicios secretos extranjeros coinciden en que Al Turkimani fue el que propuso que Al Golani regresara a Siria tras su excarcelación en 2011 y creara allí una célula de resistencia, bautizada como Frente al Nusrah, para aprovechar la insurrección contra la estirpe Al Asad y el caos generado en la región por las denominadas “primaveras árabes”. Gideon, un oficial retirado del Mosad al que conocí durante mi estancia en Jerusalén y la investigación y cobertura de la actividad del Estado Islámico en el norte de África, aseguraba que tanto Al Baghdadi como Al Tukimani, Al Golani y otros muchos miembros del futuro Estado Islámico atendieron a un programa de la CIA establecido en las distintas cárceles de Irak cuyo objetivo era captar e instruir a antiguos agentes de Inteligencia y crear a través de ellos una nueva organización salafista radical capaz de competir con Al Qaida, y de neutralizarla a la postre. En los ochenta, un programa similar ya había funcionado para combatir al comunismo en Afganistán, aunque sus efectos colaterales aún se están pagando. “No hay mejor cuña que la de la misma madera”, solía repetir el viejo espía, de quien nunca supe su verdadera identidad. Lo que sí está perfectamente acreditado es que Al Golani se asentó en el noroeste de Siria con otros seis hombres y pronto se mostró digno alumno de su promotor y maestro, el hombre que según

investigadores estadounidenses fue clave en la conquista de Mosul y en la conversión de ésta en la capital del nuevo califato. El propio yihadista sirio reveló sus orígenes en una entrevista concedida a la CNN en 2020, cuando ya reinaba en la heterarquía de Idlib y trataba de proyectarse como una figura pragmática y más moderada: “Me influyó el ambiente yihadista-salafista que surgió del deseo de resistir a la ocupación estadounidense de Irak, pero hoy nuestra referencia es la realidad sobre el terreno”, afirmó.

Junto a él entraron también en Siria varios otros yihadistas que poco después devendrían en jefes del futuro Estado Islámico, como Taha Sobhi Falaha, apodado “Abu Mohamad al Adani”, célebre portavoz de la siniestra organización hasta su asesinato en Alepo en 2016, y Abd al-Rahman Mustafa al Qaduli, conocido como Abu Ali al Anbari, antiguo mayor del ejército de Sadam Husein, veterano de la guerra entre Irán e Irak (1980-1988), miembro del grupo radical Ansar al Islam y excombatiente en Afganistán, que poco después se convirtió en jefe militar del EI en la provincia fronteriza iraquí de Deir az Zhour. “La relación entre Al Golani y Al Anbari fue tensa desde el primer momento”, me explicó Gideon. “Documentos que hallamos en varias casas de Mosul nos mostraron que existía algo más que suspicacias entre ambos. Al Anbari firmó un informe interno que propició que el propio Al Baghdadi se desplazara a Siria cuando Al Golani comenzaba a dominar el negocio del petróleo, de la seguridad y del contrabando en la zona de Idlib”, subrayó el ex-agente, que en aquellos días ya se había jubilado y completaba su pensión con un bien remunerado puesto como asesor en una PSMC norteamericana. En su carta, Al Anbari destacaba que Al Golani “es un tipo taimado, que tiene dos caras” y advertía que “se ama a sí mismo y no le importa la religión de sus soldados. Está dispuesto a sacrificar su sangre solo para que lo mencionen en los medios. Se llena de alegría como un niño cuando su nombre aparece en los canales de televisión”. Una opinión similar a la que

también transmitió, según archivos interceptados en casa de Abu Abdul Rahman al Bilawi, un antiguo miembro del EI, el propio portavoz de Estado Islámico, quien a las críticas por su escasa capacidad de gestión añadía una supuesta cobardía en el campo de batalla.

La segunda fuente principal de sospecha eran las relaciones que Al Golani había entablado, desde el inicio, con distintos clérigos salafíes saudíes, egipcios y sirios próximos a la rama más radical de los Hermanos Musulmanes, como Abu Fatah al Farghaly (Syria Human Rights, 2021), un imán extremista encarcelado en tiempos de la dictadura de Hosni Mubarak que se aprovechó de la “primavera árabe” y de las diferencias en el seno de la hermandad para recobrar su libertad, y que se mudó a Siria el otoño de 2012 con financiación saudí y egipcia para instruir la línea doctrinal de Ahrar al-Shams, uno de los muchos grupos salafistas radicales que se subieron a la ola rebelde desatada contra la tiranía de Al Asad. Al Farghaly es aún hoy, consumido 2025, uno de los pocos clérigos que han acompañado al actual presidente sirio en su largo periplo hacia el poder. Desaparecido de la primera fila en los años en los que éste decidió edulcorar su imagen, reapareció en la mezquita de los Omeya aquella tarde de invierno en la que Al Golani reunió a sus allegados frente al histórico mihrab para dar gracias a Alá “por abrir a los verdaderos fieles las puertas de Damasco”.

El otro fue Mohamad al Bahaiya, mejor conocido como Abu Khalid al Suri, compañero de andanzas de Mustafa bin Abd al-Qadir Setmariam Nasser, más conocido como Abu Musab al Suri (The National, 2013), uno de los pensadores e ideólogos más influyentes de la yihad global. Nacidos ambos en la ciudad de Alepo, la vida de “los dos Al Suri” corre paralela a lo largo de la década de los pasados setenta, en la que se sumaron a las filas de la sección siria de los Hermanos Musulmanes. Y de los ochenta, en la que los dos debieron

huir del país tras alentar y participar en la rebelión yihadista de la ciudad de Hama, reprimida a sangre y fuego por el coronel y entonces presidente de la nación Hafez al Asad, padre de Bachar. Los dos yihadistas pasaron por España antes de aterrizar en Peshawar, donde estrecharon lazos con Abdullah Azzam - el padrino del puente de los Muyahidin-, conocieron a Osama bin Laden y a Ayman al Zawahiri, y se instruyeron en los campos militares gestionados por la CIA -junto a los servicios secretos saudíes, pakistaníes e israelíes- en Afganistán con la excusa de combatir el comunismo. De regreso a España tras la caída del muro de Berlín, Setmariam -al que se apunta como uno de los cerebros del brutal atentado del 11-M en el metro de Madrid- escribió un amplio y profundo tratado jurídico y religioso, conocido vulgarmente como la “Experiencia Siria”, que está considerado como el canon ideológico que sentó las bases para el yihadismo global y propició la creación de Al Qaida. Fue entonces cuando sus caminos se separaron.

Setmariam fue arrestado por la CIA en 2005 en la ciudad paquistaní de Quetta y entregado a las autoridades sirias tras pasar un breve tiempo recluido en custodia norteamericana como “prisionero fantasma” en un penal de la isla de Diego García. A partir de ese momento, su historia es una sucesión de incertidumbres. Diversas fuentes asegurarán que Al Asad lo liberó en pleno auge rebelde con la idea de combatiera a los insurgentes; otros aseveran que nunca abandonó el calabozo. La única certitud es que sus escritos han seguido inspirando a decenas de yihadistas en todo el mundo, incluido al propio al Golani. Y es que una de las 17 sugerencias del ingeniero sirio para evitar un fiasco como la de la insurrección que acabó en masacre en Hama en 1982 era “crear lazos con las poblaciones locales”. O como acuñó el ejército estadounidense en 2007 en su estrategia para sumar a las milicias locales a la lucha contra la llamada insurgencia iraquí: “conquistar corazones y mentes”.

“Día tras día, estaremos más cerca de la gente si nos ganamos sus corazones y conseguimos que confíen en nosotros. Cuidaos con ser duros con ellos. Comenzad con las prioridades y los fundamentos del islam, pero sed flexibles con aquellas cosas menores de la religión”, aseguró en aquellos días a sus seguidores Al Golani, según un relato recogido y atribuido al ahora presidente sirio por el académico Murad Batal Shishani, uno de los más reconocidos expertos árabes en yihadismo global.

El otro Al Suri nunca fue apresado. Tras su experiencia en Afganistán, huyó a Turquía y de allí se mudó a Qatar, donde estableció lazos con Abdul Rahman al Nuaimi, fundador de la organización de defensa de los derechos humanos Al Karama -con sede en Suiza- y antiguo presidente de la federación qatarí de fútbol, organizadora del Mundial de la FIFA en 2022. Once años antes, Al Suri se había trasladado con dinero catari a Siria, donde creó la milicia Ahrar as Sham, uno de los numerosos grupos salafistas alzados en armas contra el régimen de Al Asad. Según el ex-agente Gideon, los caminos con Al Golani se cruzaron a principios de 2013, cuando fue elegido para mediar en el conflicto entre Al Baghdadi y Al Qaida. Un arbitraje que le costó la vida y que decir de Hassan Hassan y otros expertos en la región fue la razón última del cisma: el 23 de febrero de 2014, seis hombres armados con pistolas y fusiles de asalto irrumpieron en la casa segura en la que se escondía en la ciudad de Alepo y lo tirotearon antes de detonar un explosivo que segó la vida de otros seis compañeros más. Al Qaida lloró su pérdida y acusó al Estado Islámico -en particular a Al Anbari-, del “martirio de nuestro hermano”. El grupo de Al Baghdadi negó, por su parte, cualquier implicación en el atentado y señaló a “mercenarios extranjeros”, que en su opinión buscaban enfrentar y dividir la umma o comunidad de creyentes.

Pero, sobre todo, en el corazón y los planes de sus mentores preocupaban los lazos de Al Golani con quien se convertiría en el mufti de la organización y lideraría, desde la doctrina, la ruptura en 2014 con Al Baghdadi y su núcleo duro: el iraquí Maysar Ali Musa Abdullah al-Juburi, alias Abu Mariya al-Qahtani. Nacido en la ciudad de Mosul, Al Qahtani perteneció a los Fedayyine Sadam, una milicia salida del partido socialista Ba`az que actuaba al margen de la ley como brazo represor paramilitar, y fue uno de los seis compañeros que llegaron con el actual presidente sirio en la misión fundacional, aquel agitado y tórrido verano de 2011. También el primero en criticar con abierta acritud al futuro líder del Estado Islámico por lo que consideraba su “extrema rigidez” doctrinal y su agresivo maltrato a la población. Un desafío ideológico y una divergencia operativa que se fueron aguzando a medida de Al Golani, con ayuda de los cientos de yihadistas extranjeros que se sumaron a sus filas y de las armas que le facilitaban los servicios secretos de Ankara a través de la recién creada PSMC turca SADAT, iba multiplicando sus fuerzas y ampliando el control del territorio y sus recursos de forma casi independiente en la provincia de Idlib. La caldera estalló con toda su virulencia ese amanecer de 2014 tras el crimen de Al Suri, momento en el que el egipcio Ayman al Zawahiri, sucesor de Osama bin Laden, desacreditó a Al Baghdadi (The Washington Post, 2014) y éste decidió proclamarse califa desde el púlpito de la mezquita de Mosul.

“La hostilidad entre los dos grupos se exacerbó al ampliarse las luchas intestinas que dominaron la rebelión en Siria a lo largo de 2013 y en los primeros meses de 2014”, explica Hassan Hassan. “Al Zawahiri y la sección siria prefirieron trabajar de forma estrecha con grupos de ideas afines en Siria.... Fue en esta época en la que aparecieron por primera vez etiquetas peyorativas contra la organización de Al Baghdadi, como Daesh (un acrónimo despectivo en árabe que significa dureza) y Jariyi (en alusión a un grupo que se separó de la ortodoxia en los primeros tiempos del islam). Ambos reflejan la

enorme preocupación que el mundo árabe y musulmán tenía por las agresivas tácticas contra los rebeldes que Estado Islámico empleaba en Siria”, argumenta en un largo artículo (CTC, 2018).

La apuesta por Al Qaida, y sobre todo el apoyo de Turquía, concedieron a Al Golani y a sus milicianos la superioridad económica y moral necesaria para convencer y absorber en los meses siguientes a la mayoría de los diferentes grupos islamistas que combatían en el oeste de Siria, en particular en las regiones próximas a las ciudades de Aleppo e Idlib, pese al empuje del Estado Islámico en el este, gracias sobre todo al mayor músculo militar, tanto en el número de combatientes como en la potencia fuego, que le proporcionaba la nueva PSMC turca. Atraídos por una defensa estricta de los principios islámicos combinada con un intenso trabajo social de ayuda a la población y un mejor acceso a las armas a través de sus contactos tanto en Riad y Ankara, emires kurdos, chechenos e incluso uigures comenzaron a sentarse en el círculo de aliados del futuro presidente de Siria, por el que ya entonces Estados Unidos ofrecía 10 millones de dólares por su cabeza. En los prolegómenos de la denominada “Batalla de Idlib”, librada en marzo de 2015 y que supuso una victoria de prestigio sobre la coalición formada por el ejército sirio, el partido chiita libanés Hizbulah, unidades de elite iraníes y milicianos rusos-, una decena de milicias yihadistas locales e internacionales ya habían sumado sus armas a las del nuevo comandante de Al Qaida en el oeste Siria. Entre ellos, la organización local Ahrar al Sham, que entonces agrupaba a unos 15.000 hombres, y grupos de mercenarios foráneos como los chechenos Ajnad al-Kavkaz y Tarkhan’s Jamaat, o los uigures del islamista Partido Islámico del Turkistan (FRS, 2017), que persigue la independencia de China.

“En los primeros meses de 2015, la situación comenzó a mejorar para Al Qaida y sus aliados gracias a una serie de victorias militares que permitieron

expulsar al régimen sirio de amplias partes del noroeste del país”, señala Hassan Hassan en el artículo ya mencionado. “Los rebeldes liderados por el Frente al Nusra y su aliado más cercano los yihadistas de Ahrar al Sam, lograron llegar al corazón del territorio alawita en el oeste de Siria al tiempo que el Estado Islámico retrocedía en ligares como Kobane, en el este del país”, argumenta.

Triunfos bélicos que contribuyeron a propulsar, aún más, la figura de Al Golani y de su creciente milicia, y que se aprovecharon de los primeros efectos de la nueva estrategia diseñada y aplicada entonces por Washington y Tel Aviv para el conflicto en Siria, devenido ya en una partida más de mus (o de Risk) en el enrevesado tablero geoestratégico mundial. El 19 de septiembre de 2014, el Senado norteamericano aprobó un ambicioso -y traslúcido- proyecto cuyo objetivo declarado era entrenar y armar a los grupos rebeldes sirios para el combate contra el yihadismo global. El plan, que el senador demócrata y Secretario de Defensa Chuck Hagel presentó al Comité de Armamento como una ampliación de la estrategia fallida que el Pentágono había emprendido un año antes para frenar la entrada del Estado Islámico en las provincias iraquí de Erbil y la siria de Deir a-Zohr, suponía la inversión de cerca de 500 millones de dólares a fondo perdido para formar unos 5.000 milicianos, en su mayoría de pensamiento salafista, en campos de entrenamiento de Arabia Saudí similares a los que hubo en Afganistán, e insertarlos en la heterogénea y difusa oposición al régimen de Bachar al Asad. Como igualmente ya había ocurrido en el pasado, parte de ese presupuesto fue a parar, como en conflictos anteriores, a compañías privadas de seguridad militar norteamericanas, a las que abrió la puerta de Siria, y en especial a la que en ese momento era ya la tataranieta de la dinastía empresarial Blackwater.

La compañía fundada por Erik Prince había sufrido varias mutaciones y cambios de nomenclatura desde que el antiguo Navy Seal se viera obligado a

venderla en 2009. Primero fue renombrada Xe Services LLC y funcionó sin casi cambios, bajo el liderazgo de Joseph Yorio, antiguo vicepresidente de DHL y exoficial de las Fuerzas especiales del ejército norteamericano, hasta 2011, fecha en la que pasó a denominarse Academi. A principios de ese año, el principal paquete accionarial había sido adquirido por un nebuloso fondo de inversiones que incluía en su consejo de administración a hombres como Jack Quinn, ex abogado de la Casa Blanca y subjefe del gabinete de la vicepresidencia; al almirante retirado y exdirector de la NSA Bobby Ray Inman, uno de los hombres claves en el Servicio de Inteligencia Militar de Estados Unidos; y al controvertido empresario tejano Red McCombs, con intereses también en el negocio del deporte. Academi ganó decenas de licitaciones ofertadas por la CIA y por las fuerzas armadas, tanto de su país como en Israel, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, la gran mayoría de ellas relacionadas con la larga guerra contra el movimiento Houti en Yemen, con el permanente asedio a Gaza y Cisjordania y con los conflictos en Irak, Siria y Afganistán. Dotada de extensas y potentes divisiones de logística e inteligencia, la multinacional mercenaria colaboró igualmente con la OTAN y el gobierno en Bosnia, entre otros, e incluso actuó en la frontera con México, y se especializó en protección de convoyes, patrullaje en zonas de riesgo, entrenamiento de fuerzas especiales, transporte internacional de tropas, operaciones encubiertas de inteligencia y escolta marítima, entre otros servicios. Avanzado 2014, al tiempo que el Senado aprobaba armar a las milicias locales sirias para combatir al emergente Estado Islámico, Academi se fusionó con Triple Canopy, una PSMC creada en 2003 por veteranos de la unidad de elite estadounidense Delta Force -que contaba en ese momento con cerca de 5.000 soldados de fortuna procedentes de los Navy Seal, los Green Berets, los Rangers y los Marsoc Raides- y tomó una nueva denominación, transformándose en Constellis Holding, la mayor compañía de seguridad

militar privada de Estados Unidos y la segunda más grande del mundo tras GS4, con un valor de mercado de más de 1.800 millones de dólares (Foreign Policy, 2014). En 2016 pasó a formar parte de la cartera del multimillonario fondo de inversiones Apollo Global Management.

Existen pruebas contrastadas de que mercenarios de Academi participaron en operaciones terrestres de inteligencia previas, junto a efectivos de los servicios secretos militares israelíes, en los bombardeos sobre Siria y en asesinatos selectivos en este país y en Irak. Nueve años después, tanto Constellis Holding como Orbis, otra firma estadounidense con lazos en Carolina del Sur seguían compitiendo con GS4 y GCD por contratos similares con el ejército israelí durante el genocidio en Gaza (The Cradle, 2024).

Al desembarco de las PSMC norteamericanas y turcas, la dictadura Al Asad respondió con una llamada desesperada de socorro a Rusia, que en aquellos años se estaba sumando con prisa y sin pausa a uno de los negocios más lucrativos del mundo. Los primeros mercenarios rusos en desembarcar en Damasco lo hicieron en aquel ajetreado 2014 y pertenecían a Moran Group y Schif Group, empresas dedicadas principalmente al transporte de impedimenta y tropas, a la protección de convoyes y de todo tipo de instalaciones, especialmente petroleras. Seguidos, casi de inmediato, y tras la guerra en el Donbas, por soldados de fortuna contratados por RSB Group y por el afamado Wagner Group, que ya había demostrado su pericia -y brutal eficacia- como unidad de combate de vanguardia en la citada provincia ucraniana. Su presencia saltó a la luz pública tras la denominada “Batalla de Palmira”, que se prolongó desde 2015 a 2017 y donde los mercenarios de Yegvgeny Prigozhin fueron esenciales para el triunfo en 2017 de las tropas gubernamentales y para la recuperación de la histórica ciudad y sus maravillas arqueológicas, que habrían caído en manos del Estado Islámico. Al frente de las fuerzas del Kremlin, que

combinaban desde septiembre de ese año mercenarios rusos, árabes y extranjeros, y fuerzas regulares del ejército, estaba Serguei Rudskói, entonces director general de operaciones del Estado Mayor, y desde 2023 número dos de las Fuerzas Armadas rusas.

Referencias

- Agencia EFE. (2019). Bombardeo destapa supuesta presencia de mercenarios. <https://es-us.noticias.yahoo.com/bombardeo-destapa-supuesta-presencia-mercenarios-203654569.html>
- BBC. (2018). <https://www.bbc.com/turkce/haberler-dunya-42600391>
- BBC. (2025). Iran's abandoned bases in Syria: Years of military expansion lie in ruins. <https://www.bbc.com/news/articles/cjw4egp7lwno>
- Cagan, J., & Vogel, C. M. (2002). *Creating breakthrough products: Innovation from product planning to program approval*. Prentice Hall.
- Chesterman, S. (2009). *From mercenaries to market: The rise and regulation of private military companies*. Oxford University Press.
- CNN. (2024). Spike in Russian flights from Syria to Libyan desert base as Moscow eyes new Mediterranean hub. <https://www.cnn.com/2024/12/31/middleeast/spike-russian-flights-libya-desert-base-intl/index.html>
- CNN. (2025). US determines Sudan's RSF paramilitary group committed genocide in the country's civil war. <https://edition.cnn.com/2025/01/07/politics/us-determines-sudans-rsf-paramilitary-group-committed-genocide-in-countrys-civil-war>
- Cubukcu, S. (2025). The rise of paramilitary groups in Turkey. ResearchGate.
- EBSCO. (2025). Reflex responses. <https://www.ebsco.com/research-starters/military-history-and-science/reflex-responses>
- European Parliament. (s. f.). EU-financed Libyan Coast Guard shoots at civil search-and-rescue ship. https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/P-10-2025-003341_EN.html
- Foreign Policy. (2014). Blackwater's descendants are doing just fine. <https://foreignpolicy.com/2014/07/01/blackwaters-descendants-are-doing-just-fine/>
- Foundation pour la Recherche Stratégique. (2017). War and opportunity: The Turkistan Islamic Party and the Syrian conflict. <https://www.frstrategie.org/en/publications/notes/war-and-opportunity->

turkistan-islamic-party-syrian-conflict-2017

- France 24. (2025, January 30). France hands over last base in Chad amid withdrawal. <https://www.france24.com/en/live-news/20250130-france-hands-over-last-base-in-chad-amid-withdrawal>
- ICOCA. (2025). The Nisour Square massacre. <https://icoca.ch/case-studies/the-nisour-square-massacre/>
- International Code of Conduct Association. (2025). The International Code of Conduct for Private Security Service Providers. <https://icoca.ch/the-code/>
- International Crisis Group. (2021). Al-Qaeda's virulent strain in Iraq. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/iraq/al-qaedas-virulent-strain-iraq>
- Meier, D. (2022, February). El nacimiento de la heterarquía. *Le Monde Diplomatique en Español*. <https://mondiplo.com/el-nacimiento-de-la-heterarquia>
- Mitchell, N. J., Carey, S. C., & Butler, C. K. (2014). The impact of pro-government militias on human rights violations. *International Interactions*, 40(5), 812–836. <https://doi.org/10.1080/03050629.2014.932783>
- Rice, X. (2006). Terror link of village spared by Janjaweed. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2006/may/21/sudan.theobserver>
- Scahill, J. (2009). *Blackwater: The rise of the world's most powerful mercenary army*. Bold Type Books.
- SIPRI. (2020). Trends in international arms transfers, 2019. <https://www.sipri.org/publications/2020/sipri-fact-sheets/trends-international-arms-transfers-2019>
- Syrian Observatory for Human Rights. (2020). 151 Turkish-backed Syrian mercenaries killed in Libya battles. <https://www.syria-hr.com/en/158180/>
- The Cradle. (2024). US mercenary firms compete for “huge contracts” to control security in north Gaza. <https://thecradle.co/articles-id/27879>
- The Guardian. (2006). Terror link of village spared by Janjaweed. <https://www.theguardian.com/world/2006/may/21/sudan.theobserver>
- The National. (2013). Jihadis grow more dangerous as they conquer hearts in Syria. <https://www.thenationalnews.com/jihadis-grow-more-dangerous-as-they-conquer-hearts-in-syria-1.450481>
- The New York Times. (1987). Right-wing vigilantes spreading in Philippines. <https://www.nytimes.com/1987/04/04/world/right-wing-vigilantes-spreading-in-philippines.html>
- The New York Times. (2025). Haiti enlists Blackwater founder and Trump ally to take on criminal gangs. <https://www.nytimes.com/2025/05/28/us/haiti-erik-prince-blackwater-gangs.html>
- The Telegraph. (2015). Islamic State's deputy leader killed in US airstrike, White House says. <https://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/northamerica/usa/1181771>

1/Islamic-States-deputy-leader-killed-in-US-airstrike-White-House-says.html

The Telegraph. (2024). I went to university with rebel leader Jolani – I wonder if he has really turned his back on jihad.

<https://www.telegraph.co.uk/world-news/2024/12/08/profile-abu-mohammad-al-jolani-syria-isis-jihadi/>

Thomson, J. E. (1996). *Mercenaries, pirates, and sovereigns: State-building and extraterritorial violence in early modern Europe*. Princeton University Press.

Woodworth, P. (2003). *Dirty war, clean hands: ETA, GAL and Spanish democracy* (2nd ed.). Yale University Press.

CAPÍTULO 4

Transparencia del campo de batalla, su impacto en la sorpresa de las operaciones militares

*Teniente Coronel Boris Muñoz Esparza*¹

“La clave del éxito en Pearl Harbor fue la sorpresa total; sin ella, nuestra flota habría sido destruida antes de atacar.”

Almirante Isoroku Yamamoto

Introducción

Desde la antigüedad, la guerra se ha sustentado en el arte del engaño y la sorpresa. Autores como Sun Tzu (500 a.C.) y estrategias como Napoleón (Chandler, 1966) enfatizaron la importancia del secreto y la movilidad para obtener ventajas decisivas. No obstante, la evolución tecnológica en el campo militar, en particular la sensorización masiva, la proliferación de drones y dispositivos móviles, y la participación de actores civiles a través de redes sociales y aplicaciones digitales, han conducido a un nuevo concepto: la transparencia del campo de batalla (Kello, 2017). Esta transparencia limita la posibilidad de ocultar movimientos y planes, impactando directamente en el logro de la sorpresa, principio estratégico fundamental. Este capítulo aborda esta transformación usando múltiples ejemplos históricos y contemporáneos,

¹ Teniente Coronel del Ejército de Chile. Oficial de Estado Mayor del Ejército de Chile. Administrador Público, Universidad Mayor. Magíster Administración, Universidad Arturo Prat. Master in Operational Arts, US Army University. Actualmente, es profesor de la ACAGUE. Correo electrónico: boris.munoz@acague.cl.

indicando la nueva manifestación de la sorpresa y sus desafíos futuros.

La sorpresa en la estrategia clásica: Sun Tzu, Clausewitz y Napoleón Sun Tzu y el engaño como principio estructural

Desde la antigüedad, Sun Tzu reconoció que la sorpresa era un componente esencial de la guerra, afirmando en *El arte de la guerra* que “toda guerra se basa en el engaño”. Esta afirmación no solo alude a la manipulación de la percepción del enemigo, sino también a la explotación de su ignorancia sobre el entorno operacional. En un contexto donde no existía sensorización del campo de batalla —ni vigilancia aérea, ni reconocimiento sistemático—, los comandantes podían ocultar sus movimientos, intenciones y capacidades con relativa facilidad. El engaño se materializaba en maniobras indirectas, cambios de dirección, simulaciones de retirada o despliegues falsos, que eran efectivos precisamente, porque el enemigo carecía de medios para verificar la realidad. La sorpresa, entonces, no era solo psicológica, sino también geográfica: se aprovechaban los espacios vacíos, las rutas no vigiladas y las zonas consideradas seguras por el adversario. En este entorno opaco, el conocimiento del terreno y la capacidad de moverse sin ser detectado eran ventajas decisivas.

Clausewitz y la fricción como oportunidad para la sorpresa

Carl von Clausewitz, en su obra *De la guerra*, introdujo el concepto de “fricción” para describir los elementos impredecibles que afectan la ejecución de los planes militares: errores humanos, condiciones climáticas, fallos logísticos, entre otros. Pero también reconoció que esta fricción podía ser explotada por comandantes hábiles para generar sorpresa. En un campo de batalla sin sensorización, la fricción se amplificaba por la falta de información confiable y oportuna. Los ejércitos operaban en un entorno de incertidumbre,

donde los vacíos informativos eran constantes y las decisiones se tomaban con datos incompletos.

Clausewitz entendía que la sorpresa podía surgir de aprovechar esos vacíos: atacar cuando el enemigo no esperaba, por rutas que no cubría, en momentos de reorganización o debilidad. La falta de transparencia del entorno permitía que pequeñas unidades lograran efectos desproporcionados si se movían con rapidez y decisión en zonas no observadas. Así, la fricción no solo era un obstáculo, sino también una oportunidad táctica.

Napoleón y la movilidad estratégica como herramienta de sorpresa

Napoleón Bonaparte llevó el concepto de sorpresa a un nivel operacional mediante el uso de la movilidad estratégica. En campañas como la de Ulm en 1805, logró rodear al ejército austríaco sin necesidad de una batalla directa, utilizando marchas forzadas y rutas inesperadas. Este tipo de maniobra solo era posible en un entorno donde el enemigo no podía observar ni anticipar sus movimientos. La ausencia de sensorización del campo de batalla —sin reconocimiento aéreo, sin comunicaciones rápidas, sin vigilancia continua— permitía que grandes formaciones se desplazaran sin ser detectadas.

Napoleón explotaba los espacios vacíos del dispositivo enemigo, zonas que no estaban cubiertas por tropas ni observadas por exploradores, y lo hacía con una velocidad que superaba la capacidad de reacción del adversario. La sorpresa no era solo táctica, sino estructural: se basaba en una comprensión superior del terreno, una logística eficiente y una doctrina que valoraba la iniciativa. En ese contexto, la opacidad del campo de batalla era una ventaja para quien supiera moverse con audacia y precisión.

La sorpresa de la Blitzkrieg

La estrategia de Blitzkrieg ('guerra relámpago') desarrollada por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial representó una transformación radical en la conducción de operaciones ofensivas. Basada en la velocidad, la concentración de fuerzas en puntos decisivos y la sorpresa táctica, esta doctrina buscaba desarticular la capacidad de respuesta del enemigo antes de que pudiera organizar una defensa coherente. La coordinación entre unidades blindadas, infantería motorizada y aviación táctica permitió ejecutar maniobras de penetración profunda, envolvimiento y desorganización del sistema defensivo enemigo.

En las campañas de Polonia (1939) y Francia (1940), esta estrategia se vio favorecida por la ausencia de sistemas modernos de sensorización del campo de batalla, como radares móviles, vigilancia aérea continua o redes de reconocimiento terrestre. Esta carencia tecnológica generó un entorno de baja visibilidad operativa, donde los movimientos alemanes no eran detectados a tiempo, lo que permitió a la Wehrmacht avanzar rápidamente y tomar posiciones clave antes de que se emitieran órdenes de contraataque.

La falta de sensorización efectiva dejó amplias zonas del frente sin cobertura ni monitoreo, creando espacios vacíos que los atacantes supieron identificar y explotar con precisión. Estos vacíos no solo eran físicos —zonas boscosas, regiones montañosas o áreas consideradas inadecuadas para operaciones mecanizadas, como las Ardenas— sino también cognitivos, derivados de una doctrina defensiva que asumía que ciertos terrenos eran naturalmente seguros. La decisión alemana de avanzar por estos sectores subestimados, combinada con una doctrina operativa flexible que otorgaba autonomía táctica a los mandos intermedios, permitió rupturas inesperadas en el dispositivo enemigo. La sorpresa fue, por tanto, el resultado de una doble

ventaja: por un lado, la rapidez y coordinación de las fuerzas atacantes; por otro, la explotación deliberada de la falta de percepción situacional del adversario, producto de su limitada capacidad para observar, procesar y reaccionar ante el entorno operacional.

En este contexto, la Blitzkrieg demostró que la superioridad en movilidad y decisión podía amplificarse cuando el enemigo carecía de medios para ver y entender lo que ocurría en el campo de batalla. La ausencia de sensorización no solo dificultó la detección temprana, sino que impidió la construcción de un cuadro operacional coherente, lo que llevó a respuestas tardías, desorganizadas y muchas veces equivocadas. Esta forma de guerra redefinió temporalmente los principios de la guerra convencional, mostrando que la sorpresa estratégica podía lograrse no solo mediante el engaño o la velocidad, sino también a través de la explotación sistemática de los vacíos informativos y físicos del adversario.

La abrumadora inmensidad y complejidad en el teatro del Pacífico

Durante la Segunda Guerra Mundial, el teatro del Pacífico se caracterizó por vastos espacios oceánicos, selvas densas y geografías insulares que dificultaban el monitoreo constante de las fuerzas enemigas. En este entorno, la falta de sensorización avanzada —como vigilancia aérea continua, radares de largo alcance o inteligencia satelital— generó condiciones de baja visibilidad operacional, donde las flotas y unidades terrestres podían desplazarse sin ser detectadas con facilidad. Esta opacidad estructural del campo de batalla permitió que la sorpresa siguiera siendo un componente decisivo en múltiples operaciones, más allá del conocido ataque a Pearl Harbor por parte de la Armada Imperial Japonesa.

Uno de los ejemplos más ilustrativos fue la batalla de Guadalcanal (1942–1943), donde ambas fuerzas enfrentaron enormes desafíos para

mantener el control de la isla y su estratégica pista aérea. La geografía selvática, la constante lluvia y la escasa infraestructura dificultaban el reconocimiento aéreo y terrestre, lo que obligó a los comandantes a operar en condiciones de incertidumbre. Las patrullas de reconocimiento eran limitadas y vulnerables, y los sistemas de comunicación eran rudimentarios. En este contexto, tanto japoneses como estadounidenses aprovecharon la oscuridad, el terreno cubierto y los espacios vacíos sin vigilancia para ejecutar emboscadas, desembarcos sorpresivos y ataques nocturnos. La sorpresa táctica se convirtió en una herramienta clave para compensar la falta de superioridad numérica o tecnológica, y los esfuerzos por mantener un monitoreo constante —mediante observadores avanzados, patrullas costeras y vigilancia aérea intermitente— exigieron un desgaste logístico y humano considerable.

La batalla del Mar del Coral (1942) marcó un punto de inflexión en la guerra naval, al ser el primer enfrentamiento en el que los buques enemigos nunca se vieron directamente. En este escenario, la sorpresa dependió casi exclusivamente de la capacidad de detección aérea y de inteligencia, aún limitada. Las fuerzas australianas y estadounidenses lograron una defensa exitosa gracias a la identificación temprana de los portaaviones japoneses mediante aviones de reconocimiento, pero esta detección fue parcial y tardía, y se vio dificultada por la inmensidad del océano y la dispersión de las unidades.

Figura 1

USS Yorktown, exploración en la batalla del Mar de Coral



Fuente: National Museum of the US Navy (1942)

Los japoneses, por su parte, intentaron aprovechar los vacíos de cobertura aérea para reposicionar sus fuerzas sin ser detectados, pero enfrentaron el desafío de operar en un entorno donde la información era fragmentaria y el tiempo de reacción limitado. Ambos bandos comprendieron que el control de la información y la capacidad de observación eran tan importantes como el poder de fuego, lo que llevó a un aumento progresivo en los esfuerzos por mejorar la sensorización, aunque aún rudimentaria.

En la campaña de Nueva Guinea y las islas Salomón, la orografía montañosa, la vegetación densa y la fragmentación del terreno dificultaban la transparencia total del campo de batalla. Las unidades se desplazaban por senderos ocultos, valles estrechos y costas poco vigiladas, lo que favorecía tácticas de infiltración, emboscada y ocultamiento. Los japoneses utilizaron redes de túneles y posiciones camufladas, mientras que los aliados dependían de exploradores nativos, inteligencia humana y vuelos de reconocimiento para intentar mapear los movimientos enemigos. Sin embargo, la cobertura era

siempre parcial, y los espacios sin vigilancia efectiva permitían reposicionamientos sorpresivos que alteraban el equilibrio táctico. La sorpresa, en estos casos, no era producto de superioridad tecnológica, sino de la capacidad para operar en zonas donde el enemigo no podía ver ni anticipar.

Finalmente, el “Plan Z” japonés, concebido como una ofensiva masiva en 1942, fue frustrado por el avance progresivo de la inteligencia aliada y la implementación del radar. Este episodio refleja el inicio de una transición: la sorpresa estratégica comenzó a perder eficacia a medida que la sensorización militar —aunque aún limitada— empezó a cerrar los espacios vacíos del campo de batalla. El radar permitió detectar formaciones aéreas antes del ataque, y la interceptación de comunicaciones japonesas por parte de los criptógrafos aliados redujo la opacidad del entorno. Aun así, los desafíos persistieron: el monitoreo constante requería recursos logísticos enormes, personal especializado y una infraestructura que aún estaba en desarrollo. La guerra en el Pacífico mostró que, en ausencia de transparencia total, la sorpresa seguía siendo posible, pero exigía un equilibrio entre movilidad, ocultamiento y esfuerzo sostenido por mantener la observación del adversario.

Ventajas, desafíos y evolución de la sensorización en la Guerra de Malvinas

La Guerra de Malvinas (1982) ofrece un caso paradigmático para analizar cómo la falta de sensorización del campo de batalla y la existencia de espacios vacíos no cubiertos influyeron en la sorpresa táctica, la iniciativa operacional y la evolución del conflicto. Desde el inicio, la ocupación argentina de las islas se logró mediante una operación anfibia sorpresiva (Operación Rosario), que fue posible gracias a la escasa vigilancia británica en el archipiélago. El Reino Unido mantenía una presencia militar mínima, con una reducida guarnición de Royal Marines y sin sistemas de alerta temprana ni patrullaje aéreo o naval constante (Argentina.gob.ar, 2023). Esta baja cobertura

permitió que las fuerzas argentinas desembarcaran, tomaran el control de Puerto Stanley y neutralizaran la resistencia local sin enfrentamientos significativos.

Tras la ocupación, Argentina enfrentó el desafío de monitorear los movimientos de la Task Force británica, que se desplazaba desde la isla Ascensión hacia el Atlántico Sur. Ante la carencia de medios de vigilancia oceánica sofisticados, se recurrió a aeronaves civiles y comerciales, integradas en el llamado Escuadrón Fénix, una unidad compuesta por aviones privados, estatales y de empresas aerocomerciales como Aerolíneas Argentinas y Austral (Escuadrón Fénix, 2025). Estos aviones realizaron misiones de exploración, reconocimiento, retransmisión y guiado de escuadrillas de combate. Por ejemplo, el 1 de mayo, un Lear Jet civil logró acercarse a 70 millas náuticas del estrecho de San Carlos, simulando ser un avión de combate para provocar la reacción de los interceptores británicos (Escuadrón Fénix, 2025). Esta estrategia buscaba compensar la falta de radar de largo alcance y vigilancia satelital, extendiendo el monitoreo sobre el océano mediante vuelos de diversión y exploración.

Figura 2

Exploración lejana, primer avistamiento de la Task Force británica



Fuente: Poder aéreo (2017)

Sin embargo, una vez que la Task Force británica logró establecerse alrededor de las islas, la sensorización del campo de batalla aumentó significativamente. El despliegue de radares navales, patrullas aéreas de combate (PAC) y sistemas de alerta temprana permitió a los británicos mejorar su capacidad de detección y respuesta. A pesar de ello, la aviación argentina — especialmente con los pilotos de la Fuerza Aérea y la Aviación Naval— logró aprovechar los espacios vacíos no sensorizados, como zonas de aproximación por detrás de las islas o a baja altitud, para ejecutar ataques sorpresivos. Ejemplos notables incluyen los ataques al HMS Sheffield y al convoy británico en la bahía de San Carlos. No obstante, esta táctica también implicó altas pérdidas argentinas, ya que la capacidad de previsión británica aumentó con el tiempo, dificultando la repetición de ataques exitosos (Argentina.gob.ar, 2023).

En paralelo, el espacio submarino alrededor de la zona de conflicto

permaneció prácticamente no sensorizado, lo que otorgó a la fuerza de submarinos británica una ventaja estratégica decisiva. El caso más emblemático fue el hundimiento del crucero ARA General Belgrano por el submarino nuclear HMS Conqueror el 2 de mayo de 1982. La incapacidad argentina para detectar la presencia del submarino —debido a la falta de sonar avanzado, patrullas antisubmarinas y vigilancia oceánica— obligó a la flota de mar argentina a replegarse como consecuencia de dicho ataque, perdiendo la iniciativa naval. A partir de ese momento, los submarinos británicos operaron con sigilo y libertad, imponiendo una amenaza constante que limitó severamente las operaciones argentinas en el mar (Fundación Malvinas, 2025).

La Guerra de Malvinas muestra cómo la transparencia del campo de batalla —o su ausencia— puede determinar el curso de las operaciones militares. La sorpresa inicial argentina fue posible por la baja cobertura británica; los esfuerzos por monitorear la Task Force revelan la creatividad ante la carencia tecnológica; y la evolución de la sensorización británica, aunque incompleta, permitió contener los ataques argentinos. Finalmente, el dominio submarino británico, facilitado por la opacidad del entorno subacuático, consolidó una ventaja estratégica que resultó decisiva.

Medios y transparencia civil en la Guerra del Golfo Pérsico (1991)

Esta guerra supuso un cambio cualitativo en la transparencia del campo de batalla por la introducción de la transmisión mediática en vivo, facilitada por la televisión satelital y corresponsales en el terreno (Kellner, 2002). Por primera vez, el público global accedió en tiempo real a operaciones militares, ataques aéreos y movimientos de tropas, lo que planteó retos a la estrategia militar basada en la sorpresa.

Esta visibilidad pública abrió un dominio de transparencia civil hasta entonces desconocido, generando que comandantes tuvieran que operar con la conciencia de ser observados constantemente, tanto por las fuerzas enemigas como por audiencias civiles internacionales (Kellner, 2002).

El desafío residió en mantener la eficacia operacional sin perder el control narrativo ni exponer planes delicados, y en mitigar los riesgos y efectos de filtraciones de información que pudieran anticipar o frustrar movimientos tácticos y estratégicos.

Figura 3

Transmisión de operaciones en vivo, Guerra del Golfo Pérsico 1991



Fuente: CNN, extraído de 20 Minutos (2022)

Transparencia, drones y sensores en conflictos contemporáneos

En la actualidad, la transparencia del campo de batalla ha alcanzado niveles sin precedentes en conflictos como Ucrania e Israel. El uso masivo de drones, reconocimiento aéreo avanzado y sensores inteligentes permite observar en tiempo real posiciones y movimientos enemigos (Watling y Reynolds, 2022).

Además, la inteligencia abierta u OSINT (por sus siglas en inglés) amplía la participación civil en la vigilancia de operaciones, donde ciudadanos con smartphones pueden grabar y difundir movimientos bélicos estratégicos (Watling y Reynolds, 2022).

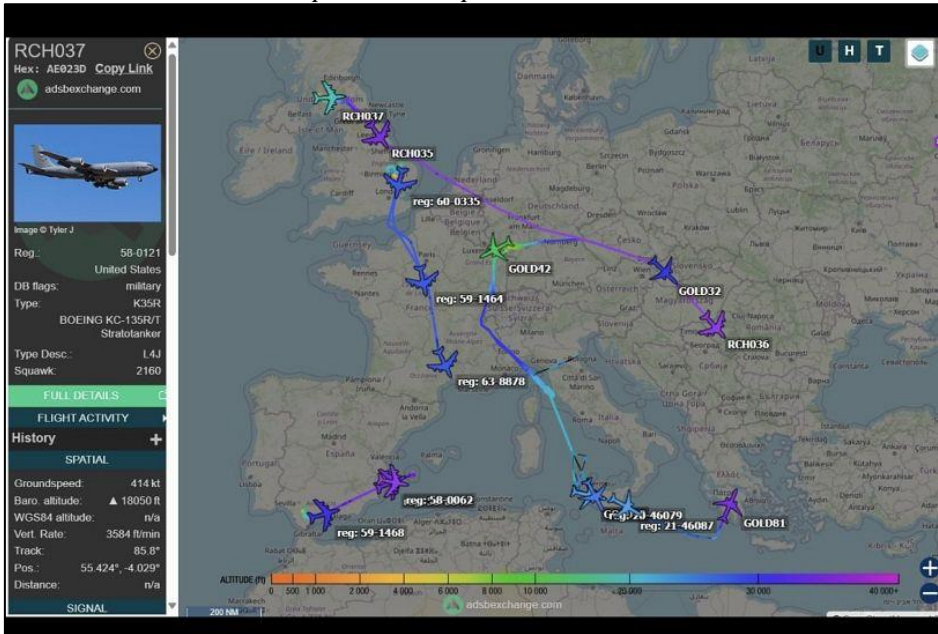
Esta realidad reduce significativamente las posibilidades de mantener ataques sorpresivos y obliga a aplicar nuevas tácticas y estrategias basadas en la manipulación de la información, desinformación y guerra híbrida, entre otras técnicas no convencionales.

Operación Martillo de Medianoche (2025) y el desafío del sigilo en un entorno saturado de información

La Operación Martillo de Medianoche, ejecutada por Estados Unidos el 22 de junio de 2025, representa un caso paradigmático de los desafíos que enfrentan las fuerzas militares para mantener el sigilo y la sorpresa en un entorno altamente sensorizado y saturado de información civil. Esta ofensiva aérea masiva tuvo como objetivo tres instalaciones nucleares clave en Irán: Fordow, Natanz e Isfahán (Infobae, 2025). La magnitud de la operación fue histórica: participaron más de 125 aeronaves, incluidos siete bombarderos furtivos B-2 Spirit, que lanzaron 14 bombas anti-bunker GBU-57 de 13.600 kg, además de 30 misiles Tomahawk disparados desde el submarino USS Georgia (La Nación, 2025).

A pesar del alto nivel de secreto mantenido por el Pentágono, la operación enfrentó serias dificultades para preservar el sigilo estratégico. La razón principal fue la transparencia del campo de batalla, no solo por medios militares, sino por la sensorización civil. Aplicaciones de monitoreo de vuelos como Flightradar24, redes sociales, canales de OSINT y plataformas de análisis abierto permitieron a analistas independientes y ciudadanos detectar patrones inusuales de actividad aérea días antes del ataque (Flightradar24, 2024; Revista Ejércitos, 2023). El aumento de vuelos de reabastecimiento, la concentración de activos estratégicos en bases específicas y la activación de protocolos de guerra electrónica fueron observados y compartidos públicamente, generando especulación sobre una ofensiva inminente.

Figura 4
Movimiento de aeronaves previo a la operación Martillo de Medianoche



Fuente: Vakulina, S. (2025, junio 17).

Este caso evidencia cómo la ubicuidad de sensores civiles y la capacidad de procesamiento distribuido de información han erosionado la posibilidad de ejecutar operaciones encubiertas sin ser detectadas. La sorpresa táctica se vio comprometida no por fallas operativas, sino por la imposibilidad de ocultar movimientos en un entorno hiperconectado (PenLink, 2024). Aunque la operación logró sus objetivos militares, el componente de sorpresa estratégica fue limitado, y la reacción iraní se vio acelerada por la anticipación generada en medios abiertos.

La Operación Martillo de Medianoche de 2025 demuestra que, en la era de la transparencia digital, el sigilo ya no depende exclusivamente de la capacidad de ocultamiento físico, sino de la gestión de la percepción pública, la saturación informativa y el control narrativo. Las fuerzas armadas deben adaptarse a un escenario donde cada movimiento puede ser observado, analizado y difundido por actores no estatales, redefiniendo así los límites de la sorpresa en conflictos contemporáneos (Cique Moya, 2025).

La transparencia del campo de batalla en Ucrania y el desafío de la sorpresa en la era de la sensorización

La guerra entre Rusia y Ucrania ha evidenciado una transformación profunda en la naturaleza de las operaciones militares, marcada por la aparición de un campo de batalla “transparente”, donde prácticamente todo lo que se despliega puede ser detectado, localizado y atacado en cuestión de minutos (Frías Sánchez, 2024). Esta condición, inédita en la historia de los conflictos armados, ha alterado radicalmente la posibilidad de lograr sorpresa táctica o estratégica, obligando a ambos participantes a replantear sus doctrinas operativas.

La profusión de sensores —drones de reconocimiento, satélites comerciales y militares, sistemas de vigilancia electrónica, inteligencia artificial aplicada al targeting— ha eliminado los tradicionales espacios vacíos del campo de batalla. Ya no es necesario priorizar zonas de observación: todo el teatro de operaciones está bajo vigilancia constante. Esta abundancia de información ha generado un nuevo problema: la gestión de datos, que ahora requiere algoritmos de inteligencia artificial para procesar, seleccionar y asignar objetivos en tiempo real (Frías Sánchez, 2024).

Ucrania, con apoyo occidental, ha desarrollado una arquitectura tecnológica avanzada que incluye el uso de plataformas como Starlink, inteligencia artificial para análisis de imágenes, y una red de drones comerciales y militares que permiten construir una imagen operacional casi continua. Esta capacidad ha sido clave para detectar y atacar posiciones rusas, pero también ha generado una paradoja: al aumentar la transparencia del campo de batalla, se ha reducido la capacidad de sorprender al enemigo, lo que ha llevado a un estancamiento de los frentes y a una guerra de desgaste.

Rusia, por su parte, ha respondido con tácticas de dispersión, fortificación defensiva y guerra electrónica, intentando negar la observación ucraniana. Sin embargo, la abundancia de vectores de fuego —como drones suicidas, municiones merodeadoras y artillería guiada— ha hecho que incluso posiciones bien defendidas sean vulnerables si son detectadas. La consecuencia es que la maniobra ofensiva sorpresiva se ha vuelto extremadamente difícil, y cualquier intento de avance es castigado antes de alcanzar las líneas enemigas.

A pesar de esta transparencia casi total, la sorpresa no ha desaparecido por completo. Ambos bandos han buscado formas de anular temporalmente la sensorización enemiga, mediante saturación de drones, ataques cibernéticos,

uso de señuelos o guerra electrónica localizada. En algunos casos, Ucrania ha logrado ataques sorpresivos profundos, como los realizados contra bases aéreas rusas o infraestructuras críticas, aprovechando momentos de baja vigilancia o saturación informativa. Estos éxitos muestran que, aunque la transparencia limita la sorpresa, la creatividad táctica y la innovación tecnológica pueden generar brechas temporales en el sistema de vigilancia enemigo.

Impacto de la sensorización civil, redes sociales y participación ciudadana

A esta transformación tecnológica se suma un fenómeno emergente: la sensorización civil. En los conflictos contemporáneos, la participación ciudadana ha modificado profundamente la transparencia del campo de batalla. Durante la invasión rusa a Ucrania en 2022, ciudadanos ucranianos utilizaron redes sociales para reportar movimientos de tropas, compartir imágenes de convoyes y alertar sobre bombardeos, generando una capa adicional de inteligencia abierta (OSINT) que complementó los esfuerzos militares y permitió una respuesta más rápida. Esta red distribuida de observadores espontáneos convirtió a los civiles en sensores activos, capaces de generar información en tiempo real desde múltiples puntos del territorio.

En otros escenarios, como el conflicto entre Israel y grupos armados en Gaza, aplicaciones como Red Alert notifican a los ciudadanos sobre ataques con misiles, permitiendo no solo la protección civil, sino también la detección de patrones de ataque que pueden ser utilizados por las fuerzas armadas para anticipar movimientos enemigos. La saturación de dispositivos móviles, cámaras, redes sociales y plataformas digitales ha hecho que la sorpresa en el campo de batalla sea cada vez más difícil de sostener, reduciendo la posibilidad de ejecutar operaciones encubiertas sin ser detectadas.

Este fenómeno plantea nuevos desafíos para la sorpresa militar: ya no basta con evitar los sensores militares, sino que también se debe considerar la capacidad de observación distribuida de la población civil, que puede actuar como multiplicador de inteligencia. En Ucrania, esta participación ha sido clave para alertar sobre bombardeos, identificar unidades rusas en tránsito y documentar daños, generando una presión constante sobre las fuerzas atacantes. La sorpresa, en este nuevo paradigma, requiere no solo ocultamiento físico, sino también gestión de la percepción pública, saturación informativa y control de narrativas.

Guerra electrónica y ciberataque, nuevas formas de crear sorpresa

Ante la imposibilidad de ocultar movimientos físicos, las fuerzas armadas han recurrido a dominios no tradicionales para generar sorpresa. La guerra electrónica, que incluye la interferencia de comunicaciones y radares, permite desorientar al enemigo y ocultar maniobras. Los ciberataques, como los realizados contra infraestructuras críticas, pueden paralizar sistemas sin necesidad de presencia física. Por ejemplo, el virus Stuxnet, atribuido a EE.UU. e Israel, logró sabotear el programa nuclear iraní sin una operación militar convencional. Estas tácticas muestran cómo la sorpresa se ha desplazado hacia el ámbito digital, donde la manipulación de datos y la desinformación pueden ser tan efectivas como una emboscada física.

Adaptación conceptual de la sorpresa en la era de la transparencia

Frente a la creciente imposibilidad de ocultar movimientos a través de medios físicos y tecnológicos tradicionales, las fuerzas armadas han ampliado la definición de sorpresa hacia dominios no físicos. La manipulación de la información, la guerra cibernética, la desinformación y la guerra híbrida se posicionan como nuevos campos para generar desconcierto y desequilibrio en

el adversario (Kello, 2017).

La inteligencia artificial, el análisis de datos y las redes de comunicaciones seguras se convierten en herramientas esenciales para recrear la sorpresa en escenarios transparentes. La sorpresa ya no depende exclusivamente del ocultamiento, sino de la capacidad para manipular la percepción del enemigo y ejecutar acciones sorpresivas en dominios digitales, mediáticos y psicológicos.

El futuro de la sorpresa en la guerra

La evolución tecnológica ha redefinido la forma en que se manifiesta o logra el principio de sorpresa en la guerra. En un entorno hiperconectado, donde cada movimiento puede ser observado, grabado y difundido, la sorpresa debe ser concebida como una estrategia multidimensional. La combinación de engaño digital, manipulación narrativa, guerra psicológica y operaciones encubiertas será clave para mantener la ventaja estratégica.

Las fuerzas armadas deberán invertir en capacidades de ciberdefensa, inteligencia artificial y simulación para anticipar y contrarrestar la transparencia del campo de batalla. Solo mediante la innovación constante será posible preservar el principio de la sorpresa en los conflictos del siglo XXI.

Cabe mencionar, que se estima que una nueva manifestación del principio de la sorpresa, en ningún caso alterará la esencia de su propósito en las operaciones militares, el cual se mantendrá inalterable en el tiempo.

Conclusión

La transparencia del campo de batalla ha redefinido la estrategia militar, imponiendo desafíos a la supervivencia del principio de la sorpresa. Desde cómo fue concebido y aplicado por grandes estrategias militares, pasando por diversos conflictos del siglo XX, hasta los conflictos modernos, se observa una evolución tecnológica y social que demanda nuevas formas de maniobra y engaño para preservar ventajas estratégicas, operativas y tácticas.

La sorpresa pasa a incluir componentes cibernéticos, mediáticos y psicológicos que extienden su influencia más allá del campo físico tradicional, requiriendo que las fuerzas armadas desarrollen capacidades para operar y generar incertidumbre en un ambiente hipertransparente y altamente dinámico.

Solo a través de la innovación constante y la actuación en dominios no tradicionales será posible mantener la efectividad del principio estratégico de la sorpresa en futuras guerras.

El alto dinamismo mundial, continuará de seguro generando nuevos fenómenos o herramientas que tomarán parte activa en las operaciones militares, generando aún mayor transparencia e imponiendo complejos desafíos a los estrategias militares. Pero la sorpresa en sí no cambiará, ya que será un efecto que siempre se buscará generar en las operaciones militares, independiente del difícil entorno o contexto en el cual se deba alcanzar.

Referencias

- 20minutos. (2022, March 10). Los misiles Patriot, un mito de la Guerra del Golfo que podría tener su papel en la invasión rusa de Ucrania. <https://www.20minutos.es/noticia/4969246/0/los-misiles-patriot-un-mito-de-la-guerra-del-golfo-que-podria-tener-su-papel-en-la-invasion-rusa-de-ucrania/>
- Argentina.gob.ar. (2023). La Fuerza Aérea en Malvinas. Dirección de Estudios Históricos. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2023/10/la-fuerza_aerea_en_malvinas-cap0-4_.pdf
- Biddle, S., & Oelrich, I. (2020). Future warfare and the decline of surprise. Foreign Affairs.
- Chandler, D. (1966). The campaigns of Napoleon. Scribner.
- Cique Moya, A. (2025). Confidencialidad y transparencia en seguridad, defensa y bioseguridad: Un equilibrio crítico. Ministerio de Defensa de España. https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/2320887/confidencialidad_y_transparencia_en_seguridad_+defensa_y_bioseguridad_2025_diee009.pdf
- Escuadrón Fénix. (2025). La aviación civil en la batalla aérea de Malvinas. <https://escuadronfenix.org.ar/aviacion-civil-en-malvinas/>
- Fliht radar24. (2024). OSINT – Fliht radar24. Google Sites. <https://sites.google.com/view/cibercol/herramientas/rastradores-de-tr%C3%A1nsito/fliht-radar24>
- Frías Sánchez, C. J. (2024). Rusia, Ucrania y el campo de batalla «transparente». Documento de Opinión IEEE 18/2024. https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2024/DIEEEE018_2024_CARFRI_Rusia.pdf
- Fundación Malvinas. (2025). La guerra submarina en Malvinas. <https://fundacionmalvinas.org/la-guerra-submarina-en-malvinas/>
- Kellner, D. (2002). The Persian Gulf TV War revisited. Routledge.
- Kello, L. (2017). The virtual weapon and international order. Yale University Press.
- Naval History and Heritage Command. (2025). U.S. Navy ships in the Battle of the Coral Sea. <https://www.history.navy.mil/content/history/museums/nmusn/explore/phtography/wwii/wwii-pacific/turning-the-japanese-tide/1942-may-battle-of-the-coral-sea/usn-ships.html>
- Poder Aéreo. (2017, May 5). Fotografía del primer avistamiento de la Fuerza de Tarea británica. <https://www.aereo.jor.br/wp-content/uploads/2022/04/Primeiro-avistamento-da-FT-britanica.jpg>
- Prange, G. W. (1981). At dawn we slept: The untold story of Pearl Harbor. Penguin Books.

- Sun Tzu. (500 A.C.). El arte de la guerra.
- Symonds, C. L. (2011). The battle of Midway. Oxford University Press.
- US Air Force. (2020). Operation Midnight Hammer. U.S. Department of Defense.
- Vakulina, S. (2025, June 17). El intenso movimiento de aviones militares indica el rápido aumento de la capacidad de ataque. Euronews. <https://es.euronews.com/2025/06/17/el-intenso-movimiento-de-aviones-militares-indica-el-rapido-aumento-de-la-capacidad-de-ata>
- Watling, J., & Reynolds, N. (2022). Precision and posture in the Russia-Ukraine War. RUSI Journal.

CAPÍTULO 5

Resurgimiento del fantasma de la guerra nuclear

Sr. Juan Pablo Jara Ortega¹

Introducción

A principios de este año, las librerías locales recibieron el libro de la autora norteamericana Annie Jacobsen² titulado “Guerra Nuclear: Un Escenario”, el libro describe de forma novelada las distintas etapas y variables que se sucederían en caso de un ataque con armas nucleares. Si bien para efectos de la trama descrita la autora toma una serie de licencias del género, el libro contó con una buena recepción por parte del público nacional.

Quizás lo más particular de este tipo de obras es que en un mercado literario acostumbrado a la entrega de obras que denuncian distintos tipos de males y proponen una serie “remedios” a las situaciones planteadas, un libro que solo describe la consecución de hechos de una situación que para muchos es impensable y que concluye con la destrucción de gran parte de la civilización en apenas unos minutos, no deja de ser una llamada de atención de una de las

¹ Licenciado en Ciencias Políticas y Administrativas, Universidad de Concepción. Diplomado en Estudios Políticos y Estratégicos, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Diplomado en Estudios Europeos, Universidad de Concepción y United Nations Disarmament Fellow. Magíster en Inteligencia Estratégica, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Actualmente se desempeña como Analista de Relaciones Internacionales de la División Internacional en la Subsecretaría de Defensa.

² Annie Jacobsen, periodista de investigación y escritora estadounidense nacida en 1967. Es ampliamente reconocida internacionalmente por sus investigaciones sobre temas de seguridad nacional, y conflictos armados de los Estados Unidos.

amenazas más infravalorada por nuestra sociedad actual.

Pero en realidad esta afirmación de infravaloración de la amenaza que representa para nuestra existencia podrá provenir del largo tiempo que hemos convivido con ella, desde el ya lejano agosto de 1945 donde fueron utilizadas – como arma de guerra por primera y última vez- en contra del imperio japonés, forzándolo a la rendición incondicional en el lapso de solo unos pocos días.

También podríamos tratar de explicarlo desde la óptica de la psicología conductual, en donde los sujetos al enfrentar repetidamente un miedo –como el que representan las armas nucleares y sus efectos - se produce una “Extinción del Miedo”, por el solo proceso de verse expuesto a estas situaciones y no ocurrir el desenlace esperado.

Sin duda podríamos teorizar de las distintas maneras en que hemos ido olvidando o mejor dicho conviviendo con esta amenaza a lo largo de las décadas, ya sea porque hemos creído que es posible un mundo sin enfrentamientos armados y que bastaría un orden internacional basado en reglas, para asegurar la final extinción de este tipo de fenómenos o como teorizaba Keegan – contradiciendo a Clausewitz – cómo podía ser la guerra la continuación de la política, si el fin último de esta es el bienestar de la sociedad a la que sirve (Keegan, 2014).

Tomando esta última teoría y utilizando la lógica de la cita atribuida a Albert Einstein de que “la Cuarta Guerra Mundial se peleará con palos y piedras” una Tercera Guerra Mundial de - carácter nuclear - será el fin de la existencia de nuestra civilización como la conocemos. No obstante, lo anterior, desde su descubrimiento y empleo a fines de la Segunda Guerra Mundial, nos las hemos arreglado para tratar de conjugar esta amenaza mediante la concertación de voluntades que van desde la ciencia, pasando por la religión,

hasta llegar al plano del accionar internacional de los estados, que ahora incluye a las sociedades organizadas que han puesto la necesidad imperiosa de avanzar hasta la limitación y proscripción completa de esta categoría de armamentos de este tipo de elementos.

Con el fin de entender este proceso, este capítulo intentará exponer y discernir las bases de la “limitación” de la amenaza que representan las armas nucleares, cuáles han sido los elementos centrales de esta voluntad y cómo es posible en un siglo XXI en donde la promesa de un futuro sin guerras parece una utopía.

Hagamos un poco de historia

La primera detonación³ de un artefacto nuclear tuvo lugar en la zona de Alamogordo en el estado de Nuevo México el 16 de julio de 1945. El primer uso en situación de combate tuvo lugar en contra de la ciudad de Hiroshima el 6 de agosto del mismo año, y se empleó una bomba de uranio 235, que tuvo un rendimiento nominal de 15 kilotones, que provocó la destrucción de casi la totalidad de la ciudad en un breve espacio de tiempo y consecuencias permanentes para la población afectada por la radiación. Tan solo unos días después, el 9 de agosto, y ante la ausencia de respuesta por parte de las autoridades niponas a los llamamientos a una rendición incondicional ante las potencias aliadas, se procedió a bombardear a la ciudad portuaria de Nagasaki con un artefacto nuclear de plutonio que tuvo un rendimiento aproximado de más de 21 kilotones, superando ampliamente los daños del ataque anterior.

Desde ese punto y sin mayores precisiones sobre los alcances y

³ Esta explosión – de prueba – tuvo por nombre Trinity y se mantuvo oculta hasta después de las explosiones en Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945.

consecuencias de los artefactos nucleares comenzó un proceso de evolución de estos, basado tanto en el desarrollo de estas como armas, tanto en incrementar su potencia como la compactibilidad y modularidad de estas, como también en los sistemas vectores. En ese sentido el mundo fue testigo de extensos ejercicios⁴ para comprobar los efectos de estas armas en distintos tipos de material y los efectos militares de su empleo.

Solo a título de breve repaso, los Estados Unidos que mantuvieron la supremacía nuclear a lo menos por un lustro después de los lanzamientos en Japón, desarrollando en el área del archipiélago de las islas Marshall, específicamente en el atolón de Bikini, una serie de ejercicios que recibieron por nombres “Crossroads, Castle, Redwing y Hardtack I” y que se extendieron entre los años 1946 y 1958 liberando un total de 77 megatones en 67 pruebas (Rowberry, 2014), entre los elementos sujetos a pruebas, estuvieron material capturado durante la Segunda Guerra Mundial, animales y hasta el mismo personal uniformado⁵.

Junto a lo anterior, los ejercicios comenzaron a dejar al descubierto los efectos y consecuencia de su empleo, los lanzamientos con explosiones en altura reducen los efectos de la radioactividad, pero aumentan los daños en la infraestructura, el caso de Hiroshima. Distinto es el caso de la detonación al nivel del suelo, en donde se magnifican los efectos de la radiación, lo que haría inhabitable el uso humano de las áreas expuestas a la radiación en varios cientos de años, a lo anterior se suma el empleo en grandes alturas en donde los efectos sobre la superficie terrestre son menores, pero el denominado Pulso

⁴ Para conocer mayores detalles de los efectos:

<https://www.pnas.org/doi/full/10.1073/pnas.1903421116>

⁵ Para más información visitar: <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/environmental-diplomacy-nuclear-vault/2016-07-22/bikini-bomb-tests-july-1946>

Electromagnético (EMP) promete devolver los avances tecnológicos de nuestras sociedades a los de la edad media. (Wolfson & Dalnoki-Veress, 2022).

Los ensayos antes descritos también provocaron un fenómeno que, si bien puede decirse que ha sido cíclico en la historia de la humanidad, con el descubrimiento y uso militar de la fusión nuclear, las carreras armamentistas de antaño languidecieron frente a los esfuerzos de los países más desarrollados para alcanzar el estatus de potencia nuclear. Recién a fines de la década de los cuarenta y gracias en parte a una campaña de espionaje la entonces Unión Soviética alcanzó el estatus de potencia nuclear (1949), seguido por Reino Unido (1952), Francia (1960) y China (1964).

Pero quizás uno de los efectos más perniciosos de esta evolución armamentística, fue que la posesión del “arma definitiva”⁶ se transformó en la piedra angular de la nueva arquitectura de seguridad internacional que surgió con el fin de la Segunda Guerra Mundial, y la expresión más concreta de lo anterior fue la configuración misma de la instancia máxima destinada a la preservación del orden internacional, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y sus miembros permanentes con derecho a veto son los mismos países que poseen de forma abierta programas nucleares de tipo militar.

Continuando con la revisión histórica del desarrollo de las armas nucleares, una vez alcanzado el estatus nuclear comenzó una segunda meta, alcanzar el máximo desarrollo de las mismas, por este motivo no es de extrañar que nuevamente los Estados Unidos lograron desarrollar un artefacto a partir de la fusión del hidrógeno (1952), generando una nueva categoría de armamento nuclear que si bien resulta de una complejidad técnica mayor, por

⁶ Para más información visitar: <https://rsis.edu.sg/rsis-publication/idss/ip25079-the-absolute-weapon-at-80-confronting-the-perils-of-proliferation/>

lo tanto más difícil de producir, los efectos ya no son medidos en kilotonos de potencia si no que en megatonos, generando una capacidad de destrucción no vista hasta ese momento. Además de la Unión Soviética, Reino Unido, Francia y China desarrollaron este tipo de artefactos.

Sin duda la década del 50 se trasformó en el crisol de la edad atómica, los avances técnicos fueron también absorbidos por la doctrina militar, la academia y los teóricos de distintos campos de conocimiento buscando ventajas, en el empleo bélico de estos sistemas en el escenario bipolar de la Guerra Fría. Sin duda el desafío fue amplio y desconocido. Regularmente los avances de la tecnología militar tenían un largo camino de perfeccionamiento, una maduración de estos y por ende un desarrollo de doctrinas de empleo basadas en la comprobación empírica de su uso. Ejemplo de esto podemos encontrarlo en la irrupción de los acorazados mono calibres y con turbinas de vapor a principios del siglo XX y que alcanzaron su máximo desarrollo en la Segunda Guerra Mundial.⁷

Pero en el caso de las armas nucleares su desarrollo y puesta a punto, tomó una fracción del tiempo considerado en el ejemplo anterior, y ya no con la base de la experiencia empírica que otorgaba el empleo en combate, solo la experiencia a partir de experimentos controlados distintos a las situaciones de combate real. La comprobación práctica de lo anterior es que la tercera y última edición de la publicación oficial de los Departamentos de Defensa y Energía de los Estados Unidos llamada “The Effects of Nuclear Weapons” fue publicada

⁷ En 1906 el Reino Unido lanzó el primer acorazado de este tipo que recibió el nombre de HMS Dreadnought y generó una revolución tecnológica, que de facto estableció una nueva categoría de buques de línea llamada “Pre-Dreadnought”, es decir, buques tecnológicamente obsoletos y por ende, su reemplazo por las potencias centrales, fue una de las razones de la carrera de armamentos navales que sin duda fue uno de los factores que influyó en el comienzo de la Primera Guerra Mundial.

en 1977, es decir, 48 años atrás. En esta publicación se fueron compilando todos los efectos conocidos de las armas nucleares, tanto desde el punto de vista de su empleo militar, como los concernientes a la lluvia radioactiva, los efectos en la genética de los seres humanos, en plantas y animales de granja. Un estudio sin duda acabado y completo, pero que a todas luces demuestra la amplitud de los efectos concretos del uso de las armas nucleares.

En el caso a la doctrina de empleo, los teóricos norteamericanos, y para efectos de este ensayo y su extensión revisaremos la posición y evolución de las doctrinas de empleo de los Estados Unidos. El desafío estratégico norteamericano pasaba por un entorno estratégico bipolar, donde pasaron de tener una hegemonía absoluta en la posesión de las armas nucleares a un abierto desafío por parte de la Unión Soviética, quienes no solo alcanzaron los desarrollos nucleares de los norteamericanos, sino que fueron perfeccionando los sistemas vectores de las mismas en la década de 1950, lo que trajo como consecuencias -entre otras- una carrera por acumular este tipo de material llegando a un máximo de 22.229 en 1961 (Burr, 2015).

En respuesta al desafío estratégico mencionado, la doctrina Norteamérica basó su arquitectura en el desarrollo de una estrategia de disuasión que tiene – hasta nuestros días con algunas variaciones (Defense D. o., 2024)- tres características principales, la primera dice relación con la credibilidad, es decir la certeza del adversario que ante una determinada acción la respuesta será de carácter nuclear, la segunda dice relación con la capacidad, es decir que el país cuenta con los medios militares -de carácter nuclear – para hacer frente a cualquier amenaza y por último la comunicación que no necesariamente dice relación con las comunicaciones de carácter verbal, sino que con un cumulo de acciones destinadas a reforzar las dos características anteriores, generando una “dialéctica” entre los contendientes que refuerza los

mensajes que aseguran el uso y empleo de estos tipos de sistemas.

En términos históricos podemos distinguir tres periodos doctrinarios, el primero, implementada durante la administración del presidente Eisenhower, es conocida en nuestros días como la “Era de la Represalia Masiva” en la cual frente a un ataque de cualquier entidad (de carácter táctico o estratégico), la respuesta de los Estados Unidos sería de carácter masivo. Este punto es el que daría pie a estrategia de contravalor, destinada a infligir un daño inaceptable al adversario, no limitando este solo a aspectos militares, si no que, ampliando su acción a centros poblados, vías de comunicación y distribución, como también centros económicos y productivos.

No obstante, lo expuesto, la experiencia de la crisis de los misiles de 1962 evidenció la impracticabilidad de esta doctrina frente al desafío de la instalación de misiles de alcance intermedio en la cercana isla de Cuba, que a su vez correspondía la respuesta a la presencia de misiles norteamericanos de similares características en las fronteras de Turquía. La situación estuvo muy cerca de desencadenar respuestas nucleares masivas a partir de sucesos militares que ocurrían mientras se intentaba negociar diplomáticamente la desescalada de la crisis, con un margen de maniobra complejo para los decisores políticos y así buscar una conducción eficaz de la crisis. Junto con esto, quedaba en evidencia la necesidad de reforzar a la autoridad presidencial para el manejo y autorización de empleo de este tipo de armamentos.

Estas lecciones fueron debidamente absorbidas por la administración del presidente Kennedy, quienes propusieron en cambio el establecimiento de la llamada “Doctrina de la Respuesta Flexible” (Slantchev, 2014) como consecuencia de las crisis de los misiles. Esta doctrina buscaba generar una respuesta que pudiera tener un amplio espectro de herramientas para los

conductores políticos, desde el empleo de medios convencionales como respuesta, pasando por opciones nucleares limitadas, como es el caso de la estrategia contrafuerza, destinada a castigar a los medios nucleares del país ofensor, en una dinámica y gradualidad conforme al desarrollo de la crisis. Si bien este modelo parece lo suficientemente sensato, en términos de mantener una postura disuasiva activa por parte de los Estados Unidos, en su génesis produjo una variante de estrategia operacional llamada de primer golpe, que siguiendo la lógica de las operaciones contrafuerza postulaba la realización de ataques nucleares preventivos destinados a eliminar las fuerzas nucleares fijas⁸ o centros de mando y control, con el objeto de reducir las capacidades de segundo ataque por parte de las fuerzas adversarias.

La lógica derivada de lo antes señalado tomaba en consideración que un país sometido a un ataque nuclear – con efectos sobre sus fuerzas militares y extensivas también hacia una gran parte de la población civil – no dejaría de lado la opción de contratacar y reservar el remanente de sus fuerzas nucleares para mantener su estatus como potencia en dicha área.

La tercera doctrina dice relación con una mezcla de las dos anteriores y ha recibido el nombre de “estrategia de limitación de daños” (Purcell, 2020), donde se ajusta la respuesta nuclear norteamericana frente a un ataque nuclear adversario, buscando poder soportar los efectos de un ataque – en cuanto a sus fuerzas de respuesta nuclear, como también sus infraestructuras económica y civil – mientras mantiene la capacidad de infligir un daño inaceptable al adversario.

En este sentido este “perfeccionamiento” doctrinario responde también

⁸ Ya sea las ubicadas en instalaciones terrestres de silos de misiles o bases aéreas de los escuadrones de bombardeo nuclear.

al hecho que en medio de los años 60 ambos bloques contendientes de la Guerra Fría habían alcanzado un nivel de desarrollo de sus sistemas de armas nucleares y sus vectores, que permitían alcanzar la “destrucción mutua asegurada”⁹, concepto que fue la base de la disuasión y de los ingentes esfuerzos de la sociedad internacional en buscar las formas de limitar su proliferación.

En búsqueda de una comprensión más profunda del fenómeno y principalmente de sus consecuencias, una serie de teóricos intentaron encontrar desde la academia, especialmente desde la teoría realista de las relaciones internacionales, la forma de “manejar” lo que a todas luces pareciera salirse de control, en este sentido uno de los más preclaros teóricos y hombre-Estado resultó ser Henry Kissinger¹⁰. Si bien a lo largo de su carrera, tanto académica como política, podemos observar una amplia preocupación por el control de este tipo de armamentos desde sus primeras aproximaciones con su ya famoso libro “Armas Nucleares y Política Exterior”, en lo cual cuestionaba la política de represalia masiva de la era de la presidencia de Eisenhower, por representar un error basado en las experiencias de la Primera y Segunda Guerra Mundial, en donde Estados Unidos lograron imponerse en ambos conflictos, situación

⁹ Concepto desarrollado por el teórico de juegos del departamento de energía de los Estados Unidos, John Von Neumann quien planteo que frente a la acumulación de bastos arsenales nucleares estos lograrán, por su sola existencia, desincentivar el empleo de armas nucleares al asegurar que la capacidad de respuesta del adversario sea aún tan contundente que acarrearía la destrucción segura del país atacante.

¹⁰ Henry Alfred Kissinger, (1923-2023) politólogo y diplomático alemán-norteamericano, nacido en Alemania en la ciudad de Fürth, desde donde escapó en 1938, huyendo de la dictadura nazi, participando de la Segunda Guerra Mundial en el cuerpo de inteligencia del ejército norteamericano. Concluida la Segunda Guerra Mundial comenzó sus estudios en la Universidad de Harvard, concluyendo su doctorado en 1954. Comenzó su carrera pública como asesor de seguridad nacional del presidente Richard Nixon (1968) y desde 1973 desempeñó, en forma paralela, el cargo de Secretario de Estado hasta el fin de la presidencia de Gerald Ford. Fue además galardonado con el Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos para alcanzar un acuerdo de paz con Vietnam del Norte en 1973.

que a juicio del autor no es posible en el caso de una guerra nuclear como la planteada (Kissinger, 1969). De ahí que su planteamiento de una respuesta flexible busca, por un lado, proponer una alternativa de uso del armamento nuclear que intentara no terminar en un holocausto nuclear.

Pero quizás lo interesante de la evolución del pensamiento estratégico de Kissinger, es que a través de él podemos acercarnos al desarrollo mismo de la estrategia nuclear de los Estados Unidos durante gran parte del siglo pasado y el actual (Ferguson, 2015). En este sentido el concepto de respuesta flexible, del cual uno de sus autores más preclaros es el propio Kissinger, a no más andar la década de 1960 sufrió una primera transformación que dice relación con pasar de este tipo de respuesta a una combinación de negociaciones internacionales destinadas a establecer un marco de limitaciones vinculantes, unido a una paridad estratégica en materia nuclear que impidiera escaladas nucleares como las consideradas hasta ese entonces.

Este marco de pensamiento no solo permitió por un lado limitar el desarrollo del arsenal atómico soviético de la época, sino que también logró materializar una “dialéctica” de los conflictos entre los grandes bloques, en donde el uso de las armas nucleares quedó fuera de cualquier posibilidad de ser empleados (Jervis, 2022), demostración de lo anterior la podemos encontrar en las guerras de Vietnam, de los seis días, del Yom Kippur en donde convencionalmente ambos bloques daban rienda suelta a su conflictividad, pero sin considerar el empleo de la variante nuclear en los mismos.

En este mismo sentido el camino de las limitaciones construido entre ambos bloques, primero por los acuerdos de limitaciones SALT 1 y 2 (Trachtenberg, 2022) permitió por un momento conjugar el espiral de la carrera armamentística, representado por el desarrollo de sistemas antimisiles y nuevos

misiles balísticos con múltiples cabezas nucleares¹¹. Pero quizás uno de los elementos más interesantes de esta búsqueda de una “estabilidad estratégica” entre ambos bloques corresponde al desarrollo de una serie de iniciativas destinadas a controlar la proliferación nuclear. Posiblemente resulta algo contradictorio lo planteado, por un lado, esperar que los países poseedores de estos mantengan un estatus de privilegio frente a otras potencias emergentes, acentuado por la misma arquitectura del sistema internacional, mientras promueven que la mayor cantidad de países puedan unirse a iniciativas de este tipo como es el caso del TNP.¹²

Pero en este sentido la real amenaza, correctamente identificada por Kissinger, corresponde a la proliferación de armas nucleares en manos ya sea de estados fuera del sistema internacional contra la proliferación (como puede ser el caso de Corea del Norte) o de grupos no estatales comprometidos con el terrorismo internacional. Que su sola existencia en una región determinada del mundo (como podría ser el caso de Israel) genera tensiones que a la larga desestabilizan regiones completas e impulsan a otras a desarrollarlas (programa nuclear iraní) y no menos importante una proliferación desatada de estos tipos de armas, genera que la disuasión sea cada vez menos efectiva condenando a los decisores políticos a tomar decisiones en función de los retos que se les presentan más que a desafíos que representan estos para sistemas de seguridad

¹¹ El concepto de MIRV (Vehículo de Reentrada Múltiple e Independiente), corresponde a un avance en los sistemas vectores de las armas nucleares en donde los sistemas de misiles ya sea de lanzamiento terrestre o submarinos de tipo balístico, antes de su reentrada a la atmósfera terrestre su carga se dividía en cargas menores que desarrollaban trayectorias distintas del vehículo madre, haciendo de paso su intercepción prácticamente imposible.

¹² Tratado de no proliferación nuclear de 1968, tratado que entró en vigor en 1970 y que busca limitar la expansión de los países poseedores de armamento nuclear, que el uso pacífico de la energía nuclear esté salvaguardando para todos los países miembros, que a estas alturas ya son 191, y que, en un futuro, sin determinar concretamente aun los estados poseedores renuncien a ellas.

colectiva.

Siguiendo con esta senda evolutiva del manejo de las dinámicas inherentes al uso de armas nucleares, es sin duda clarificador abordar que nuestro planeta ha transitado ya por dos edades nucleares, cada una con sus complejidades y sus desarrollos, en la que autores consideran que la primera era de este camino corresponde a la que va desde el primer uso al fin de Guerra Fría, en donde si bien, en la crisis de los misiles de 1962 se estuvo muy cerca de un empleo, finalmente puede entenderse a la luz de los enormes costos económicos que la carrera armamentista impuso al bloque soviético.

La segunda edad dice relación con el periodo comprendido inmediatamente posterior al fin del enfrentamiento bipolar de la Guerra Fría en donde fue posible observar que incluso los países independientes que surgieron del fin de la Unión Soviética renunciaron a ser potencias nucleares, configurando esta edad como la más cerca que estuvo de condenar la existencia de este tipo de armamentos de la historia de la humanidad para siempre. No obstante, en su propio origen se alojaron los riesgos y desafíos que hoy enfrentamos en materia nuclear.

La tercera edad nuclear (Kroenig, 2024) representa los desafíos que vemos en nuestros días, en donde pareciéramos volver a encontrarnos en una situación en donde constatamos, con cierta preocupación, que la posesión de armamento nuclear resulta ser la última salvaguardia real del sistema internacional. Lo vemos casi a diario con lo que pareciera ser un desarrollo sin cortapisas del programa nuclear de Corea del Norte, a pesar de todos los regímenes de sanciones en contra de su administración actual.

Además, y el caso más paradójico y controvertido es el ataque de la Federación Rusa en contra de Ucrania. En este sentido es necesario recordar que, mediante el acuerdo de Budapest de 1994, Ucrania renunció al tercer arsenal nuclear más grande de ese entonces, a cambio de una serie de garantías explícitas por parte de la Federación Rusa de respetar las fronteras ucranianas y de renunciar al uso de la fuerza o de la coerción económica para atacar la integridad del país. Llegado a este punto y a la luz de los acontecimientos como la ocupación y anexión de la península de Crimea el 2014 y a solo unos meses de alcanzar los cuatro años de un conflicto armado al que no se avizora un pronto fin y en donde la retórica de la Federación Rusa de utilizar armas nucleares no ha estado ausente, queda para la reflexión que toda esta escalada de agresiones de la Federación Rusa en contra de su vecino hubiera sido siquiera considerada, si este no hubiera renunciado a su capacidad nuclear 20 años atrás.

Caminos de Solución

Si bien la constante exposición a la retórica del uso de armas nucleares, que en los últimos meses ha incluido amenazas ya no tan veladas¹³ nos permiten estar un poco más alerta frente a una problemática que sin duda preocupa a nuestra generación y a las venideras.

Como a modo de caja de pandora, una de las grandes “esperanzas” que nos dejó la Guerra Fría, fueron mecanismos de desarme suficientemente establecidos y respetados para ser considerados una herramienta válida para conjugar las amenazas de las armas atómicas de nuestros días. En este orden de ideas, en donde a pesar de los cuestionamientos casi a diario sobre la utilidad o

¹³ Para más información visitar: <https://www.dw.com/es/trump-dice-que-despleg%C3%B3-submarinos-frente-a-rusia-por-amenazas/a-74190785>

viabilidad del sistema multilateral, es especialmente en este tipo de temáticas donde el sistema resulta no solo relevante sino que vital para conjugar este tipo de problemática.

En este sentido existen, a juicio del presente ensayo, tres grandes iniciativas multilaterales para desescalar de la situación actual en que nos encontramos. Consecuentemente, en la agenda de la conferencia de desarme desde muchos años se ha discutido e implementado exitosamente la iniciativa de áreas geográficas libres de armas nucleares. La primera de este tipo y de la cual nuestro país jugó un rol clave en su puesta en marcha, fue la relativa a la región latinoamericana, mediante el Tratado de Tlatelolco (1967), para continuar con el Tratado de Pacífico Sur y el Tratado de Rarotonga (1985) Sudeste Asiático y el Tratado de Bangkok (1995) y África mediante el Tratado de Pelindaba (1996) y el último en la zona de Asia Central Tratado Semipalatinsk (2006), a lo que también debe sumarse el Tratado Antártico, debido a que fue el primero que desnuclearizó una zona geográfica en el mundo (1959) y el Acuerdo Sobre el Espacio Ultraterrestre. Todas estas áreas nombradas abarcan parte importante de la población mundial, lo que representa un fuerte espaldarazo, en una lucha que a todas luces parece una confrontación entre un hemisferio sur en relativa paz y un hemisferio norte a punto de una hecatombe nuclear.

Otra iniciativa dice relación con la propuesta de disminuir el nivel de alerta de los arsenales nucleares (de-alerting). Gran parte de los actuales arsenales nucleares se encuentran en un alto nivel de alerta, en el entendido que frente a un ataque sorpresa destinado a destruir las fuerzas de respuesta nuclear del adversario, este contaría con solo 18 minutos para responder antes de la eliminación de estas fuerzas (Kimball, 2019), además está documentado la posibilidad de incurrir en errores de apreciación derivado de actualizaciones de

los sistemas de mando y control o de alerta temprana o algo tan mundano como un error humano.

Con esta medida podría extenderse la ventana de decisión asociada a un lanzamiento nuclear, lo que daría un margen más amplio para desescalar paulatinamente una situación de crisis en donde pudiera considerarse el uso de este tipo de sistemas.

Finalmente, y quizás muy vigente en nuestros días gracias a las retóricas de retomar los ensayos de armas nucleares por parte de las grandes potencias, dice relación con la entrada en vigor del sistema derivado del Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares (1996), que después de arduas negociaciones fue aprobado y abierto a firma a los países miembros de las Naciones Unidas, pero que casi treinta años después aun no logra entrar en vigor, ya que requiere que los 44 países identificados como capaces de producir un ensayo nuclear de carácter militar, ratifiquen su compromiso de no hacerlo.

El sistema derivado del acuerdo consiste en un sistema de verificación internacional independiente, que despliega alrededor del mundo más de 321 estaciones de monitoreos destinadas a vigilar la realización de ensayos nucleares 24/7 y los 365 días del año.

La sede central se encuentra ubicada en las instalaciones de la organización de las Naciones Unidas en la ciudad de Viena, y sus reportes son abiertos a todos los países que han ratificado el acuerdo, quienes pueden tener acceso completo a toda la información que recopilen los distintos tipos de sensores disponibles.¹⁴

¹⁴ Los sensores consisten en una variedad de sistema de verificación entre los que se encuentran los de carácter sísmico, hidroacústico, infrasonido y el monitoreo

Reflexiones finales

A modo de cierre, a partir de noviembre de 2025, una de las películas más vistas en la cartela de la plataforma de películas Netflix en nuestro país, ha sido aquella titulada “una Casa de Dinamita” cuya trama transcurre en la descripción de las distintas etapas relacionadas con el lanzamiento de un arma nuclear y los escasos 18 minutos que disponen las autoridades para tomar decisiones en función de la muy limitada información disponible.

Lo contenido en la ficción de dicha obra cinematográfica refleja el resurgimiento de la preocupación y, por ende, del interés que se ha puesto en la materia, toda vez que durante los últimos años se ha acrecentado el discurso de las líneas rojas de las grandes potencias, utilizando la amenaza nuclear para gestionarlo. Así, se puede apreciar, por ejemplo, que, en el contexto de la guerra en Ucrania, diversos actores europeos – contando a Rusia – han puesto sobre la mesa la opción de emplear armas nucleares en el caso de no poder lograrse los objetivos políticos a través de medios militares convencionales.

Fuera de los discursos políticos y los intentos de disuasión mediante el empleo de la amenaza nuclear, queda claro que, en el caso de emplearse dicho recurso por parte de cualquier actor, las consecuencias serían catastróficas para la humanidad, generándose que el resurgimiento de la dialéctica nuclear constituya un verdadero fantasma que se ciñe sobre el planeta.

constante de los llamados radionúclidos que son partículas atómicas que se desprenden a la atmósfera luego de ensayos nucleares.

Referencias

- Burr, W. (2015, December 22). U.S. Cold War nuclear target lists declassified for first time. National Security Archive. <https://nsarchive2.gwu.edu/nukevault/ebb538-Cold-War-Nuclear-Target-List-Declassified-First-Ever/>
- Department of Defense. (2024). Report on the nuclear employment strategy of the United States. U.S. Department of Defense.
- Ferguson, N. (2015). Kissinger, 1923–1968: The idealist. Penguin Press.
- Jervis, R. (2022). The many faces of SALT. *Journal of Cold War Studies*, 24(2), 198–214. https://doi.org/10.1162/jcws_a_01078
- Keegan, J. (2014). *Historia de la guerra*. Turner Publicaciones.
- Kimball, D. G. (2019, December). Nuclear false warnings and risk of catastrophe. *Arms Control Today*. <https://www.armscontrol.org/act/2019-12/focus/nuclear-false-warnings-and-risk-catastrophe>
- Kissinger, H. (1969). *Nuclear weapons and foreign policy*. W. W. Norton & Company.
- Kroenig, M. (2024, October 7). Strategic stability in the Third Nuclear Age. Atlantic Council. <https://www.atlanticcouncil.org/in-depth-research-reports/issue-brief/strategic-stability-in-the-third-nuclear-age/>
- Purcell, R. (2020, January 22). The history of “damage limitation” in U.S. nuclear war planning. *Global Security Review*. <https://globalsecurityreview.com/history-damage-limitation-us-nuclear-war-planning/>
- Rowberry, A. (2014, February 27). Castle Bravo: The largest U.S. nuclear explosion. Brookings Institution. <https://www.brookings.edu/articles/castle-bravo-the-largest-u-s-nuclear-explosion/>
- Slantchev, B. L. (2014, January 1). *National Security Strategy: Flexible Response, 1961–1968*. University of California, San Diego. <https://pages.ucsd.edu/~bslantchev/courses/nss/lectures/flexible-response.pdf>
- Trachtenberg, M. (2022). The United States and strategic arms limitation during the Nixon–Kissinger era. *Journal of Cold War Studies*, 24(2), 157–197. https://doi.org/10.1162/jcws_a_01077
- Wolfson, R., & Dalnoki-Veress, F. (2022, March 2). The devastating effects of nuclear weapons in war. MIT Press Reader. <https://thereader.mitpress.mit.edu/devastating-effects-of-nuclear-weapons-war/>

CAPÍTULO 6

La resiliencia de la defensa nacional: desafíos y nuevas perspectivas

General de División (R) Mario Arteaga Velásquez ¹

Introducción

Enfrentar riesgos, amenazas y desafíos es una constante para el Estado en el contexto de su defensa y seguridad, sin embargo, en el último tiempo, ello se ha complicado debido a disputas interestatales, la intervención disruptiva de países en regiones del mundo donde no se esperaba y la actuación de organizaciones como Hamás y Hezbollah, que superan al acostumbrado conflicto interestatal. Como agravante y tal como lo afirman algunos estados, Francia especialmente, el conflicto híbrido se ha “globalizado” y por su característica y accionar asimétrico, la conflictividad es más compleja, incierta y generadora de la percepción de amenaza que provoca tensiones y conduce al enfrentamiento.

La presencia de la asimetría en el desarrollo del conflicto sigue manifestándose a través de operaciones de información sistemática, intervención en los asuntos internos del Estado, el terrorismo, los ciberataques, el ataque a objetivos humanos y el crimen organizado, solo por mencionar algunos, y todas

¹ General de División (R) del Ejército de Chile. Doctor (Cum Laude) por la Universidad Complutense de Madrid. Magíster en Ciencias Militares con mención en Política de Defensa y con mención en Planificación y Gestión Estratégica, ambos por la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Diplomado en Gestión Educacional, Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigador asociado al Centro de Estudios Estratégicos de la Academia de Guerra del Ejército de Chile y al Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM) . Correo electrónico: marioarteagav@gmail.com

estas manifestaciones afectan a la población, el gobierno, la infraestructura crítica y a los instrumentos del poder nacional del Estado, provocando la degradación de capacidades estatales como las energéticas, las financieras, las comunicaciones, los sistemas que contribuyen a la supervivencia de la población y otras, que al verse afectadas seriamente provocan desestabilización política y económica e impactan la gobernabilidad.

El mayor impacto de lo anterior se produce en la población y el gobierno del Estado, especialmente cuando ellos no disponen de capacidad de resiliencia que les permita enfrentar los efectos que se generan y sobreponerse con rapidez, para así recuperar la normalidad y continuar cumpliendo las funciones y tareas correspondientes. Cabe recordar que la resiliencia es la capacidad de adaptación que posee una persona, organización o sistema, para enfrentar una situación adversa y perturbadora y poder recuperar, en el mínimo plazo, la condición de normalidad que facilita continuar cumpliendo sus funciones de manera efectiva. Esto, no solo significa soportar el impacto de situaciones desfavorables, sino que también ser capaz de enfrentar los riesgos que ellas conllevan y asumir los desafíos necesarios para recuperar las capacidades iniciales. Visto así, la resiliencia corresponde a una actitud y fortaleza que permite soportar y adaptarse con rapidez a situaciones adversas, complejas y de alto impacto, para retornar a la normalidad mediante acciones que son lideradas por personas con capacidad de resiliencia necesaria para contener el impacto de situaciones complejas y sus efectos, crear y desarrollar soluciones e implementarlas velozmente, superando la adversidad y el efecto emocional y social que trae consigo la situación.

En el ámbito del Estado la resiliencia de las personas es fundamental, porque ellas dan vida a las organizaciones que lo conforman y se las reconoce como las creadoras y componentes vitales de los diferentes sistemas, como el de seguridad y de su contribuyente la defensa. Es por esto que los Estados

manifiestan su preocupación especial por la capacidad de resiliencia de la población y de los responsables de gobernar, sin olvidar o postergar la capacidad de resiliencia de los componentes materiales, porque todas esas capacidades, en conjunto, son fundamentales para el poder nacional, que necesariamente debe ser capaz de soportar, enormes y prolongados esfuerzos, manteniendo la moral y por consecuencia la cohesión y la unidad nacional, junto con la voluntad política del gobierno correspondiente. Para esto, los Estados deben prepararse constantemente y con perseverancia, no solo para enfrentar amenazas complejas contra su seguridad y defensa, sino que también porque la resiliencia aporta al desarrollo de ventajas estratégicas que contribuyen a anticiparse a los esfuerzos que serán necesarios y determinantes cuando se manifiesten las dificultades y, principalmente, cuando se aspira a que el Estado disuada de manera creíble y efectiva llegado el momento.

Recientemente, en la Revisión Nacional Estratégica de Francia (2025, pp. 37-41), que refuerza lo declarado en la versión 2022 del mismo documento (2022, p. 33), se manifiesta que la resiliencia junto con la unidad nacional, son fundamentales para su seguridad y protección y se las reconoce como “actores claves” para el logro de ese propósito. Además, destaca que el desarrollo de su resiliencia requiere y depende del compromiso de las autoridades y de la población, quienes son actores claves para el logro de ese objetivo nacional. Al respecto, en el planteamiento francés, destaca la relación que se establece entre la aspiración de resiliencia nacional con el conocimiento, comprensión y cercanía que deben poseer los ciudadanos con los planes de seguridad y defensa nacional, porque se estima que ello eleva el grado de compromiso de la población y su desarrollo contribuye al logro de la resiliencia que ese país anhela (2025, p. 40).

Por su parte, en su publicación *Strategic Defense Review 2025*, el Reino Unido manifiesta que la resiliencia nacional compromete a toda la sociedad y corresponde a una herramienta crítica y fundamental en “tiempos de competencia y crisis” entre los Estados, sucesos donde se requiere poseer capacidades para resistir los efectos del conflicto, la crisis y la guerra, durante largos períodos, y sin que se degrade la capacidad de disuasión y defensa. También, destaca que la resiliencia depende de un acercamiento y compromiso de la ciudadanía, en general, a los asuntos relacionados con la seguridad y la defensa, destacando que el gobierno es quien tiene la responsabilidad de promover aquello, liderando los esfuerzos para que la sociedad nacional comprenda que la seguridad y la defensa del Reino Unido son tarea de todos y que deben construirse mediante la educación y la participación efectiva (2025: 86-88). Anteriormente, en *Integrated Review Refresh 2023. Responding to a more contested and volatile world 2023*, también del Reino Unido, se destaca que la resiliencia nacional es uno de los pilares fundamentales de su seguridad y que ella debe incrementarse permanentemente para evitar vulnerabilidades y enfrentar las amenazas, en un escenario de competencia y conflicto (2023, pp. 3-4 y pp. 45-50).

Como se aprecia, a los Estados les preocupa desarrollar su capacidad de resiliencia, no solo por considerarla un recurso indispensable para su defensa, sino que también para la seguridad nacional. Reconocen que ella fortalece el poder nacional y contribuye a soportar grandes esfuerzos por tiempo prolongado, ayuda a enfrentar amenazas y agresiones y contribuye a mantener la moral y la unidad nacional. En esto, los propósitos estatales con respecto a la resiliencia, además de ser coherentes con la realidad mundial, también son coincidentes con lo declarado por organizaciones como la Unión Europea y la Organización del

Tratado del Atlántico Norte (OTAN)², por las mismas razones, es decir, por la persistencia del conflicto internacional y la globalización de su característica híbrida.

El propósito de este artículo es profundizar el conocimiento y alcances de la resiliencia y sus implicancias para la defensa del Estado, reflexionando con respecto a las acciones para desarrollarla y reforzarla constantemente, teniendo a la vista la necesidad de anticiparse a la evolución del escenario del conflicto y de la guerra, con la intención de que ello sirva como un aporte para complementar las políticas y estrategias de defensa nacional vigentes o como insumo para la elaboración de aquellas que sea necesario implementar en el futuro.

La Resiliencia y la Defensa del Estado

En la introducción de este artículo se anticiparon conceptos generales de la resiliencia; sin embargo, es conveniente presentar una síntesis de ellos para así ayudar a que la reflexión se facilite. Para esto, se propone asumir que la resiliencia corresponde a la capacidad de adaptación de la estructura general de un sistema, tanto de sus medios humanos como materiales, financieros, tecnológicos y otros complementarios, para soportar sucesos imprevistos y desfavorables, adaptándose a nuevas condiciones y respondiendo de manera efectiva para recuperar la normalidad y el control, considerando que el entorno y el ambiente general habrá cambiado y que difícilmente volverá a ser el mismo³. En el ámbito del Estado, la resiliencia corresponde a la capacidad de la población,

² La preocupación por el desarrollo de resiliencia en la población se aprecia con nitidez en el caso de Israel, donde es considerada uno de los pilares de la defensa y seguridad nacional. Lo mismo ocurre en el caso de España, especialmente en el ámbito estratégico y operacional de la fuerza militar.

³ En los casos investigados, se insiste en que después de generada una situación que ponga a prueba la resiliencia, el escenario nunca volverá a ser el mismo y que ello constituye un desafío donde se comprobará si la resiliencia disponible es suficiente o no.

gobierno y de sus organizaciones en general, para enfrentar riesgos y amenazas de manera permanente y soportar sucesos imprevistos, desfavorables y de larga duración, adaptándose a las nuevas condiciones con rapidez para así recuperar la normalidad y el control efectivo de la situación.

Cabe recordar que, la defensa y la seguridad nacional obedecen al concepto de sistema y que sus componentes son diversos y complejos, destacando entre ellos el elemento humano como eje central, por ser el que les da vida y articula sus acciones. Siendo así, la capacidad de resiliencia de las personas de este sistema es vital y anterior a la de los componentes materiales, porque asegura el accionar efectivo y su supervivencia en condiciones extremas, de manera sostenida y a largo plazo. Los otros componentes, como son las estructuras de gobierno, mando, control, vigilancia, maniobra, apoyos, etc., también requieren ser resilientes, pero su prioridad es definitivamente secundaria.

En el ámbito de la defensa, también en el de la seguridad, el requerimiento de resiliencia proviene de la determinación previa del escenario político y estratégico, especialmente la identificación de los riesgos y amenazas existentes, los cuales deberán ser evaluados, inicialmente, para conocer el grado de peligrosidad de cada uno de ellos; permitiendo que, posteriormente, se pueda establecer que componentes o subsistemas se verían afectados. Hecho lo anterior, será posible determinar el nivel de impacto que la defensa nacional y la seguridad tendrán que soportar, la capacidad de recuperación que se debe poseer, la flexibilidad de la estructura para suplir las carencias que no son recuperables en el corto plazo y la necesidad de duplicar los componentes vitales como el elemento humano y otros secundarios que son indispensables para defender y asegurar al Estado.

Anteriormente, se manifestó que la capacidad de resiliencia humana es vital para que el sistema de defensa nacional funcione, porque no solo le da vida, sino que también articula los esfuerzos de los otros componentes o subsistemas. Al respecto, es importante tener presente que esa resiliencia humana surge del carácter y de la moral de la población, siendo ambos determinantes para no decaer en el proceso de recuperación de la normalidad y, especialmente, para mantener la unidad nacional que el Estado requiere para responder. En este sentido, no está de sobra recordar que tanto Morgenthau (1986, pp. 144-189)⁴ como Kautilya⁵ (2020, p. 509), sostienen que la calidad de la población es un elemento intangible del poder y que tiene mayor importancia que otros porque se traduce en moral y unidad nacional de nivel superior.

La preocupación de los estados por la resiliencia de la población se constata en documentos políticos y estratégicos. Así, Francia destaca la importancia de desarrollar recursos humanos que individualmente ostenten dicha cualidad para que puedan contribuir a una resiliencia estratégica nacional, agregando que dicha condición de la defensa se refuerza con aquella de la sociedad y que, para ello, es fundamental promover una conciencia y “espíritu de defensa en la juventud” especialmente en “la esfera educativa” (Revisión Nacional Estratégica, 2022, pp. 33-34). Por su parte, España refuerza estos planteamientos señalando que la gestión de intangibles como son las actitudes y capacidades de las personas, reconocidas como la mayor fortaleza de cualquier

⁴ En los planteamientos de Morgenthau, también se puede inferir que la resiliencia de las personas influiría en otros elementos intangibles del poder nacional, tales como la calidad del gobierno que en situaciones críticas y adversas debería ser capaz de generar el “apoyo general a sus acciones”, la calidad de la diplomacia que debe mantener su capacidad de conseguir el apoyo externo y el prestigio nacional por ser el “cerebro del poder nacional”.

⁵ Kautilya se refiere a la importancia del componente humano del poder, señalando que la fortaleza intelectual y la integridad de ese componente son la base del poder que se requiere, especialmente para enfrentar la guerra.

organización, permite hacerlas resilientes y que esa condición se transmite a las organizaciones y sistemas. También manifiesta, que es necesario abordar el liderazgo porque es un factor relevante en la formación de personas, organizaciones y sistemas resilientes, debido a que los líderes contribuyen con sus acciones al desarrollo de capacidades psicológicas y sociológicas positivas que se traducen en actitudes y conductas, también positivas, para asumir la defensa y la seguridad como bienes comunes y públicos del Estado (Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2017).

Israel, declara que la resiliencia de la población es un pilar de su defensa y seguridad y que en ella se basa la capacidad nacional para adaptarse efectivamente a situaciones de crisis, conflicto armado, eventos disruptivos y desastres de todo tipo, es decir, es la base de la resiliencia nacional israelí. También, manifiesta que la resiliencia de su población refuerza la unidad nacional y que, juntas, fortalecen el poder interno de Israel, agregando que es una responsabilidad del gobierno construir una sociedad unida y resiliente para ser capaces de defenderse contra múltiples amenazas y soportar cualquier crisis. Complementa su planteamiento, señalando que la resiliencia de la población se construye desarrollando la solidaridad, asegurando el acceso a recursos esenciales como la alimentación, la salud y la educación; fortaleciendo la resiliencia económica y mediante un liderazgo político e institucional efectivo y orientado al apoyo de la población (Institute for National Security Studies, 2025, pp. 8-22).

Con respecto a la responsabilidad de generar resiliencia estratégica para la defensa, el Reino Unido (2023, pp. 87-92) declara que al Estado (gobierno) le corresponde asegurar la participación del área económica, porque ella debe contribuir desarrollando políticas de financiamiento que faciliten el acceso oportuno a materiales críticos para la defensa y para el desarrollo de la industria

de defensa, entendiendo que ambas son fundamentales para conseguir la mencionada resiliencia estratégica. También resalta que esta tarea no es solo de la defensa, sino que compromete al gobierno en su totalidad, a la base industrial nacional y a toda la población, porque el propósito fundamental es que toda la nación sea resiliente y capaz de protegerse y defender el territorio nacional contra cualquier amenaza. Coincidentemente, Francia manifiesta que su idea de resiliencia estratégica tiene como propósito desarrollar recursos humanos, capacidades materiales, empresas, reservas estratégicas y asegurar la diversificación de las fuentes de suministro, para así contribuir a la resiliencia estratégica nacional (Revisión Nacional Estratégica, 2022, pp. 33-34)⁶

Lo expuesto ayuda a entender que la resiliencia estratégica es la capacidad que posee el Estado, para enfrentar las amenazas y los riesgos que se manifiestan en su escenario político y estratégico y sobreponerse a los efectos de sucesos imprevistos provenientes de ellos, siendo capaz de responder efectivamente después de adaptarse con rapidez a las nuevas condiciones que conformarán el entorno mencionado, que será diferente al que existía. También, debería entenderse que la resiliencia estratégica es vital para la supervivencia de la capacidad de defensa y seguridad nacional y que su desarrollo y fortalecimiento es tarea permanente del gobierno del Estado quien tiene la responsabilidad de generar la participación de todos los sectores del mismo, considerando que la resiliencia de la población es insustituible y fundamental para obtener resiliencia estratégica nacional. Adicionalmente, es muy importante tener en cuenta que la resiliencia del sistema de información, la resiliencia de la

⁶ Francia, según lo declarado en su Revisión Nacional Estratégica 2022, ha implementado una Estrategia Nacional de Resiliencia cuyo propósito es “reforzar su aptitud para tolerar los ataques de cualquier naturaleza a vida normal del país. Permite una articulación precisa y eficaz con varios dispositivos que persiguen objetivos similares, adoptados tanto por la UE como por la OTAN”.

infraestructura crítica del Estado y la resiliencia de la capacidad industrial, en especial de la industria de defensa, tienen implicancias en la resiliencia estratégica porque la permanencia de sus capacidades fortalece directamente a esta última y ello se proyecta hasta el nivel nacional.

Reiterando que el conflicto internacional es cada vez más complejo y que su característica híbrida se ha “globalizado” obligando a ser capaces de accionar y sobrevivir en escenarios asimétricos, la resiliencia de la población es fundamental para resistir la acción psicológica del adversario que presiona mediante la desinformación sistemática, la presión económica y diplomática, la intervención en asuntos internos de los estados, ataques en el ciberespacio, el terrorismo e inclusive mediante el crimen organizado, entre otros mecanismos de acción; porque esa resiliencia será prioritaria y fundamental para oponerse a las acciones en contra del propio Estado. Esto no significa que la resiliencia de otros sistemas del Estado pierda importancia, muy por el contrario, porque si se dispone de alta capacidad de resiliencia de la población y del gobierno, se dispondrá de una capacidad que permitirá coordinar los esfuerzos de los otros sistemas y con ello asegurar la resiliencia estratégica nacional.

La resiliencia de la Defensa Nacional y la Educación

Entendiendo que la educación contribuye a que las personas comprendan, adquieran conciencia y se comprometan con valores e intereses que superan al individuo y alcanzan a toda la sociedad, se comprende que ella puede aportar al desarrollo y fortalecimiento de la resiliencia, porque después de entender la importancia de la seguridad y defensa nacional, ese individuo podrá participar activa y constructivamente de los esfuerzos para tales fines y al mismo tiempo, es posible que realice acciones para su propia adaptación a un entorno que evoluciona permanentemente y que puede someterlo a riesgos y amenazas que podrían afectarle tanto a él, su familia y grupos cercanos, como a la sociedad

en general.

Mediante la educación se puede enseñar que la resiliencia de las personas es fundamental para poder enfrentar situaciones adversas y continuar cumpliendo los propósitos individuales y colectivos, sin importar las nuevas condiciones que se presenten y, al mismo tiempo, ayudará a comprender que el desarrollo de esa resiliencia es, en parte⁷, responsabilidad personal y que el resultado obtenido se asocia con el de otros integrantes de la sociedad, dando origen a la resiliencia de organizaciones superiores como las encargadas de la economía, las responsables de la diplomacia, las fuerzas armadas y, finalmente, el propio Estado.

En el contexto de la educación, se entiende que la resiliencia es una cualidad humana que se requiere en todo tipo de situaciones, que es dinámica por la influencia del entorno y que es inestable porque depende de las condiciones cognitivas, psicológicas y actitudinales de los individuos. Pero, tal vez, lo más importante desde el punto de vista de la educación, es que se acepta que ella puede desarrollarse debido a que las personas están dispuestas a adquirir conductas, capacidades y compromisos que les permitan desarrollarse en ambientes seguros, con la motivación necesaria para realizar los esfuerzos que todo ello requiera para hacerse realidad y permanecer en el tiempo y bajo cualquier circunstancia.

Juan Saldaña García (2018, p. 37) sostiene que una persona resiliente es capaz de responder orientada por “elementos afectivos y cognitivos positivos y proactivos ante los desafíos”, siendo capaz de “absorber la perturbación y

⁷ Se resalta esto, porque siendo responsabilidad personal; en el contexto del Estado, la mayor responsabilidad le corresponde al gobierno quien tiene la obligación de articular todos los esfuerzos para alcanzar la resiliencia a nivel nacional.

reorganizarse” con creatividad, proactividad e innovando⁸. Esto concuerda con lo manifestado anteriormente, en cuanto a que la resiliencia es fundamental para continuar actuando después de haber enfrentado alguna situación imprevista y generadora de atricción, debiendo hacerlo en condiciones diferentes, debido a que el escenario habrá cambiado y nunca vuelve a ser el mismo exactamente, obligando a que el individuo o la organización tenga que adaptarse con rapidez si es que se quiere recuperar la iniciativa y la libertad de acción. En el ámbito militar esto es vital, porque si no se recupera esa libertad de acción es probable que el adversario obtenga la ventaja estratégica u operacional y que imponga su voluntad, obligando a que su oponente permanezca en una condición reactiva.

La educación ayuda a construir resiliencia, porque desarrolla las capacidades de las personas, lo que es extrapolable a las capacidades de las organizaciones, para que sean capaces de interactuar con los elementos de cualquier ambiente, haciéndolos resistentes a cualquier adversidad. Para ello, sus esfuerzos deben orientarse a formar personas que reconozcan y sigan accionando cuando existan problemas, que sean seguras y confíen en que los resultados serán positivos, que se controlen y autorregulen sus esfuerzos, que se hagan cargo y responsabilicen de sí mismas, que respeten a sus pares y se responsabilicen por ellos, asumiendo, con verdadero compromiso, la responsabilidad de contribuir a la defensa, la seguridad y al desarrollo de sociedad nacional permanentemente.

La educación también contribuye a la resiliencia aportando al desarrollo del liderazgo comprometido, a la generación de ambientes de confianza y buenas relaciones, al trabajo en equipo y, especialmente, a la transmisión de valores y

⁸ Saldaña también considera que existe un vínculo muy estrecho entre la resiliencia y la innovación, porque esta última puede contribuir a que la adaptación a un escenario nuevo o modificado se realice con mayor rapidez, si es que se modifican los procedimientos propios, se aplica la reorganización de las propias capacidades o se aplica la sinergia con los remanentes y los refuerzos de capacidades.

principios relacionados con el patriotismo y la defensa de los intereses nacionales. En definitiva, la educación crea, desarrolla y fortalece el capital intelectual, social y afectivo de los individuos y, por efecto, de la población del Estado, generando condiciones óptimas para desarrollar la resiliencia individual y colectiva, de tal manera que las personas en general, los líderes en particular, las organizaciones que conforman el Estado y este mismo, sean resilientes y superen las adversidades.

Recientemente, el gobierno de Francia ha reiterado la importancia de construir resiliencia nacional (2025, pp. 37-41) para que la disuasión sea creíble, resaltando que en ese esfuerzo la educación cumple un rol fundamental, porque ella conecta la intención política y estratégica con la sociedad nacional, a quien le transmite la importancia de la seguridad y la defensa y colabora en el desarrollo de un “espíritu de defensa” duradero que sirve para multiplicar las competencias individuales y colectivas del Estado para, así, estar en condiciones de hacer frente a cualquier desafío. Esto mismo, se constata en el Reino Unido, cuando este declara que la resiliencia nacional se consigue mediante un esfuerzo colectivo que considera a “la educación y la academia”, porque ellas ayudan a que la sociedad comprenda que esa resiliencia es indispensable para que la disuasión sea creíble y por qué ella es parte de la estrategia de seguridad nacional y de la estrategia de defensa. Pero esto no es todo, porque, además, el Reino Unido también ha declarado que la educación contribuye a acercar a la sociedad nacional al instrumento militar del poder nacional, es decir, a las fuerzas armadas, debido a que transmite la importancia de la existencia de estas y su relación con la sociedad y, con, ello incrementa el interés por la profesión militar y se fomenta la participación que incrementa la Reserva Estratégica que da soporte a la movilización nacional durante el conflicto (2025, pp. 87-93).

Derivado de lo anterior, se constata la importancia de establecer una relación estrecha y verdadera que permita el trabajo en equipo entre los ministerios de defensa y de educación, porque ello contribuye a generar condiciones favorables para crear y desarrollar las bases sociales, emocionales y cognitivas en la sociedad, que ayudarán a desarrollar la resiliencia que requieran las fuerzas armadas, la población y el Estado en general, para afrontar los esfuerzos y desafíos de la defensa nacional.

La resiliencia del instrumento militar del poder nacional

Como se sabe, la resiliencia estratégica del Estado es una capacidad irremplazable que contribuye a que este realice las acciones necesarias para su defensa y seguridad, fundamentalmente disuasión creíble y, si esta no resulta, para llevar a efecto operaciones decisivas en defensa de los intereses nacionales, permitiendo la supervivencia y adaptación a los nuevos escenarios que se generen. Lo anterior, de manera independiente, sin dependencia de otros estados u organizaciones internacionales y empleando las capacidades del poder nacional⁹.

La resiliencia estratégica del Estado depende, en gran medida, de la resiliencia del instrumento militar del poder nacional, sin embargo, su generación corresponde a un esfuerzo nacional que involucra también a los otros instrumentos del poder, es decir, a la diplomacia, la economía y a la información, pero sobre todo a la resiliencia de la población. El resultado de lo anterior supera la resiliencia estratégica y genera la capacidad de resiliencia nacional que el Estado requiere para enfrentar los riesgos y amenazas que se manifiestan en las

⁹ Esto se relaciona con la autonomía estratégica a la cual debería aspirar cualquier Estado, sin importar su tamaño y nivel de influencia política y estratégica en el sistema internacional.

diferentes etapas del conflicto, lo cual demanda los mayores esfuerzos durante el enfrentamiento armado, la guerra, donde se pone a prueba la resiliencia del Estado en grado máximo.

La resiliencia del instrumento militar del poder es fundamental para soportar los efectos de la actividad militar del adversario y para adaptarse con rapidez a los cambios que se produzcan en el campo de batalla. Esa resiliencia no se refiere, exclusivamente a los efectos en el personal y en las capacidades materiales de la fuerza, sino que también se refiere a los efectos emocionales y psicológicos que afectan el elemento humano. Cabe considerar que esta resiliencia aumenta su importancia en la medida que la actividad militar se prolongue y adquiera mayor letalidad, porque en esas condiciones será indispensable para mantener la operatividad de la fuerza en condiciones muy adversas, especialmente psicológicas y morales, sin perder la iniciativa y la libertad de acción, más aún cuando la situación estratégica y operacional obligue a trasladar el campo de batalla al territorio adversario, para asegurar el núcleo vital propio y proteger objetivos estratégicos importantes, lo que demandará enormes esfuerzos humanos y materiales.

Existe acuerdo con respecto a la necesidad e importancia de contar con un instrumento militar del poder que sea resiliente, también con respecto a su aporte para la obtención de la resiliencia estratégica y la resiliencia nacional del Estado, pero, cómo se consigue un instrumento militar resiliente y cuál es el grado de resiliencia que se requiere. Responder estas dos interrogantes son un desafío para quienes deben articular acciones para generar dicha resiliencia, también para el gobierno y las autoridades que dirigen el accionar de la defensa nacional. En el esfuerzo para responder las interrogantes planteadas, se debe considerar que esas respuestas no son las únicas y que tampoco constituyan una constante invariable en el tiempo.

Con respecto a cómo se consigue un instrumento militar resiliente, se identifican aproximaciones de diferentes estados que son coincidentes. Al respecto, se afirma que es fundamental y prioritario generar, en el elemento humano, conciencia de la necesidad de defender y asegurar al Estado, en especial a su población, porque a partir de ello se generará el compromiso de realizar los máximos esfuerzos personales, en las condiciones más adversas y por largos períodos de tiempo. Como consecuencia, debido a ello se dispondrá de fuerzas militares cuyos integrantes serán capaces de cumplir funciones superiores en beneficio de sus pares y del Estado, soportando esfuerzos de larga duración y alto riesgo, con alta capacidad de recuperación física y psicológica y de adaptación a nuevos escenarios.

También, se concuerda en que la preparación y entrenamiento constante y realista de la fuerza militar, le proporcionará la capacidad de tolerar los efectos de la atricción que el adversario produzca, especialmente la que provenga de acciones asimétricas que regularmente generan, además, altos niveles de incertidumbre e inclusive desconcierto. Esto, debe ser acompañado con la provisión de equipamiento que asegure la protección personal y la supervivencia, disponibilidad de armamento y tecnología de alta calidad superior al del adversario y, con mandos que se distingan por su alto grado de liderazgo en las condiciones más extremas. Complementariamente, en la generación de la resiliencia del instrumento militar influye, de manera considerable, la disponibilidad de ventajas operacionales y tecnológicas, o a lo menos equivalencia de ellas con la del adversario.

El alistamiento operacional y la capacidad de respuesta inmediata, sumado a la disponibilidad de reservas estratégicas y operacionales, también contribuirán a la necesidad de resiliencia, porque en conjunto permitirán acortar los tiempos de respuesta y con ello recuperar y mantener la iniciativa y la libertad

de acción, impidiendo que el adversario imponga una condición reactiva y permitiendo reemplazar las pérdidas con rapidez e, inclusive, relevar las fuerzas que se encuentren más afectadas para no disminuir el ritmo de batalla propio y, con ello, sorprender al adversario. A esto se suma, disponer de alta capacidad de sostenimiento logístico, en especial aquel destinado al personal, porque ello aumenta la confianza y la seguridad de contar con lo requerido oportunamente, considerando que en esto adquiere importancia asegurar las fuentes de suministro, en especial cuando no se disponga de altos niveles de autonomía estratégica.

Existe acuerdo en que promover la importancia de la profesión militar, haciéndola atractiva para la sociedad en general, también contribuye a generar y fortalecer la resiliencia del instrumento militar, porque se destaca la importancia del servicio que el militar proporciona, a quien beneficia directamente y resalta un compromiso de nivel superior con los intereses nacionales, demostrando que ello puede determinar la supervivencia o no del Estado. Esto incrementa la voluntariedad y transmite el compromiso que beneficia contar con las dotaciones requeridas, los reemplazos y disponer de una reserva estratégica que junto con asegurar la disponibilidad, también aporta cuando se requiere relevar a fuerzas - con mayor nivel operacional- para realizar operaciones decisivas que faciliten la solución del problema militar. En este aspecto, adquiere gran importancia la voluntad política porque ella será fundamental para apoyar y promover, en la sociedad nacional, la importancia de la profesión militar y la resiliencia de la fuerza.

El apoyo del Estado, tanto de la sociedad nacional como del gobierno, para justificar el accionar del instrumento militar en situaciones de fuerte presión legal y normativa, especialmente la internacional, es una herramienta importante para fortalecer la resiliencia, porque ello produce un efecto sociológico y

psicológico en las personas, debido a que otorgan la seguridad de que sus acciones no serán cuestionadas, judicializadas ni sancionadas, si es que cumplen con normas del Derecho Internacional y que, también, dispondrán del respaldo de su propia población y del gobierno. Estas seguridades, ayudan a ser más resilientes y a soportar los cuestionamientos y críticas que afectan la moral, la cohesión y la decisión de accionar en situaciones de alto riesgo e incertidumbre.

La condición económica del Estado tiene implicancias en la resiliencia del instrumento militar y debido a ello es que la economía, como instrumento del poder nacional, debe hacerse fuerte durante la paz y la normalidad para así ser resiliente cuando no se disponga de apoyos económicos externos y se tenga que recurrir a la autonomía económica alcanzada. La fortaleza económica es crucial durante la paz, pero se hace crítica en tiempos de conflicto y guerra, por lo que el presupuesto de defensa nacional de tiempos de normalidad es fundamental para la resiliencia del instrumento militar, la cual se genera en tiempo de paz y debería mantenerse durante todo el conflicto e, inclusive en la fase de estabilización que sigue al enfrentamiento armado. Esto implica que el instrumento económico debe proporcionar los recursos financieros durante la paz, para que su aporte sea oportuno y sirva para desarrollar y mantener la capacidad de resiliencia durante el conflicto, accionando en conjunto con la diplomacia que generará los apoyos externos que se requieran.

Por su parte, la diplomacia también aporta a la resiliencia del instrumento militar, realizando acciones en su campo de acción para obtener apoyos económicos y materiales para el esfuerzo militar. En tiempo de paz, lo hace generando redes de apoyo y cooperación para el desarrollo de capacidades estratégicas y evitando que se manifiesten las desconfianzas y el Dilema de Seguridad que origina el conflicto y genera la crisis internacional y su escalada. En tiempo de guerra, acciona apoyando la mantención del prestigio del

instrumento militar y del propio Estado durante el desarrollo de las acciones militares, sumando a esto la generación de contactos y apoyos en el ámbito económico internacional. Cuando ocurran errores, transgresiones de normas legales internacionales y otros asuntos adversos, será la diplomacia quien accionará para evitar que las repercusiones o implicancias afecten al instrumento militar y al propio Estado, con ello se fortalecerá la resiliencia en general y se mantendrá el prestigio internacional. Además, se considera que el sistema de información, la infraestructura crítica del Estado y la capacidad industrial, especialmente de la industria de defensa, también deben ser resilientes porque todos ellos tienen implicancias en la resiliencia del instrumento militar del poder nacional, al igual que en la resiliencia general del Estado, y por ello deben mantener sus capacidades permanentemente.

Determinar cuál es el grado de resiliencia que se requiere es una tarea compleja, sin embargo, es posible aproximarse a una respuesta que se deriva del resultado de los análisis que se realizan en las apreciaciones de riesgos y amenazas, en los estudios de los potenciales propios y adversarios y, especialmente, cuando se establece el ambiente político, estratégico y operacional que existirá durante todo el conflicto, con énfasis durante la escalada de la crisis y el enfrentamiento armado. En este esfuerzo adquiere importancia determinar, con la mayor precisión, la capacidad del adversario para infringir daño, sumado a un trabajo de targeting inverso acucioso y realista. Todo esto, no es exclusivo para el instrumento militar, también tendrá que hacerse para los otros instrumentos del poder nacional y para la población, sumando a la infraestructura crítica y la industria de defensa, entre otros.

La resiliencia del instrumento militar proviene del personal y de las capacidades tecnológicas provistas por el Estado, con la anticipación que corresponde para que esas capacidades sean efectivas, se encuentren disponibles

y así eleven los niveles de operatividad del instrumento militar. También depende de la capacidad de movilizar la reserva, recibir el apoyo y sostenimiento de la base industrial del Estado y, especialmente, del apoyo proveniente de la población y del gobierno quien debe liderar la interacción de todos los instrumentos del poder nacional y generar apoyos externos que contribuyan al esfuerzo de guerra cuando se llegue a esa fase del conflicto. Ser resilientes y prevalecer en el conflicto, especialmente en su fase más crítica, la guerra, es un esfuerzo nacional que involucra a todo el Estado¹⁰.

Las tendencias estratégicas indican que en el futuro, el instrumento militar del poder tendrá que enfrentar amenazas y desafíos probablemente mucho más peligrosos y complejos que en la actualidad, especialmente producto de ciberataques, operaciones de desinformación, operaciones especiales contra objetivos humanos, empleo de armamento más letal incluso prohibido, ataques terroristas y otros que se asocian a la asimetría del conflicto. Todo esto, impactará la resiliencia de los combatientes, sus mandos, las autoridades políticas y la población en general y, por ello, es necesario e importante anticiparse y actuar con agilidad para desarrollar la capacidad de resiliencia que se requiera para afrontar con éxito las circunstancias descritas. Esto constituye un desafío que no es exclusivo para el instrumento militar, por el contrario, se proyecta todo el Estado y sus componentes, porque la envergadura del desafío es nacional y es clave para enfrentar el escenario que anuncian las tendencias¹¹.

¹⁰ En el Reino Unido se asume que la Defensa y su instrumento militar aportan a que la nación sea más resiliente, pero que esa resiliencia requiere el trabajo de “todas las esferas gubernamentales” y exige que el gobierno lidere “una gran integración” de todas esas esferas, para poder contrarrestar las amenazas y defender a la Patria.

¹¹ Estas tendencias advierten que, en el futuro, las amenazas incrementarán su peligrosidad y que sus ataques serán más devastadores y afectarán la capacidad de disuasión de los estados por la pérdida de poder nacional que se producirá. Esto, obliga

Reflexiones finales

En un escenario internacional donde el conflicto se mantiene presente, recurriendo a la asimetría que siempre lo ha caracterizado, pero que -por alguna razón- se intenta presentar como algo novedoso y reciente, las amenazas no son declaradas y los riesgos son menos visibles, favoreciendo el engaño e incrementando la incertidumbre política y estratégica. Así, los estados deberían preocuparse por adquirir fortalezas que serán vitales cuando se presenten situaciones críticas que pongan a prueba sus capacidades para mantenerse seguros y para defenderse con éxito y sobrevivir cuando deba enfrentarse a otro Estado que le amenace. Una de esas fortalezas es la capacidad de resiliencia que se requiere, entendida ella como la capacidad de resistir los efectos de las acciones de un adversario, tanto convencionales como asimétricas, durante períodos prolongados y en condiciones generalmente muy adversas, siendo capaz de adaptarse con rapidez a los cambios del escenario porque, tal como muchos lo advierten, nada volverá a ser igual que antes.

La capacidad de resiliencia del Estado se basa en la que posea su componente humano, la población, porque ella es la que da vida a todo, se la considera el alma y cerebro del poder nacional y por ello debe ser capaz de resistir las acciones del adversario destinadas a reducir su moral, su determinación para afrontar los esfuerzos y su compromiso con la sociedad y con los intereses nacionales, todo lo cual es indispensable para mantener la unidad nacional. Esto se complementa con la resiliencia que debe poseer el elemento material del Estado que radica en su capacidad económica, su capacidad industrial y su infraestructura crítica principalmente y, se fortalece con la resiliencia de la diplomacia y de los sistemas de información. Sumando a todo esto, la autonomía

a actuar con mayor previsión y agilidad para asegurar la capacidad de resiliencia nacional anticipadamente.

estratégica que se haya alcanzado.

La resiliencia del Estado constituye un sistema conformado por la resiliencia de su defensa nacional, la de su economía, su diplomacia y la resiliencia de su sistema de informaciones. En lo particular, la resiliencia de su defensa nacional surge de la resiliencia que posea el instrumento militar del poder nacional y que muchos estados reconocen como el elemento más “importante del poder político de un Estado” porque es el medio para imponer las propias aspiraciones, para defenderse, para su supervivencia y para interactuar en el contexto internacional con mayor respaldo y seguridad.

La resiliencia cumple un rol importante en la defensa nacional, siendo objeto de especial evaluación cuando el Estado declare que su estrategia de defensa se basa en la disuasión, porque esa resiliencia influirá en la credibilidad que el adversario le asigne a la intención de disuadir. Es por esto que un Estado que no compromete a su población con la defensa y seguridad de sus intereses nacionales, que no fortalece a los instrumentos de su poder nacional, entre ellos el militar, y que no promueve y asegura la unidad nacional, no solo carecerá de resiliencia para soportar esfuerzos superiores, sobreponerse a los esfuerzos y adaptarse a nuevas condiciones, sino que también será incapaz de defenderse y sobrevivir cuando se presenten los desafíos críticos provenientes del adversario.

El desarrollo y fortalecimiento permanente de la resiliencia es una obligación del gobierno del Estado y de las autoridades que conduzcan los esfuerzos de los instrumentos del poder nacional, también lo es de la población en general, siendo importante, por no decir vital, que se actúe con anticipación, porque intentar hacerlo cuando esa resiliencia sea requerida y puesta a prueba será demasiado tarde y se carecerá de una fortaleza vital para la defensa y seguridad del Estado. Esto tiene mayor importancia cuando se trata de la

resiliencia del instrumento militar del poder que es determinante para la defensa nacional. En el desarrollo de la resiliencia nacional, la Educación cumple un rol fundamental, porque a través de ella se forjan el conocimiento, sensibilidad y el compromiso de la población con respecto a los asuntos de seguridad y defensa, puesto que ello ayuda a entender que son recursos indispensables para su propia protección.

Es fundamental comprender que los estados que son resilientes, con una población e instrumentos del poder nacional con esa misma capacidad, especialmente el instrumento militar, son capaces de sobrevivir en un escenario generoso en riesgos y amenazas, donde el conflicto se ha multiplicado y su característica híbrida se ha globalizado. Es por esto que los estados que se preparan, con anticipación, para sobrevivir en ese ambiente y adaptarse a los cambios que se produzcan con rapidez, consideran que la resiliencia es una necesidad estratégica y un eje de la respuesta estratégica del Estado, recayendo la responsabilidad de liderar y articular las acciones para desarrollarla en el gobierno.

Referencias

- Arteaga Velásquez, M. (2023). Resiliencia y autonomía estratégica en la defensa y seguridad. *Revista Ensayos Militares*, 9(2), 43–56. Centro de Estudios Estratégicos de la Academia de Guerra del Ejército de Chile.
- Arteaga Velásquez, M. (2025). El Estado y su seguridad nacional en un mundo complejo y amenazante. *Revista Ensayos Militares*, 11(1), 50–72. Centro de Estudios Estratégicos de la Academia de Guerra del Ejército de Chile.
- Bartolomé, M. (2019). Amenazas y conflictos híbridos: características distintivas, evolución en el tiempo y manifestaciones preponderantes. *URVIO*, 25, 8–25. <http://scielo.senescyt.gob.ec/pdf/urvio/n25/1390-4299-urvio-25-00008.pdf>

- Beaufre, A. (1966). *Disuasión y estrategia*. Instituto de Estudios Políticos.
- Comisión Europea. (2016). *Comunicación conjunta sobre la lucha contra las amenazas híbridas: Una respuesta de la Unión Europea*. Unión Europea.
- Consejo de la Unión Europea. (2022). *Una brújula estratégica para la seguridad y defensa*. Unión Europea.
- Consejo del Atlántico Norte. (2023). *Comunicado de la Cumbre de Vilnius*. https://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_217320.htm
- Godet, M. (1999). *De la anticipación a la acción: Manual de prospectiva y estrategia*. Marcombo.
- Hoffman, F. G. (2007). *Conflict in the 21st century: The rise of hybrid wars*. Potomac Institute for Policy Studies.
- Instituto Español de Estudios Estratégicos. (2018). *Resiliencia: del individuo al Estado y del Estado al individuo*. <https://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-trabajo/2017/DIEEET05-2017.html>
- Institute for National Security Studies. (2025). *The state of Israel's national security: Doctrine and policy guidelines for 2025–2026*. Tel Aviv University.
- Kautilya. (2020). *El Arthashastra*. Impresos Minipres C. A.
- Ministry of Defence. (2023). *Integrated review refresh: Responding to a more contested and volatile world*. HM Government.
- Ministry of Defence. (2024). *Global strategic trends: Out to 2055*. <https://www.gov.uk/government/publications/global-strategic-trends-out-to-2055>
- Ministry of Defence. (2025). *Strategic defence review: Making Britain safer, secure at home, strong abroad*. HM Government.
- Morgenthau, H. J. (1986). *Política entre las naciones: La lucha por el poder y la paz*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Ortal, E. (2024). *A sustainable strategy: Principles for updating Israel's strategy and security concept*. Bar-Ilan University.
- República Francesa. (2022). *Revisión nacional estratégica*. <https://www.sgdsn.gouv.fr/files/files/Revue%20nationales%20stret%C3%A9gique%20-%20Espagnol.pdf>
- República Francesa. (2025). *National strategic review 2025*. <https://www.sgdsn.gouv.fr/files/files/Publications/20250713NPSGDSNRNS2025EN0.pdf>

Saldaña García, J. (2018). Educación y resiliencia: construcción sociocognitiva de una interacción. En Instituto Español de Estudios Estratégicos (Ed.), *Resiliencia: del individuo al Estado y del Estado al individuo* (pp. 29–53). <https://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-trabajo/2017/DIEEET05-2017.html>

CAPÍTULO 7

El potencial humano en la guerra moderna

*Teniente Coronel Iván Beltrán García*¹

Introducción

Al referirnos al término potencial humano, es posible preliminarmente visualizar varios conceptos y acepciones propios del ejercicio mental asociado a la generación de una definición conceptual, sobre la base de múltiples fuentes y enfoques. No obstante, al vincular el citado término al concepto de guerra, se visualiza una complejidad aún mayor, amplificando el análisis de manera exponencial; ahora, al incluir el término moderna, para integrar completamente el título de este capítulo, aparecen espontáneamente en las reflexiones del autor (y por cierto del lector), múltiples consideraciones, destacando entre ellos a la tecnología, término que en su concepción más amplia, permite a simple vista, generar las condicionantes para la evolución (o modernización), tanto de la propia guerra, como del potencial humano.

Es en ese mismo contexto, que, al conceptualizar respecto de los mencionados términos, es posible inicialmente identificar una relación

¹ Teniente Coronel del Ejército de Chile. Licenciado en Ciencias Militares y especialista de Estado Mayor. Profesor Militar de Escuela en “Inteligencia de Combate” y Profesor Militar de Academia en “Geografía Militar y Geopolítica” e “Historia Militar y Estrategia”. Ingeniero Comercial, Licenciado en Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Andrés Bello. Magister en Inteligencia Económica y Estrategia de Empresas de la Universidad Bernardo O’Higgins. Actualmente es Jefe del Departamento de “Inteligencia” y “Operaciones” de la División Educación del Ejército. Correo electrónico: ivan.beltrang@ejercito.cl

directamente proporcional entre la tecnología y el potencial humano, es decir, a mayor tecnología, mayor (o mejor) desempeño del capital humano en la guerra. Esta relación descrita, es posible distinguirla a lo largo de la historia militar, donde el potencial humano, normalmente ligado a la figura del soldado (pero no exclusiva), continuamente ha mejorado sus capacidades y desempeño en la guerra, sobre la base del continuo desarrollo tecnológico; pasando de la creación y uso de escuetas armas de madera, como palos y posteriormente rudimentarias flechas, hasta complejos sistemas de armas, que han mejorado o complementado las capacidades y potencialidades humanas, en este caso para alcanzar los fines definidos en la guerra.

No obstante lo anterior, al recapacitar el citado ejercicio intelectual con mayor profundidad, especialmente al apreciar el exponencial desarrollo tecnológico que ha alcanzado niveles solo vistos en películas de ciencia ficción, podríamos cuestionar lo mencionado, toda vez que, quizás ya no sería necesario mejorar o complementar las potencialidades humanas, sino que simplemente reemplazarlas sobre la base de los avances tecnológicos, como por ejemplo la Inteligencia Artificial (IA) o la robotización, y por qué no, una combinación de ambas. Esta situación, en el marco de la guerra moderna, configura una innegable fricción, entre las capacidades vinculadas al potencial humano versus los modernos atributos tecnológicos con potencial bélico.

Esta disyuntiva nos hace preguntarnos: ¿Qué elementos clave debemos comprender sobre el potencial humano y la guerra moderna? ¿Cómo el desarrollo tecnológico ha moldeado el potencial humano en la guerra moderna? Y especialmente, ¿Seguirá el potencial humano siendo clave en la guerra moderna? Por tal razón, este artículo pretende explorar algunos de los aspectos más relevantes a juicio del autor, que permitan respaldar la tesis de que el potencial humano seguirá siendo un recurso clave en la guerra moderna, a pesar

del acelerado desarrollo tecnológico, debido a su relación directa con la naturaleza de esta, capacidad adaptativa y atributos distintivos, brechas que las nuevas herramientas tecnológicas aún no logran reducir.

Para lo anterior, se empleará el método cualitativo con un enfoque descriptivo, que permita inicialmente, identificar conceptos clave del potencial humano y la guerra, realizando una aproximación inicial al fenómeno, para luego describir cómo el desarrollo tecnológico, sobre la base de algunos hitos del pasado y presente, configuran y proyectan elementos distintivos de la guerra moderna, para finalmente permitir el análisis y participación del potencial humano sobre esos mismos elementos, con el propósito de integrar todos estos aspectos en la construcción de las principales conclusiones, y porque no interrogantes o desafíos, que inviten a la reflexión del lector.

Aproximación inicial e ideas relevantes para considerar

Como primer elemento, es relevante comprender el concepto de potencial humano, término que posee distintas miradas y conceptualizaciones, que pueden ir, entre otras, desde la psicología humanista de Abraham Maslow con su afamada pirámide de Maslow², hasta la realizada por Howard Gardner, quien define el citado concepto como “... un conjunto de capacidades biosociológicas que permiten a los individuos resolver problemas o crear productos valiosos en uno o más entornos culturales” (Gardner, 1983, p. 9), identificando, según el citado autor, elementos distintivos que la conforman, como las denominadas inteligencias múltiples³, la adaptación y el desarrollo de

² Según Abraham Maslow, el potencial humano está asociado a la capacidad del hombre de alcanzar su desarrollo, sobre la base de cubrir necesidades fisiológicas, seguridad, sociales, estima y autorrealización (Maslow, 1968).

³ Lingüística, lógico-matemática, espacial, musical, corporal-kinestésica, interpersonal, intrapersonal, naturalista y existencial (Gardner, 1983).

habilidades. Con todo, podemos relacionar e integrar factores comunes, que permiten comprender, de manera general, que el potencial humano está cimentado, en la capacidad que tiene el hombre de adaptarse y mejorar sus condiciones, sobre la base de ciertas habilidades, respecto del entorno donde se desenvuelve.

Es por lo anterior, que el concepto de potencial humano, enmarcado en el entorno de la guerra, permite indefectiblemente distinguir la figura del soldado, que, en términos simples, es ese “humano” que se adapta y explota sus potencialidades para ejecutar y alcanzar los fines de la guerra. Por tal razón, y particularmente al hablar del soldado y la guerra, se estima siempre necesario, observar algunos clásicos que han dado forma y moldeado nuestra comprensión del fenómeno; uno de ellos es Sun Tzu, quien enfatizó que una de las claves para alcanzar el éxito en la guerra, es la preparación y entrenamiento del capital humano, donde menciona: “una vez que los hombres actúen al unísono, el valiente no se quedará aislado en el ataque, ni el cobarde logrará desertar. Ese es el arte de dirigir un gran Ejército” (Sun Tzu, 1910, p. 41), destacando también la relevancia de factores no físicos, como el espíritu, la valentía y particularmente la moral (o dao⁴), como uno de los cinco factores de análisis de la situación para una guerra “El dao garantiza la sintonía de la mentalidad popular con la de los gobernantes. Si el dao colectivo coincide con el de quien dirige su país, el pueblo estará dispuesto a seguirle hasta la muerte ...” (Sun Tzu, 1910, p. 13). Es decir, nos hace reflexionar sobre la relevancia del soldado, identificando elementos clave en el plano de la preparación, permitiendo con ello la ejecución de ciertas actividades en el plano real, pero también la importancia de aspectos no físicos, como el espíritu y la moral, pudiendo

⁴ Es el factor traducido y entendido de manera mayoritaria como moral, pudiendo tener acepciones, abarcando siempre aspectos individuales y colectivos (Kao Sen-Ho, 1910).

vincular como relevantes, en las potencialidades que debe tener un soldado, por un lado, elementos como la preparación física e intelectual, y por otro, el desarrollo de disciplina, la virtud y la voluntad; sin dejar de mencionar, la relevancia que esta moral debe también estar presente en la población.

Por otro lado, si nos aproximamos desde el célebre libro *De la Guerra*, que ya desde su publicación en 1832, nos describe el fenómeno como un duelo, puramente político, humano, social y de fuerza, que se basa en la acción de obligar a un oponente a aceptar nuestra voluntad, distinguiendo entre muchos otros aspectos, conceptos como arte y ciencia, la polaridad o la relación gobierno, ejército y pueblo (Clausewitz, 1969), donde nuevamente, se hace alusión a aspectos del plano físico y no físico, claves para comprender el objeto de estudio de este capítulo.

Matizando lo anterior, es también clave complementar, respecto del enfoque dado a esta problemática de manera más contemporánea, por Martin van Creveld, en su libro *La Transformación de la Guerra*, quien magistralmente hace reflexionar al lector, sobre la evolución de este fenómeno social y sus manifestaciones, destacando que el empleo de la violencia de manera institucionalizada, es decir como parte o elemento del Estado, no estuvo presente hasta posterior al Tratado de Paz de Westfalia y más nítidamente en el siglo XX, donde “los intentos estatales por tratar de monopolizar en sus manos la violencia están tambaleándose” (Van Creveld, 2007, p. 261). En esa línea, el mismo autor alerta sobre el efecto que el incipiente desarrollo del derecho internacional generó en la guerra, queriendo limitarla, haciendo una cada vez más difusa relación en la clásica triada gobierno, ejército y pueblo de Clausewitz; ya que este nuevo marco normativo, excluye y prohíbe a este último su participación en la guerra. Este es un elemento importante, toda vez que recoge, en parte, el espíritu de lo que podríamos entender como guerra

moderna, distinguiendo que el fenómeno, en el sentido práctico, deja de ser exclusivamente entre estados, pasando a ser una actividad descentralizada⁵, con presencia de conflictos menores, indirectos y de baja intensidad, donde los aspectos y herramientas que entrega la tecnología, serán preponderantes en la denominada, según por el mismo autor, como Guerras del Futuro.

De igual forma, se advierte al lector que, al aproximarnos a la temática del potencial humano, desde la mirada de la guerra, se debe comprender que la lógica lineal no necesariamente es aplicable en este contexto. Un ejemplo de lo mencionado es cómo Edward N. Luttwak, cita en su popular libro *Parabellum*, el proverbio romano “Si vis pacem, para bellum”(Luttwak, 2005, p.3) en español “Si quieres la paz, prepárate para la guerra”, exponiendo lo paradójico del término, que si bien es contradictorio en su relato⁶, es ampliamente aceptado. Es decir, algo que no es lógico, si tiene sentido para el caso estratégico en el contexto de la guerra, ya que el conflicto y la estrategia, como menciona el citado autor, está directamente condicionado por las relaciones humanas, afectando la lógica lineal debido a que “induce la unión y la inversión de los opuestos” (Luttwak, 2005, p.5), gratificando a lo paradójico. Por tanto, el enfoque que debemos mantener empleando la lógica (o no lógica) estratégica de la guerra, no necesariamente podría tener sentido si lo observamos desde otro plano, siendo además clave, vincular indefectiblemente a la guerra con la esencia humana y sus relaciones.

Complementa lo anterior, lo que expone Álvarez-Arenas (2003) en su libro *Guerra y Filosofía*, al referirse a la guerra, y al necesario proceso de

⁵ Es posible vincularlo al concepto de *zona gris*, difuso espacio entre la guerra y la paz, donde en los distintos dominios del ambiente operacional, se emplean variados tipos de actores y recursos (militares o no) con la finalidad de lograr una ventaja.

⁶ El autor expone la obviedad en la contradicción con el ejemplo “si quieres perder peso come más” (Luttwak, 2005, p.3)

abstracción de esta, que en la praxis, es un fenómeno o acción del hombre “... Esos espíritus y cuerpos del hombre que fundamentan y mueven la guerra abstracta son esencialmente los mismos que alentaron en las guerras Médicas, y en la de Treinta Años; en las guerras Púnicas y en la Gran Guerra 1914” (p.35), reforzando nuevamente que la esencia humana seguirá moldeando la guerra, como antes y ahora lo ha venido haciendo. Por otro lado, Colin Gray en el libro *The Future of Strategy*, asociado a la problemática estratégica y el conflicto, y particularmente vinculado al futuro, menciona lo siguiente “...pero desafortunadamente para mis aspiraciones para el futuro de la raza humana, estoy convencido que nuestro futuro colectivo será esencialmente lo mismo que ha sido en el pasado y es en el presente” (Gray, 2015, p. 98), es decir, según esta visión, presumiblemente se volverán a repetir los patrones conceptuales respecto del conflicto y sus condicionantes.

Ahora bien, se enfatiza al lector, en evitar errar, al vincular exclusivamente el fenómeno de la potencialidad humana en la guerra (en este caso moderna), solo al hecho de ejecutarla, en la figura tradicional del soldado, desempeñando funciones en el marco de una guerra calificada como convencional⁷, ya que este autor estima, es solo una de las dimensiones de la problemática, que además proyecta distintos matices. Estos matices, en el caso de la dimensión asociada al soldado, son las implicancias propias del desarrollo tanto de actividades de ejecución como de planificación. Es decir, es necesario tener a vista, tanto las potencialidades humanas en la figura del soldado que ejecuta los combates, propio del plano táctico y uso de los medios, como también, la forma o modos de emplear los citados medios, asociado al plano operacional, y por cierto a los objetivos o fines por alcanzar, propios del aspecto

⁷ Empleada por los estados con medios tradicionales, en teatros de operaciones más o menos definidos (que está actualmente más presente que nunca en el conflicto Rusia-Ucrania).

estratégico, proyectando por antonomasia, que las potencialidades humanas en la guerra moderna en la figura del soldado, están presentes en la ejecución y planificación de las operaciones, este último por ejemplo, asociado a las actividades que realiza un Estado Mayor. En línea con lo descrito, la otra dimensión que se puede identificar es la potencialidad de distintas personas, que participan de la guerra moderna, pero que no son necesariamente “soldados”, es decir, asociado al potencial humano de “civiles” o población en general. En este contexto y en la figura de los líderes políticos (no necesariamente militares), Henry Kissinger en su libro *Liderazgo* deja en evidencia cómo este atributo humano es vital en el desarrollo de las sociedades y por cierto del conflicto, como una consecuencia de la “combinación de carácter y circunstancias” (Kissinger, 2023, p. 20). Por tanto, se considera que existe una doble mirada del fenómeno, que debe ser advertida al proyectar los alcances de este tema, y que los autores previamente mencionados, también dejan a la vista en sus teorías.

En este mismo marco, no se debe olvidar que la guerra, y particularmente la que podríamos asociar como moderna, ha ido incrementando los espacios y/o ambientes donde se desenvuelve, pasando de los tradicionales ambientes terrestre, marítimo y aéreo, a otros como el ciberespacio o el ambiente de la información, los que no son aislados, sino que están interrelacionados entre ellos y permeados por otras variables⁸ (Ejército de Chile, 2016). Si bien este es uno de los miramientos tradicionales, nuevas aproximaciones doctrinarias institucionales, detallan de mejor forma esta relación, clasificando al ambiente operacional en capas, donde la primera de estas se encuentra conformada por dominios (terrestre, marítimo, aéreo y

⁸ Relacionados al ambiente operacional, donde se emplea la fuerza militar considerando otras variables como la economía, relaciones internacionales, etc.

ciberespacio), la segunda asociada a dimensiones (física, humana y de la información), y la tercera vinculada a variables (operacionales⁹ y tácticas¹⁰), conformando el denominado ambiente operacional futuro.

Todo lo anterior, no tiene sentido práctico, si no se explota o comprende el concepto de guerra moderna, que integrando lo anterior, y regresando nuevamente a la mirada de Martin van Creveld, podríamos indicar, que la guerra tal y como la conocemos, ha estado en un proceso de sustitución paulatina, con presencia de otras formas de violencia;

“En el futuro, la guerra no será librada por los ejércitos, sí por grupos a quienes hoy llamamos terroristas, guerrillas, bandidos y ladrones, pero seguramente encontrarán un título más formal para designarse a sí mismos. Sus organizaciones seguramente se construirán sobre bases carismáticas antes que institucionales y motivadas menos por el “profesionalismo” que por lealtades basadas en el fanatismo o en ideologías” (Van Creveld, 2007, p. 268)

Al analizar estos conceptos actualmente, casi dos décadas después, podemos advertir su validez, distinguiendo que la guerra moderna en su carácter expone elementos difusos, no necesariamente exclusivos de los estados. Dentro de otras aproximaciones, previa a la anterior, destaca la de Lind (2005), quien propone la clasificación de las guerras en cuatro generaciones¹¹, marcando también como hito histórico relevante la Paz de Westfalia en 1648 con la conformación del Estado moderno, siendo importante para los fines de este capítulo, lo asociado a las denominadas guerras de cuarta generación,

⁹ Denominadas PEMSII-PTL (político, económico, militar, social-cultural, infraestructura, informaciones, físico, ecológico y legal)

¹⁰ Denominadas METTT-TC (misión, enemigo, tiempo, tropas disponibles, tiempo atmosférico y consideraciones civiles)

¹¹ La primera generación desde 1648 a 1860 con tácticas de líneas y columnas, la segunda generación en la Primera Guerra Mundial, la tercera generación en la Segunda Guerra Mundial y la guerra de maniobras y la cuarta generación en el siglo XXI donde el Estado pierde el monopolio de la guerra (Lind, 2005).

circunscritas por el autor con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, que en síntesis, presentan un relevante impacto de la tecnología, incorporando activamente la presencia de actores no estatales y otros, en el marco de un ambiente operacional difuso, contribuyendo a lo expuesto por Van Creveld (2007).

Respecto de lo anterior, y en el marco de lo que podemos encuadrar como moderno, están presentes las llamadas guerras híbridas, que como sintetiza Arteaga (2023), corresponde al empleo e interacción de acciones convencionales o no, considerando que por su complejo carácter “reuniría en sí todos los tipos de guerra” (Arteaga, 2023, p. 38), en concordancia con las características descritas por Lind (2005) para las guerras de cuarta generación.

Conforme a lo anterior, y como una forma de circunscribir el concepto a una estructura más tangible, desde la mirada del autor, podemos circunscribir que entenderemos como guerra con características de moderna, a los conflictos armados que en el plano temporal se circunscriben con posterioridad a 1648 y a la creación del Estado moderno, que sobre la base de modificaciones sociales y adelantos tecnológicos, comenzaron a modificar el carácter de la guerra, que consideran las ya mencionadas guerras de primera, segunda y tercera generación descritas por Lind (2005).

No obstante, para los fines de este capítulo, se entenderá como guerra moderna, a los conflictos posteriores a la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, coincidentes con las descritas guerras de cuarta generación de Lind (2005) y consideraciones de Arteaga (2022), sobre la base de notables avances tecnológicos, como la incorporación de la digitalización e inteligencia artificial, impulsados por grandes cambios sociales, como la globalización, generando una revolución conceptual de la guerra, que por cierto, se presentan en espacios

temporales relativamente cortos, con escasos plazos de adaptabilidad y con una clara naturaleza multidominio¹².

Lo anterior se estimó necesario para los fines de este apartado, a pesar de contribuir, como exponen Ocón y Ponte (2019), en la proliferación semántica de las múltiples visiones, que normalmente intentan desarrollar distintos autores. Lo anterior, con la finalidad de encasillar, denominar o clasificar las guerras y sus fenómenos de distintas formas, según las múltiples aproximaciones. Es por lo anterior, que ya hemos identificado algunas, destacando las clasificaciones asociadas a generaciones, si son o no convencionales, híbridas, simétricas o asimétricas o una combinación de ambas, entre muchas otras. Por tanto, más allá de esta dialéctica, para el desarrollo de este capítulo, será clave comprender que, más que modificar la guerra y su naturaleza (y por ende, sus denominaciones), lo que se va modificando es cómo se hace la guerra o los modos de esta, como consecuencia lógica de la actualización de los medios que se emplean, en relación directa a los efectos de la tecnología y otros aspectos. Es en este plano importante, el proceso generado para definir los fines de la guerra, que oriente los modos de uso de la fuerza, siendo clave en este desafío la estrategia¹³, que como se ha

¹² Según Riquelme (2025) la guerra moderna contiene dos factores relevantes, por un lado es la naturaleza multidominio de la guerra (las tradicionales dimensiones, más la cognitiva, económica, comunicacional entre otras) y la integración de la Inteligencia Artificial (IA) con otras tecnologías marcando el desarrollo de los aspectos militares como civiles. Leiva y Versalovic (2020) exponen que estas operaciones llevan en su accionar “diferentes dimensiones del campo de batalla moderno. Por ello, su ámbito de influencia se da en lo terrestre, marítimo, aéreo, ciberespacial, aeroespacial, como también en el espectro electromagnético” (p.58)

¹³ Existen múltiples definiciones de *estrategia*, pero será relevante comprender su conexión directa con el objeto de estudio y la relevancia del concepto asociado al potencial humano. Peter Paret, en su libro *Creadores de la Estrategia Moderna*, expone cómo el mismo Clausewitz variaba el significado de *estrategia* según cada

implícitamente advertido, se encuentra directamente vinculado al potencial humano, ya que, en esencia, a juicio del autor, es eminentemente la aplicación de la paradoja, la sorpresa y principalmente del engaño.

Finalmente, en esta primera parte, se estima relevante identificar cuáles podrían ser, algunos de los elementos clave que permean o han impulsado estos cambios, para ello, me circunscribiré a una edición pasada de este mismo TICA, donde Gallardo (2023) concluye lo siguiente:

“Si bien la guerra no ha cambiado en cuanto a su naturaleza, si lo ha hecho en lo que respecta a su carácter, ello debido principalmente a tres condicionantes: el desarrollo tecnológico, la capacidad de adaptación y flexibilidad y los factores sociopolíticos” (p. 30).

Por tal razón, y en línea a los fines declarados para este capítulo, por un lado, se ratifica a la tecnología como una variable clave, pero no exclusiva, que ha impulsado los cambios descritos, siendo por estos motivos, la observación de la variable desarrollo tecnológico el siguiente apartado del capítulo, permitiendo con ello, evidenciar de forma más concreta las principales consideraciones que permitan analizar, posteriormente, el rol del potencial humano en la guerra moderna.

Desarrollo Tecnológico

La tecnología ha generado y transformado prácticamente todos los aspectos de la vida de las personas, desde acciones tan humanas como la comunicación, hasta procesos como el desarrollo laboral o la educación,

tema que trataba, sintetizando el término como “el uso de la fuerza armada para lograr objetivos militares y, por tanto, el propósito político de la guerra” (Paret, 1991, p.15)

generando considerables beneficios (Murillo et al, 2024). Es en esa línea, pero en el plano de la guerra, que también la infraestructura científica, industrial y tecnológica, tanto de instituciones armadas como de la sociedad en general, ha permitido un notable desarrollo de la capacidad bélica, como una evidente muestra del impulso que la misma potencialidad humana ha liderado.

Como ya fue descrito, el desarrollo tecnológico es un elemento clave que ha moldeado el fenómeno del potencial humano. Al hacer una rápida mirada al pasado, desde la guerra, podemos mencionar algunos hitos relevantes, como el dominio de la metalurgia¹⁴, la panoplia griega¹⁵, la navegación, el dominio de la pólvora, que, si bien redujo la relevancia del potencial físico del hombre, amplió y complementó su potencial bélico. Es en esa dinámica, que posterior a 1760 en Gran Bretaña, aparece la denominada primera revolución industrial, hito que viene a cambiar la progresión temporal a la que estábamos acostumbrados, donde cada nuevo adelanto tecnológico venía aparejado de un proceso progresivo de incorporación y adaptación al potencial humano, sobre la base de cambios en las organizaciones y doctrina en las instituciones.

Este quiebre, es respaldado por el investigador de la Universidad de Navarra Salvador Sánchez, quien indica que la citada revolución vino “a mudar la dinámica de la simbiosis guerra-tecnología acelerando para siempre el ritmo “normal” del cambio. Si habían hecho falta, por ejemplo, trescientos años para llegar al fusil de repetición desde el arcabuz del siglo XVI...” (Sánchez, 2024, p. 7). Es por ello, que una forma de explicar estas revoluciones tecnológicas es en parte conocer cómo la potencialidad humana logra explotar y dominar inicialmente el vapor, como parte de la ya mencionada primera revolución industrial, luego la electricidad, posteriormente incorporar la producción

¹⁴ Ciencia asociada al tratamiento de metales a partir de minerales.

¹⁵ Conjunto de armamento y armadura empleada por la infantería griega (hoplitas).

automatizada con aplicación de la electrónica, para ahora estar viviendo la cuarta revolución asociada a la fusión de tecnologías (Camargo y Mosqueda, 2023). Es relevante recordar, que las tres primeras revoluciones, tuvieron impacto considerable en la guerra moderna, como el uso del tren y barcos a vapor, que aumentó la movilidad, velocidad y logística de la fuerza, la incorporación del telégrafo, la mecanización de artefactos y vehículos o el sostenido aumento de la cadencia de fuego, entre otros.

Es bajo esa dinámica, y en el marco de la tercera revolución industrial, por citar un ejemplo, la relevancia en la gestación de la bomba atómica, desarrollada en el marco de la comunidad científica, sobre la base de la fisión del átomo (Sola y Sotelo, 2020), que vino a cambiar la concepción estratégica del conflicto armado, como uno más de los vertiginosos aspectos de esta constante tecnológica.

Es en este marco descrito, donde el desarrollo tecnológico ha impactado en las operaciones militares, generando consecuencias directas en las funciones de combate (FC)¹⁶ impactando transversalmente a estas, especialmente las de “Mando y Control, Inteligencia, Guerra Electrónica y Apoyo al Combate” (Oyarzún, 2023, p. 149). Por tal razón, y sobre la base de la denominada cuarta revolución industrial y el concepto definido previamente como guerra moderna, es que se evidencian y proyectan los principales desafíos, que a juicio del autor, deben ser observados producto del impacto del desarrollo tecnológico, en el potencial humano, conforme aspectos relacionados con el Ciberespacio, la Inteligencia Artificial y los Sistemas de

¹⁶ La FC son proyecciones de capacidades de un sistema operativo que se “integran y sincronizan con el PPM para generar la potencia de combate” (Ejército de Chile, 2016, p. 141)

Armas.

Ciberespacio

Como ya se ha podido advertir, una de estas nuevas dimensiones es el ciberespacio, que proyecta su disputa, en el marco de la guerra moderna, por medio de la denominada ciberguerra. Este nuevo ambiente, permite distinguir el uso de potencialidades humanas, no necesariamente vinculadas a soldados, sino que también a civiles, que contribuyen a alcanzar un objetivo operacional o estratégico, generando múltiples actividades digitales. Jiménez et al. (2021) mencionan que “Actualmente, existen fenómenos de naturaleza diversa, como el hacktivismo, el ciberterrorismo, el ciberespionaje, el ciberdelito y la ciberguerra, y en los que se identifican diferentes actores, desde personas hasta grandes organizaciones de acuerdo con ciertos niveles de especialización” (p.157). Seguidamente, los mismos autores plantean que el ciberespacio ha diluido la frontera espacio-temporal, por lo cual se puede mantener comunicación en tiempo real entre dos puntos del orbe, aunque sus husos horarios sean distintos. Esta simple condición, genera una posibilidad antes impensada, ya que permea el espacio-tiempo, intrínseca en la descrita guerra moderna, con el empleo de múltiples actores. Es sobre esta lógica, que la relevancia de la estrategia, como ejercicio de la potencialidad intelectual humana y la definición de los fines, refuerza su valor, ya que permite en este ambiente, una ejecución descentralizada, con una participación efectiva y dirigida por parte de miles, sino millones de personas y organizaciones en todo el mundo. Complementa lo anterior Díaz del Río (2011) quien expone las vulnerabilidades que presenta este ambiente, indicando que “... la dependencia tecnológica, la globalización y la facilidad de acceso a las tecnologías hace que al día de hoy la probabilidad de sufrir ataques informáticos o ciberataques sea muy elevada, permitiendo potencialmente a nuestros adversarios obtener

inteligencia valiosa ...” (p.221). Lo anterior, genera desafíos y vulnerabilidades, sentando las bases de los conceptos de ciberdefensa o ciberseguridad, así como la vinculación directa con la función primaria inteligencia.

Es en este marco donde podemos distinguir a quienes intervienen en este ambiente, asociado a los denominados cibersoldados; los que por una parte, son capacitados, instruidos y entrenados por instituciones que forman parte de los estados, y por otro, la identificación de la presencia de personas (u organizaciones) con alto conocimiento tecnológico, pero sin formación institucionalizada, que por cierto, pueden tomar tanto el rol de un cibersoldado como el de un ciberdelincuente (entre otros), ya sea en apoyo o en contra, de los fines que puedan ser definidos.

Respecto de los primeros, podemos en la actualidad, distinguir un sólido y sostenido perfeccionamiento en todo el mundo. Un ejemplo de esto, es el desarrollo de organizaciones especializadas que permitan la conformación de personal, medios e infraestructura que puedan hacer frente de manera institucionalizada a esta problemática, como por ejemplo el US Army Cyber Command (2025), que en su misión detalla que “...integra y conduce operaciones ciberespaciales, guerra electromagnética y operaciones de información, asegurando el dominio de las decisiones y la libertad de acción para las fuerzas amigas a través del dominio cibernético y la dimensión de la información...” las que además por cierto, se intenta negar a los adversarios.

Otro ejemplo, pero en el plano nacional, se observa en el esfuerzo por complementar estas tecnologías al potencial humano, por medio de distintos ejercicios de ciberdefensa, como el desarrollado en la Escuela Militar el 2024, llamado “Escenarios de Crisis, Infraestructura Crítica y Toma de Decisiones”,

realizado a nivel nacional por el Laboratorio de Ciberdefensa del Centro de Innovación de la Universidad Católica (CIBERLAB), en conjunto con el Ejército de Chile y en coordinación con socios estratégicos¹⁷. O el ejecutado este 2025 en la Academia de Guerra del Ejército, denominado “Escudo Cibernético”, con el mismo marco de participación interdisciplinaria. Este aspecto es relevante, ya que expone de manera directa, la preeminencia de la formación y explotación de la potencialidad humana, medios e infraestructura, que son parte de organismos estatales, con la finalidad de complementar y explotar capacidades militares y civiles, frente a estas amenazas.

Complementando lo descrito, pero con una mirada más cuestionadora de estas iniciativas, es el nuevo rol que el Ejército de Indonesia tiene en la ciberseguridad de ese país y que podría, según lo descrito por Priyandita y Guntur (2025) en el Australian Strategic Policy Institute vulnerar derechos civiles, explicando que esta situación se genera por la falta de una política cibernética integral y clara del Estado, que delinee los roles de civiles y militares, así como mecanismos de control, describiendo a este personal militar indonesio como cibersoldados armados sin brújula. Por tanto, esta mirada nos hace nuevamente reflexionar respecto de la complejidad de la problemática, con proyección de reducción de posibles brechas legales, e incluso morales, propias de la persona humana, circunscritas a la formación de estos cibersoldados.

Respecto del segundo tipo de cibersoldados, que pueden cumplir estas actividades sin necesariamente ser uno, encontramos nuevos paradigmas propios de la guerra moderna, ya que como se observó, tanto civiles como organizaciones con distintos objetivos participan activamente en esta. Lo

¹⁷ Extraído de la página de www.ejercito.cl/prensa/visor/primer-ejercicio-ciberseguridad-a-nivel-nacional

anterior se encuentra en línea, con lo planteado por Vargas et al. (2017), quienes señalan que ante la imposibilidad de identificar en este ambiente digital las amenazas, sus intereses y lógicas, se plantea un cuestionamiento a las aproximaciones tradicionales de seguridad, considerando que han sido sobrepasadas, dando la instancia de plantear nuevas aproximaciones. Una de estas es la relevancia de la competencia digital¹⁸ como atributo de fuerza del componente humano, ampliando en parte el tradicional concepto de fuerza física, que quizás para estos nuevos desafíos, podría ser incluido como una necesaria competencia.

Lo anterior quiere decir, que este marco contextual, se presenta como una oportunidad para los fines de la guerra, toda vez que amplía el espectro de participación en pos de los objetivos que se definan. Por tanto, la capacidad de influir es mayor, por medio de la explotación del ambiente de la información, empleando las redes sociales e internet, comprendiendo que este último, es el medio donde actualmente se desenvuelve la sociedad, sobre la base de extensas redes digitales conectadas entre sí (Lechón et al., 2019). Lo anterior, facilita el empleo de la motivación, iniciativa, voluntad y potencialidades de estamentos, organizaciones y personas civiles, a muy bajo costo, como es el empleo masivo de medios de obtención de información de estas características, contribuyendo a los esfuerzos de la función inteligencia, situación que ya hemos advertido en anteriores ediciones del TICA. En ese marco, y particularmente en el conflicto ruso-ucraniano, que fue expuesto por este mismo autor el año 2024, respecto de los aportes de la población civil ucraniana como medios de obtención en el conflicto, contribuyendo al esfuerzo de búsqueda y bélicos, sobre la base del empleo de aplicaciones de uso dual, generación de imágenes o comentarios en

¹⁸ Según Aparicio et al (2023) se ha convertido en una destreza crucial en un mundo cada vez más digitalizado.

redes sociales, así como el empleo de populares páginas como Google Earth o Maps (Beltrán, 2023). Igualmente se ha podido apreciar en el conflicto Israel-Hamas, con el empleo activo de a lo menos 47 grupos Hacktivistas¹⁹ en apoyo a Palestina, que han buscado afectar distintas plataformas e infraestructura crítica de Israel (Wajsman, 2024).

Es por lo descrito, que el masivo uso del ciberespacio, es una puerta abierta para el empleo y participación de distintas personas y organizaciones con distintos fines, destacando entre estos a los ciberdelincuentes, que básicamente utilizan sus capacidades para la materialización de delitos, o los ciber espías, que buscan obtener información con fines militares o económicos; todos ellos y por cierto otros, son apoyados por inteligencia artificial, proyectando grandes desafíos en la ciberseguridad, los que no solamente están enmarcados en lo tecnológico, sino que en otras áreas, como el desarrollo de una normativa legal acorde, estructuración de organizaciones, reducción de brechas educativas y sociales, entre otras (Torres y Zúñiga, 2025), todos aspectos relevantes y directamente vinculados al potencial humano.

Con todo, y como una forma de ejemplificar en el ámbito regional, es oportuno mencionar lo declarado por el Gobierno del Perú, por medio de su Ministerio de Defensa (2024), que difunde abiertamente en su página oficial la organización del “Programa Cibersoldados: Ciudadanos digitales capacitados y empoderados en la ruta de ciberseguridad ”, el que según se indica, está dirigido al personal civil del Sector Defensa, personal militar en actividad, retiro, licenciado y tropa de las Fuerzas Armadas (Ministerio de Defensa del

¹⁹ Término conformado por la unión de las palabras “hacking” y “activismo”, para indicar las actividades de un Hacker en promover causas políticas, sociales o ideológicas.

Perú, 2024) . Esta es una muestra clara, de cómo se está explotando el capital y potencialidades humanas para estos fines.

Con todo lo visto en este ambiente, la normalidad es el continuo cambio y actualización de las amenazas en el ciberespacio, las que, según Bareño et al. (2025) evolucionan constantemente, de manera periódica y sofisticada, sobre la base de herramientas de inteligencia artificial, donde las estrategias con medios y enfoques tradicionales no logran del todo mitigar. Es decir, la inteligencia artificial que será analizada a continuación, tiene un rol relevante y potenciador en esta problemática, ya que configura, mejora y optimiza el desarrollo de capacidades para generar ataques cibernéticos masivos y explotar las múltiples vulnerabilidades presentes en el ciberespacio.

Inteligencia Artificial

Si hay un elemento que últimamente ha transformado el mundo, es la inteligencia artificial (IA) sobre la base de la automatización de tareas, avances y potenciamiento de la toma de decisiones en la mayoría de las áreas del quehacer del hombre (Aparicio et al, 2023), incluyendo, por cierto, el conflicto. Es en esa línea donde Brawner (2025), para la revista del US Army AL&T, hace una profunda reflexión respecto del impacto en el Ejército de los EE.UU, exponiendo que:

“El conflicto del futuro se seguirá librando con armas, pero también requerirá datos, algoritmos y automatización inteligente, así como de las personas que los utilizan. El Ejército debe prepararse para un espacio de batalla donde los ataques cibernéticos impulsados por IA, la toma de decisiones en el campo de batalla y las tácticas de juegos de guerra basadas en IA son la norma, y deben preparar a los soldados y al personal de apoyo para su uso a través de programas y herramientas de capacitación inmersivos, personalizados y, sí, habilitados por IA.”

De esta reflexión podemos generar algunas ideas, la primera es la necesidad del principal ejército del mundo en capacitar, desarrollar y potenciar el capital humano en estas materias, ya que como hemos apreciado previamente, la IA se explota en el ambiente digital del ciberespacio, con la presencia activa de múltiples actores y consideraciones ya mencionadas. También, la relevancia de emplear la IA en beneficio propio, para el análisis de datos y la toma de decisiones, actividad ligada exclusivamente al hombre²⁰, y por último, que la IA es y será cada vez más relevante en la combinación con otras tecnologías, no solamente ligadas al ambiente digital, sino que en la dimensión terrestre, naval y aérea por medio de la integración digital²¹ que permita la automatización de los sistemas de armas. Pedro Baños ya nos advierte en su libro *La Encrucijada Mundial del impacto de la IA y cómo la tecnología ha sustituido el trabajo de los humanos “por robots y sistemas automatizados”* (Baños, 2023, p. 231).

Respecto de la preparación del personal Aparicio et al. (2023) expone la necesidad humana de contar con cierta competencia digital²² pieza clave para interactuar y colaborar con sistemas de IA, incluida en esta, la comprensión respecto de su funcionamiento, y los efectos que genera en la toma de decisiones. Es en esta línea, donde Matiz y Fernández (2023), exponen que la IA puede ser empleada como un medio²³ explotando el uso de sistemas como

²⁰ Marco jurídico internacional aún responsabiliza al hombre, respecto del proceso de toma de decisiones.

²¹ Asociado a crear un entorno adaptable que permita la interacción de datos en distintos dispositivos.

²² Se refiere a la capacidad de emplear de manera efectiva tecnologías de la información y comunicación (TIC), siendo esta un pilar esencial del desarrollo humano en el contexto digital (Aparicio et al., 2023).

²³ Como una herramienta asociada con la integración de la robótica con la IA en los conflictos armados (Matiz y Fernández, 2023).

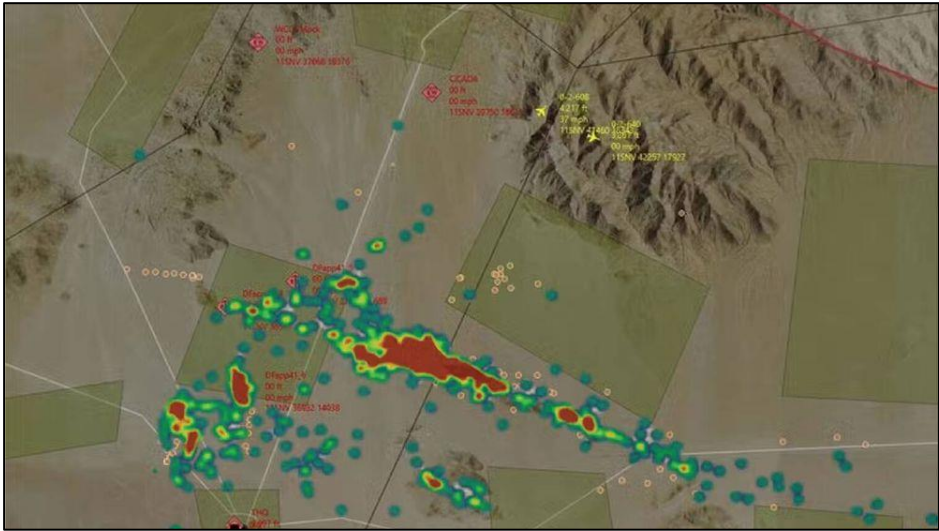
los robots o como un método²⁴ vinculado al apoyo en la toma de decisiones. Este último, vuelve a exponer la competencia exclusiva propia del capital humano en la toma de decisiones, que en el plano militar y la guerra moderna, está íntimamente ligada al Comandante y las funciones que realiza un Estado Mayor, en línea con lo planteado por los citados autores.

Por tal razón, y de manera preliminar, podemos visualizar posibles cambios en estas estructuras de Cuarteles Generales, toda vez que esta capacidad distintiva de la IA, asociada a análisis e integración de grandes volúmenes de datos y variables que generan análisis predictivos, puede ser un salto relevante en estos procesos. Lo anterior, debido a que emplea para ello, menos tiempo y recursos (humanos y materiales), pudiendo ser el inicio del camino para la generación de profundos cambios que permitan constituir una solución más eficiente y segura, para alcanzar los mismos objetivos. En esta línea, Jensen (2025) plantea la necesidad de diseñar el Estado Mayor del futuro, sobre la necesidad táctica de reducir los pesados cuarteles de campaña tipo napoleónico, integrando agentes de IA, que permitan gestionar de manera más eficiente los grandes flujos de información.

²⁴ Para apoyar la toma de decisiones y proyectar escenarios (Matiz y Fernández, 2023)

Figura 1

Imagen de emisiones electrónicas de un equipo de combate de brigada en Fort Irwin, California.



Fuente: Obtenida del artículo “Los Ejércitos no han cambiado desde la era de Napoleón. Hasta ahora” de Jensen (2025), que muestra las emisiones electrónicas de un equipo de combate de brigada entrenando en Fort Irwin, California, donde las áreas de color rojo brillante son emisiones de los puestos de mando.

Ahora bien, esta mirada a simple vista podría visualizarse como una amenaza al potencial humano, pero al explorar las consideraciones en la aplicación de la propuesta, aparecen también brechas que la misma IA no puede reducir. Algunas de estas son mencionadas por el mismo Jensen (2025), vinculadas a la generalización y a los sesgos. García-Hormazábal (2025) ratifica la presencia de distintos sesgos de la IA, generados por aspectos relacionados a la forma como se entrena, la necesidad de la IA para entregar respuestas rápidas y a la tendencia de empleo de valores predominantes en sus respuestas, situación que a todas luces es un problema, más en el proceso de toma de decisiones de un Comandante y su Estado Mayor.

Otro elemento no advertido, es el secreto y compartimentaje necesarios e implícitos en cualquier tipo de operación militar, y que no podría (por ahora) estar exclusivamente a disposición de estos sistemas, por la vulnerabilidad que genera. No obstante, existen aplicaciones de la IA con mayores beneficios, según el área o plano en la que se emplee (en unos más que en otros). Uno de estos planos es el asociado a la aplicación de la lógica, donde Frías (2024) plantea un mayor beneficio en el "...tratamiento físico-matemático, la IA se aplicará de forma creciente y rápida. Probablemente sea el caso del combate aéreo y antiaéreo, de la ciberdefensa, de los procesos de optimización de objetivos a batir (targeting), los cálculos logísticos y la sensorización..." (p.26), esta última asociada a control de equipos asociados al mantenimiento.

Todo lo descrito, hace mucho sentido respecto de los clásicos de la guerra, recordando el concepto "arte y ciencia" de Clausewitz, donde según lo evidenciado, la IA amenaza de manera clara la potencialidad humana lógico-matemática, asociada a la variable ciencia, situación que no es nueva, ya que es posible advertirla desde la irrupción de la calculadora hasta la masiva integración de sistemas computacionales en todo el mundo. Con todo, a juicio de este autor, la variable arte es un aspecto que puede ser aún explotado como un elemento distintivo e irremplazable de la potencialidad humana, y que aún no es posible visualizar que sea amenazada, ya que si bien la IA puede crear, siempre se basa desde la información y entrenamiento que las mismas personas le pueden dar.

Para finalizar, y a pesar de estas ideas vinculadas al posible reemplazo de la variable humana en los cuarteles generales y puestos de mando, el potencial humano, como se observó, seguirá estando presente; ya sea para la toma de decisiones o la aplicación del arte en la guerra, y por cierto, como ya se mencionó, el necesario entrenamiento y entrega de datos, así como, la

necesaria mantención de las estructuras físicas y digitales que permiten el empleo de estas tecnologías como la IA. Lo descrito, proyecta, un camino por ahora, más vinculado a la complementación de estas tecnologías al potencial humano, que a su sustitución como se ha venido observando. Lo anterior, sobre la base de la explotación de la capacidad de adaptación, atributo inalienable del potencial humano, que proyecta además, desafíos en la estructuración de las normativas, regulaciones, marcos legales y estándares éticos propios del carácter y costumbre del ser humano.

Sistemas de Armas (Drones, Satélites y Robots)

Al hablar de sistemas de armas en la guerra moderna, es imposible no mencionar la exponencial evolución que estos han tenido, de la mano de los ya continuos avances tecnológicos, destacando nuevamente, como proceso clave, la integración con la IA, generando en cada uno de estos sistemas, mejoras sustanciales en sus capacidades operativas, con cada vez menores costos.

En el contexto de los drones, Balladares et al. (2025) mencionan que los últimos avances tecnológicos han mejorado el “desempeño de los drones en la ejecución de sus tareas militares, abordando la participación de los sistemas de inteligencia artificial, capacidades de autonomía, mejoras en sensores para drones en misiones tácticas y estratégicas” (p.7). Por tanto, identificamos un avance sustantivo en la automatización de su desempeño, no obstante, al contrastar con las regulaciones internacionales, encontramos nuevamente la necesidad, circunscrita al factor humano, para la toma de ciertas decisiones.

Matiz y Fernández (2023) reafirman lo anterior, indicando que si bien, se emplean como arma, no existe en la actualidad autonomía total respecto del armamento letal de drones empleados en operaciones militares “...sí se están utilizando los vehículos aéreos no tripulados como un medio en el uso de la

fuerza letal. Pese a que estos vehículos están dotados con IA, la decisión de atacar depende del Estado Mayor” (p. 532), es decir, existe la necesidad real de desempeñar labores de operador de estos sistemas, sin dejar de mencionar, que los mismos autores advierten, que se encuentra en pleno desarrollo la búsqueda de una automatización total.

Respecto de los satélites y los particulares desafíos que la guerra moderna impone, encontramos la necesidad del control del ambiente espacial o ultraterrestre²⁵, donde estos elementos son piezas clave. Porcelli (2021) expone la relevancia de la comunicación por medio de estos dispositivos, debiendo, para ello, mantener sistemas de comunicaciones seguros sobre la base del control del ciberespacio y de las tecnologías de la información, entre otros. Es decir, se expone la indispensable relación entre distintos dominios.

Respecto del empleo de robots, al igual que otros dispositivos, se encuentra en pleno desarrollo la integración con la IA, estos se conocen como robots autónomos letales, definidos como “sistemas de armas que, una vez activados, pueden seleccionar y atacar objetivos sin necesidad de intervención humana” (ONU, 2013, p. 1). Esta capacidad, como ya ha sido descrita previamente, se encuentra en la actualidad seriamente cuestionada por el derecho internacional, recayendo ante todo evento, siempre la responsabilidad de sus acciones, en la persona encargada del sistema (Matiz y Fernández, 2023). Por tal razón, y al ampliar esta integración de la IA con distintos sistemas (no solo con robots), Pinho y Bueno (2025), referenciando a CICR (2019), describen a los Sistemas de Armas Autónomos Letales (SAAL), los que pueden definirse como sistemas con autonomía en sus funciones críticas, es decir, el sistema tiene la capacidad de seleccionar y atacar objetivos sin intervención

²⁵ Extensión más allá de la atmósfera de la tierra.

humana. Esto, como ya ha sido observado, por un lado, no permite dar cumplimiento a los principios del derecho internacional y, por otro, amenaza la distintiva capacidad del hombre para efectuar el proceso de toma de decisiones.

Finalmente, toda esta integración de capacidades y avances, evidencia una relación estrecha con características simbióticas, entre la potencialidad humana y la tecnología, ya que esta última nace de las mismas necesidades humanas y despliegue de las capacidades del mismo hombre para la solución de problemas en el marco de la guerra moderna.

Reflexiones finales

De manera conclusiva, es posible distinguir una dinámica relación, en el marco de la guerra, entre la tecnología y el potencial humano. Este último, por esencia, se refiere al despliegue de distintas habilidades, que permiten la adaptación y desarrollo del hombre, en el marco de un contexto determinado (en este caso la guerra). Dentro de estos atributos, encontramos aspectos propios del plano físico y no físico; estos últimos tienen un valor relevante para el objeto de estudio, especialmente lo relacionado a aspectos como la intelectualidad, así como otros, asociados a la disciplina, moral y la voluntad, ya que se vinculan directamente con la naturaleza de la guerra.

Además, se evidencia que estas mismas potencialidades humanas, de la mano de la tecnología (entre otras como los cambios sociales), han generado modificaciones en el carácter de la guerra, coligados a la forma de ejecutarla, debido a las continuas “actualizaciones” de los medios de la mano del desarrollo tecnológico, las que se complementan con el potencial humano, teniendo a la vista la variable ciencia. De lo anterior, se destaca cómo la explotación activa del potencial humano en su concepción general (que incluye a soldados y civiles) ha sido el más eficiente camino para la generación de

tecnología para la guerra, enfatizando, por ejemplo, el desarrollo de la bomba atómica. Respecto de los fines, como todo lo vinculado a la estrategia, vemos que no existen alteraciones, debido a su relación directa a la misma naturaleza humana, destacando atributos de esta, como la sorpresa y el engaño. Por tanto, desde la mirada estratégica, el potencial humano sigue siendo una pieza clave e irremplazable, con presencia de una lógica no necesariamente lineal, vinculándola a la capacidad de desarrollar arte, como otra variable fundamental en el desarrollo de la guerra.

Al hablar de guerra con características de moderna, podemos vincular históricamente lo circunscrito desde Westfalia, hasta el término de la Guerra Fría, siendo este periodo de tiempo también el inicio y desarrollo de relevantes adelantos tecnológicos, con presencia también fundamental del hombre y sus potencialidades. No obstante, al conceptualizar la guerra moderna, nos referimos a los conflictos posteriores a la Guerra Fría, que se desarrollan activamente tanto en los dominios tradicionales como en los no tradicionales, de naturaleza difusa y asimétrica, incluso de menores magnitudes, pero con mayores impactos, donde se emplean elementos convencionales o no, donde es relevante la explotación de dominios como el cognitivo y ciberespacio, producto de la interconexión generada por la globalización y la tecnología, donde el Estado incluso pierde la exclusividad en su concepción.

Esta vertiginosa situación contextual, se evidencia y reduce cada vez más la capacidad de adaptación del hombre, una de las piezas claves de la potencialidad humana. Por tanto y dentro de lo descrito, asociado a los alcances de la guerra moderna, identificamos elementos distintivos como la IA, que según lo advertido, es una consecuencia de las propias necesidades de adaptación del hombre, generada como una respuesta, a una necesidad de contar con una herramienta que permita complementar y apoyar el análisis y

tratamiento de grandes cantidades de datos. Esta capacidad, en el plano bélico, se puede integrar con otras, vinculadas al ciberespacio y otros sistemas de armas, que requieren de la participación activa del hombre, como el desarrollo del entrenamiento de los sistemas, así como la aplicación de parámetros legales o criterios tácticos entre muchas otras.

En este mismo plano, encontramos el ciberespacio, ambiente no físico clave en la guerra moderna, ya que permite la explotación de las potencialidades humanas incluso más allá de las que despliegan los propios soldados, considerando activamente la participación de distintas organizaciones y población en general, no solo de una zona determinada o área en particular, sino que, de manera global, incidiendo de manera considerable en la afectación de otros dominios físicos o no, como el cognitivo.

Por otro lado está el desarrollo de distintos sistemas de armas, como drones, satélites y robots, que han experimentado notables desarrollos de la mano de los distintos avances tecnológicos, ampliando una cada vez mayor capacidad de autonomía, sobre la base de la integración de estos con la IA. Sin embargo, podemos apreciar la relevancia del factor humano, especialmente en los procesos de toma de decisiones, como los asociados a los operadores de drones o a la injerencia de los Estados Mayores, sin perder de vista, los cuestionamientos que estos adelantos tienen en relación al Derecho Internacional, a pesar que hasta ahora, no actúan presumiblemente de manera automática.

Finalmente, podemos concluir que la potencialidad humana ha sido, es y seguirá siendo clave en la guerra, ya sea esta moderna o en cualquier clasificación que se le quiera dar, no solo por su relación directa con la naturaleza de esta, sino que también porque condiciona e impulsa el desarrollo

tecnológico como respuesta a sus mismas necesidades y capacidad de adaptación. Todo lo descrito, nos permite reflexionar respecto de algunos de los relevantes desafíos que el hombre y sus potencialidades proyectan en el marco de la guerra moderna, destacando entre otras:

- Los desafíos que vislumbran en el entrenamiento y parámetros que requiere la IA.
- El desarrollo y automatización de sistemas de armas integrados con IA, se aleja del marco normativo del Derecho Internacional y se proyecta como una gran interrogante.
- Los desafíos del hombre, en continuar regulando y desarrollando estos adelantos, en este caso con fines bélicos.
- La relevancia de la figura del soldado en los ambientes tradicionales, así como la participación cada vez mayor de la población civil en ambientes como el ciberespacio, claves en la guerra moderna.
- Los retos de la estrategia, asociado a los fines de la guerra, que permiten la explotación del ambiente cibernético, con participación e impacto en todo el mundo.
- El presumible mayor impacto que la capacidad intelectual tiene (como potencialidad humana) en la guerra moderna, por sobre los tradicionales estándares asociados a la fuerza física asociadas al soldado, que se podrían seguir acentuando.
- La relevancia del factor valórico, en un ambiente permeado por la globalización, con fortalecimiento de factores como la moral en general y otras como la disciplina, valentía y voluntad.
- Se evidencian modificaciones en los márgenes de lo tradicionalmente conocido en la guerra moderna, proyectando alcances de amplio espectro, con impactos económicos, jurídicos, humanitarios, éticos, legales e incluso morales.
- Proyecciones de una continuación de transformación tecnológica, con impacto táctico, operacional y estratégico.

- Se evidencia que existe un considerable desarrollo de la automatización vinculada al ambiente aéreo con amplia presencia de drones (aire), proyectando futuros desarrollos en automatización de elementos asociados al ambiente naval y terrestre.
- Los desafíos en la modernización, conformación y doctrina de los Estados Mayores y Puestos de Mando, considerando las capacidades que generan las nuevas tecnologías, considerando en estos la necesaria seguridad y compartimentaje de la información.

Referencias

- Aparicio-Gómez, Oscar-Yecid, Ostos-Ortiz, Olga-Lucía, & von Feigenblatt, Otto Federico. (2023). Competencia digital y desarrollo humano en la era de la Inteligencia Artificial. *Hallazgos*, 20(40), 217-235. Epub July 30, 2023. Disponible en <https://doi.org/10.15332/2422409x.9254>
- Arteaga Velásquez, M. (2023). La guerra y su tipología: crítica y evolución. *Tema De Investigación Central De La Academia*, 33-51. Disponible en <https://publicacionesacague.cl/index.php/tica/article/view/383>
- Álvarez-Arenas, Eliseo. (2003). *De Guerra y Filosofía*. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, España.
- Balladares, Paul, Bustos-Estrella, Angélica, Albuja, Geovanny, & Alarcón, Miguel. (2024). Avances en tecnologías de drones militares. *Revista Athenea*, 5(18), 7-18. Epub 22 de marzo de 2025. Disponible en <https://doi.org/10.47460/athenea.v5i18.81>
- Baños, Pedro. (2023). *La Encrucijada Mundial: Un Manual del Mañana* (3ra ed.). Ariel (Planeta).
- Bareño-Gutiérrez, Raúl, Báez-Rodríguez, Helber L, & Carvajal, Jhonatan. (2025). Recomendaciones de ciberseguridad bajo la implementación de políticas de defensa en profundidad en las organizaciones: revisión sistemática de la literatura. *Información tecnológica*, 36(3), 1-12. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4067/s0718-07642025000300001>
- Beltrán, Iván. (2024). La Función de Combate Inteligencia en el Conflicto ruso-ucraniano. *Tema De Investigación Central De La Academia*. Disponible en <https://publicacionesacague.cl/index.php/tica/article/view/481>

- Boot, Max. (2006). *The Paradox of Military Technology*. The New Atlantis, N.º14. Center for the Study of Technology and Society. Disponible en <https://www.thenewatlantis.com/publications/the-paradox-of-military-technology>
- Brawner, K. (25 de agosto de 2025). *Preparing for the Cyber Battlespace*. (2025). Ph.D. para la revista *Army AL&T*. Disponible en https://www.army.mil/article/287582/preparing_for_the_cyber_battlespace
- Camargo-Amado, R. J., & Mosquera-Ayala, Ana María. (2023). *La revolución industrial 4.0. Ingeniería y competitividad*, 25(2), e-10013294. Epub May 05, 2023. Disponible en <https://doi.org/10.25100/iyv.v25i2.13294>
- Clausewitz, Carl (1960). *De la Guerra*. Ediciones Mar Océano. Buenos Aires, Argentina
- Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). (2019). *El derecho internacional humanitario y los desafíos de los conflictos armados contemporáneos. XXXIII Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Medialuna Roja*, Ginebra, Suiza, 9-12 de diciembre de 2019. Disponible en https://rcrcconference.org/app/uploads/2019/10/33IC-IHL-Challenges-report_ES.pdf
- Díaz del Río, J. (2011). *La ciber seguridad en el ámbito militar (capítulo Quinto)*. Cuadernos de estrategia, ISSN 1697-6924, N.º. 149, 2011 (Ejemplar dedicado a: Ciberseguridad. Retos y amenazas a la seguridad nacional en el ciberespacio), págs. 215-256. Disponible en *La ciberseguridad en el ámbito militar - Dialnet*
- Ejército de Chile (2016). *RDPL – 20001 Reglamento Proceso de las Operaciones (Planificación, Preparación, Ejecución y Evaluación)*. División Doctrina.
- Frías, C. (2024). *Inteligencia Artificial en el Campo Militar. Seguridad en la era de la Inteligencia Artificial*. *Global Affairs Journal*. Universidad de Navarra. Enero 2024, N.º6. Disponible en <https://www.unav.edu/documents/16800098/85691452/gaj-6-enero-2024.pdf>
- Gallardo Castañeda, M. (2023). *La evolución de la guerra y el pensamiento estratégico*. *Tema De Investigación Central De La Academia*, 19 - 31. Disponible en <https://publicacionesacague.cl/index.php/tica/article/view/382>

- García-Hormazábal, Ricardo. (2025). Sesgos en la IA y educación superior. Tipologías, impactos y mitigación para la formación universitaria de calidad. *Revista de estudios y experiencias en educación*, 24(55), 267-284. Epub 03 de agosto de 2025. Disponible en <https://dx.doi.org/10.21703/rexe.v24i55.3062>
- Gardner, H. (1983). *Frames of Mind: The Theory of Multiple Intelligences*. Basic Books.
- Gray, Colin. (2015). *The Future of Strategy*. Oxford University Press.
- Jensen, B. (2025). Los Ejércitos no han cambiado desde la era de Napoleón. Hasta ahora. *El Confidencial*. Disponible en https://www.elconfidencial.com/tecnologia/novaceno/2025-08-25/ia-cambia-el-ejercito-cadena-de-mando-militar_4195195/
- Jiménez Reina Jonnathan, Figueroa Pedreros Erika Constanza, Bricknell Martin. (2021). *Ética militar y Fuerza Pública en Colombia: Volumen 2: Ética militar y nuevas formas de guerra: retos para las Fuerzas Armadas colombianas / Bogotá: Escuela Militar de Cadetes “General José María Córdova”, 2021.*
- Kissinger, Henry. (2023). *Liderazgo: Seis estudios sobre estrategia mundial* (R. González y M. Valdivieso, Trad.). Debate
- Lechón Gómez, Domingo Manuel, & Mena Farrera, Ramón Abraham. (2019). El hacktivismo e Internet como territorio en disputa. Una mirada desde los marcos de acción colectiva. *Estudios políticos (México)*, (48), 115-131. Epub 04 de junio de 2020. Disponible en <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.2019.48.70423>
- Leiva Villagra, R., & Versalovic Serrano, B. (2020). Efectos de las operaciones multidominio en el campo de batalla futuro. *Revista Ensayos Militares*, 6(1), 57 - 80. Disponible en <https://revistaensayosmilitares.cl/index.php/acague/article/view/27>
- Lind, W. (2005). *Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación*. Military Review, Edición Hispanoamericana, Fort Leavenworth, Kansas: 12-17. Enero-febrero 2005. Disponible en https://geopolitica.iiec.unam.mx/sites/default/files/2018-08/Lind_comprendiendo%20la%20guerra%20de%20cuarta%20generacio%CC%81n.pdf
- Luttwak, Edward. (2005). *Parabellum La estrategia de la Paz y de la Guerra*. EFCA, S.A. España

- Matiz Rojas, Andrés Hernando, & Fernández Camargo, Jaime Alexander. (2023). Del uso de la inteligencia artificial como medio y método en los conflictos armados. *Revista Científica General José María Córdova*, 21(42), 524-549. Epub April 01, 2023. Disponible en <https://doi.org/10.21830/19006586.1151>
- Maslow, A. H. (1968). *Toward a Psychology of Being* (2.^a ed.). Van Nostrand.
- Ministerio de Defensa del Perú (2024). Programa de Cibersoldados para capacitar a civiles y militares del Sector. Disponible en <https://www.gob.pe/institucion/mindef/campa%C3%B1as/68731-programa-cibersoldados-para-capacitar-a-civiles-y-militares-del-sector>
- Murillo, J., Rubio, S., Balda, M., y Muñoz, D. (2024). Influencia de las Tecnologías de la Información y Comunicación: Retos y Potencialidades en la Educación Superior. *Revista San Gregorio*, 1(57), 170-185. <https://doi.org/10.36097/rsan.v1i57.2564>
- Ocón, Alfredo-Leandro, & Ponte, Aureliano da. (2019). Reconceptualizando la relación entre tecnología, instituciones y guerra. *URVIO Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (25), 41-56. Disponible en <https://doi.org/10.17141/urvio.25.2019.3998>
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (2013, 9 de abril). *Informe del Relator Especial sobre las ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias (A/HRC/23/47)*. Asamblea General. Disponible en <https://tinyurl.com/2weywr4x>
- Oyazún Mansilla, R. (2023). Desafíos para la Planificación Táctica. El impacto de las nuevas tecnologías en las funciones de combate. *Tema De Investigación Central De La Academia*, 127 - 153. Disponible en <https://publicacionesacague.cl/index.php/tica/article/view/387>
- Paret, Peter. (1991). *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavello a la Era Nuclear*. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica. V.A. Impresores S.A.
- Pinho de Oliveira, María Fátima, & Bueno Montilla, Alexander. (2025). Aportes teóricos sobre el uso de la Inteligencia Artificial en los sistemas de armas autónomas desde la perspectiva del Derecho Internacional Humanitario. *Derecho global. Estudios sobre derecho y justicia*, 10(29), 479-511. Epub 26 de mayo de 2025. Disponible en <https://doi.org/10.32870/dgedj.v10i29.809>
- Porcelli, Adriana. (2021). La inteligencia artificial aplicada a la robótica en los conflictos armados. *Debates sobre los sistemas de armas letales autónomas y la (in)suficiencia de los estándares del derecho*

- internacional humanitario. *Estudios Socio-Jurídicos*, 23(1), 483-530. Disponible en <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/sociojuridicos/a.9269>
- Priyandita, G. y Guntur, C. Australian Strategic Policy Institute (ASPI) (11ABR2025). Indonesia's cyber soldiers: armed without a compass. Disponible en <https://www.aspistrategist.org.au/indonesias-cyber-soldiers-armed-without-a-compass/>
- Riquelme Oyarzún, Benjamin. (2025). La tecnología y el rediseño de la guerra. *Revista de Marina*. Año CXXXIX, Volumen 142, Número 1004. Enero – febrero 2025.
- Sánchez Tapia, Salvador (2024). La tecnología como catalizador de cambio en la guerra. *Seguridad en la era de la inteligencia artificial*. *Global Affairs Journal*. Universidad de Navarra. Enero 2024, N.º6. Disponible en <https://www.unav.edu/documents/16800098/85691452/gaj-6-enero-2024.pdf>
- Sola Ayape, Carlos, & Sotelo Fuentes, María Fernanda. (2020). La bomba atómica después de Hiroshima y Nagasaki. El difícil camino hacia el control de la energía nuclear. *En-claves del pensamiento*, 14(28), 52-85. Epub 12 de noviembre de 2020. Disponible en <https://doi.org/10.46530/ecdp.v0i28.372>
- Sun Tzu. (1910). *El arte de la Guerra*. Versión íntegra de Kao Sen-Ho. Terra Editora. Buenos Aires, Argentina
- Torres Gamarra, Néstor, & Zúñiga Carnero, Manuel. (2025). Panorama actual de la ciberseguridad: amenazas, legislación y brechas estructurales desde una revisión sistemática. *Revista InveCom*, 6(1), e601092. Epub 15 de julio de 2025. Disponible en <https://doi.org/10.5281/zenodo.15605545>
- United States Cyber Command. (2025). *Misión y visión del Comando de Ciberdefensa*. Sitio web oficial del US Cyber Command. Disponible en <https://www.cybercom.mil/>
- Van Creveld, M. (2007). *La Transformación de la Guerra: La más radical reinterpretación del conflicto desde Clausewitz*. Talleres Gráficos Plantíe. Buenos Aires, Argentina. (1ra ed. Traducido por Carlos Alberto Pissolito)
- Vargas Borbúa, Robert, Recalde Herrera, Luis, & P. Reyes Ch., Rolando. (2017). Ciberdefensa y ciberseguridad, más allá del mundo virtual: Modelo ecuatoriano de gobernanza en ciberdefensa. *URVIO Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (20), 31-45. Disponible en <https://doi.org/10.17141/urvio.20.2017.2571>

Wajzman, G. (2024). Ciberataques masivos. El caso de Israel y Hamas. Boletines del Instituto de Relaciones Internacionales. Universidad Internacional De La Plata. Disponible en https://www.iri.edu.ar/index.php/2024/06/13/ciberataques-masivos-el-caso-de-israel-y-hamas-por-gustavo-wajzman/#_ftn1

REFLEXIONES FINALES

Centro de Estudios Estratégicos (CEEAG)

El estudio constante de los conflictos actuales reafirma que la guerra está experimentando una transformación impulsada tanto por el desarrollo tecnológico como por los cambios sociales, políticos y económicos propios del escenario internacional actual. A pesar, de que su naturaleza permanece inmutable, es un acto político que emplea la fuerza para imponer la voluntad, y su carácter evoluciona bajo la influencia de nuevas capacidades materiales, cognitivas y humanas.

El campo de batalla se ha convertido en un espacio multidimensional donde convergen dominios físicos, informacionales, cibernéticos y cognitivos, cuya interdependencia deriva en conflictos más rápidos y difíciles de prever. Al mismo tiempo, la globalización tecnológica disminuye la brecha en las barreras de entrada para actores emergentes, como: empresas privadas, individuos con capacidades técnicas avanzadas e incluso estados con recursos limitados que pueden acceder a herramientas antes reservadas para grandes potencias.

Es en este escenario, que el factor tecnológico se torna un vector central que no actúa de manera aislada. La interacción entre inteligencia artificial, enjambres autónomos, sensores distribuidos, ciberseguridad, robótica y análisis masivo de datos, ha permitido crear una arquitectura operacional que expande el campo de batalla hacia lo invisible:

algoritmos que detectan patrones, sistemas que procesan información en fracciones de segundo y plataformas capaces de operar sin intervención humana. Asimismo, esta revolución tecnológica instala el dilema: la tecnología amplifica las capacidades, pero de igual modo, exige una mayor preparación intelectual, ética y doctrinaria para no perder el control sobre el proceso de toma de decisiones.

La creciente automatización no elimina la necesidad del juicio humano. Contrariamente, lo hace más imprescindible. El comandante se enfrentará a escenarios sobrecargados de información, de ciclos operacionales y de desinformación. Confirmando que el potencial humano es el núcleo sobre el cual se articula el esfuerzo militar eficaz.

Simultáneamente, el análisis de los conflictos actuales deja de manifiesto que la tecnología no es un garante de resultados decisivos, más bien es un concepto estratégico claro y de una voluntad política coherente. Ningún sistema autónomo reemplaza la cohesión social, la legitimidad del esfuerzo militar o la claridad de los fines establecidos. Recientemente, desde las operaciones híbridas en Europa del Este hasta las campañas que emplean masivamente los UAV en el Cáucaso, confirman que la guerra es un fenómeno tanto material como moral, donde la voluntad de resistir, de aprender y de adaptarse puede inclinar la balanza incluso ante un adversario tecnológicamente superior.

La transparencia del campo de batalla es el claro ejemplo de esta interacción. La proliferación de sensores, imágenes satelitales, videos en tiempo real, inteligencia de fuentes abiertas y drones observan a los

actores constantemente. El anonimato táctico, el cual era considerado clave en la maniobra, hoy está comprometido a raíz de la huella digital. La consecuencia es un campo de batalla hiperexpuesto, donde la supervivencia depende de la creatividad para generar incertidumbre, saturar al oponente y recuperar espacios de sorpresa que hoy parecen ser mínimos.

Adicionalmente, están los riesgos estratégicos que se consideraban mitigados. La modernización de las armas nucleares, la ambigüedad doctrinaria por parte de las potencias y la proliferación de tecnologías de doble uso refuerza la necesidad de comprender la guerra más allá de lo operacional. La estabilidad del escenario internacional está siendo puesta a prueba por la convergencia entre rivalidad entre grandes potencias, tensiones regionales, vulnerabilidades cibernéticas y campañas de influencia que trascienden las fronteras físicas.

En este escenario, la resiliencia se torna relevante como la disuasión militar. La capacidad de una sociedad para absorber impactos, mantener cohesión y sostener un esfuerzo prolongado es un factor tan decisivo como la capacidad tecnológica. La resiliencia no es solo una infraestructura o redundancia: es una cultura estratégica, identidad, memoria colectiva y sentido de propósito. Son estos aspectos que fortalecen a un Estado ante amenazas complejas y persistentes.

Finalmente, el apartado referente al potencial humano en la guerra moderna invita a reflexionar sobre la importancia del liderazgo. En un mundo donde la tecnología puede automatizar procesos, acelerar la

información y expandir el alcance de las operaciones, el líder militar sigue siendo el articulador de la comprensión estratégica y la ejecución táctica. Por tanto, la guerra del futuro exigirá líderes con pensamiento crítico, capaces de decidir bajo presión, gestor de incertidumbre, además, de ser capaces de comprender los sistemas complejos y de mantener la cohesión moral de la fuerza.

En síntesis, la tendencia de los conflictos actuales estará determinada por la integración equiparada de tecnología, doctrina, cultura estratégica y potencial humano. Ante un escenario global dinámico e incierto, que requiere de la comprensión profunda de estos factores aseguraría la eficacia operacional y la protección de los intereses nacionales.